



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES / FACULTAD DE MEDICINA
MAGÍSTER EN PSICOLOGÍA CLÍNICA DE ADULTOS**

**Tesis para optar al Grado de
Magíster en Psicología Clínica de Adultos**

“DE ARREBATOS Y A-DICCIONES:

**CONSIDERACIONES PSICOANALÍTICAS SOBRE LA
CLÍNICA DE LO FEMENINO EN EL CAMPO DE LAS TOXICOMANÍAS”**

**Alumna: Ángela Cifuentes Astete
Profesor Guía: Roberto Aceituno Morales**

**ENERO 2014
SANTIAGO**

*A aquellas que me enseñaron haciéndose oír:
Mis pacientes.*

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Roberto Aceituno, profesor guía de esta tesis, quien en distintos espacios de pensamiento –supervisiones clínicas, reuniones de tesis y coloquios – me entregó las claves que permitieron definir las coordenadas principales de la reflexión que aquí desarrollo.

Agradezco especialmente a Dominique Guyomard, a cuyo libro tuve la oportunidad de llegar, posibilitándome el desarrollo y articulación de los principales hallazgos teórico-clínicos de mi investigación. Agradezco además su cordialidad y sabiduría entregada en el espacio de supervisión clínica en la cual tuve la fortuna de participar.

Doy gracias a todo el equipo clínico de la Comunidad Terapéutica Orión Mujeres, el cual confió en mí, no sólo en la coordinación del programa, sino que especialmente en la escucha singular de cada una de las pacientes que recibimos. Agradezco entrañablemente a Natalie Quilapán y Ana María Triviño, con quienes compartimos un mismo deseo: dar forma a un trabajo humanizante; a Sandra González, Romina Sánchez, Angélica Hidalgo, por su afecto, responsabilidad y creatividad siempre presente; a Alejandra Soto y Daniel Román, que con sus disidencias, contradicciones, y también apoyo, me permitieron pensar en nuestro quehacer y dar curso a nuevas formas de trabajo.

Agradezco esencialmente a mi amado Christian, que con su inmenso amor, me apoyó en todo el proceso de esta investigación.

Agradezco profundamente a mis padres María y Oscar, y mi hermano Manuel, por su cariño y aliento para culminar esta etapa; y a toda mi familia y amigos/as que estuvieron conmigo en este trayecto.

INDICE

Introducción	6-13
Capítulo I: Concepción psicoanalítica de las toxicomanías	14-27
1. Las adicciones para el psicoanálisis: controversias y divergencias	14-27
- Las adicciones en el trayecto freudiano	14-18
- Aportes post-freudianos a la concepción de las adicciones	18-21
- Los señalamientos de Lacan sobre la adicción y las drogas	21-23
- La tesis de los lacanianos: la ruptura con el falo	23-25
- La transversalidad estructural de las toxicomanías	25-27
2. Narcisismo y adicciones graves	27-40
- La pregunta por el narcisismo en las adicciones	27-29
- Toxicomanías como formaciones narcisistas	30-34
- La dimensión económica de las adicciones	34-37
- Lo toxico-maníaco y lo melancólico en las adicciones severas	37-40
Capítulo II: Lo femenino: la dimensión del exceso y el devenir mujer	41-71
1. Lo femenino más allá del falo	42-61
- ¿Lo femenino “más puro y auténtico”?	42-48
- Narcisismo del ego y narcisismo del deseo	48-52
- Sexuación y feminidad	53-56
- Goce Otro: goce en-corps, goce místico	56-57
- Del amor a la pasión del goce	57-61
2. Las psicoanalistas responden: narcisismo y constitución psíquica femenina	62-87
- La madre: deseo materno y separación	62-66
- Sexualidad femenina y goce arcaico	66-71

- Lo materno: narcisismo del vínculo y transmisión de lo femenino	71-74
- El estatuto del objeto y las dificultades en su constitución en el trayecto femenino	74-77
- El riesgo de desaparición y la melancolización femenina	77-80
- Manifestaciones clínicas del exceso: estrago y arrebató	81-87
Capítulo III: Clínica de lo femenino en adicciones	88-108
1. Caso Carla	89-101
- De objeto consumido a sujeto consumidora	89-92
- Ecos del vínculo madre-hija: Lo adictivo en la transferencia	92-96
- De la creación de un nuevo espacio...	96-99
- ... a nuevo lugar en la transferencia	100-101
2. Algunas consideraciones en torno a la clínica de lo femenino y las adicciones	
- La transferencia y la función del Otro en la clínica con adicciones	102-106
- El narcisismo originario y 'lo adictivo' en mujeres	106-108
Discusión y Conclusiones	109-125
- Concepción de las adicciones y clínica de lo femenino	109-113
- Lo femenino y la clave del narcisismo	113-117
- Formas de lo pasional-pulsional en las adicciones femeninas	117-121
- Conclusiones	122-125
Referencias Bibliográficas	126-135

INTRODUCCIÓN

El interés por la presente investigación surge de una experiencia clínica con pacientes mujeres cuyo malestar concierne el campo de las adicciones, abordadas tanto en contextos institucionales públicos, privados, y en consulta particular¹. Teniendo como brújula un enfoque psicoanalítico, tal experiencia movilizó una serie de interrogantes respecto el discurso hegemónico en torno las adicciones, y específicamente a lo que concierne a la clínica con pacientes mujeres en este ámbito. Tales inquietudes surgen además, como consecuencia de una escasez de investigaciones y/o transmisión de experiencias teórico-clínicas acerca de lo femenino y su particularidad en las problemáticas donde está en juego el fenómeno adictivo. De esta manera, además de constituir una aproximación teórica desde algunas contribuciones realizadas por el psicoanálisis, fundamentalmente lo que se busca es dar cuenta de la posibilidad de crear nuevas vías de reflexión, escucha y abordaje clínico orientado a restituir un lugar de sujeto.

A partir de tal experiencia, se ha evidenciado que la posibilidad de instaurar un espacio analítico –tanto en el sentido clásico freudiano que concierne la noción de neutralidad y abstinencia del analista, y desde Lacan a una “ética del bien decir” – implica en primer lugar el cuestionamiento de aquellos discursos que circulan en muchas instituciones de tratamiento de adicciones, discursos que además de provenir desde lo jurídico-punitivo y lo médico, son teñidos de juicios morales para referirse a las mujeres que se apartan de los estándares convencionales de la feminidad. Como señala Le Poulichet (1996), la concepción de la droga como flagelo social, da cuenta de que “la toxicomanía, como entidad, ha servido siempre de soporte a la transmisión de otros mensajes ideológicos, morales, políticos...” (p.24). Desde aquí, es posible dilucidar que “la” mujer “adicta”, definida usualmente como “mentirosa”, “mala mujer”, “mala madre”, “mala hija”,

¹ Tal experiencia constituye 5 años de trabajo clínico en el ámbito de las adicciones, tanto en contextos públicos (Unidad de patología dual en Servicio de Psiquiatría), instituciones privadas pero con subvención del estado (Comunidad Terapéutica residencial para mujeres con consumo de drogas) y pacientes atendidas en consulta privada. El criterio de severidad o gravedad, más allá del tipo de droga, formas de consumos, diagnósticos clínicos asociados, o del fracaso de múltiples tratamientos anteriores, remite más bien a una dimensión del exceso pulsional donde lo adictivo se pone en juego no sólo en relación al consumo compulsivo de drogas, sino que también como una forma de la sujeto de relacionarse con el mundo; particularmente un sin límites cercano a la muerte que circula en una trama amorosa-pasional, que en su forma extrema adopta la forma de pasos al acto y arrebatos pasionales.

“mala esposa”, etc., es a su vez víctima de una enfermedad, cuyo padecer crónico constituye el foco de los planes de tratamiento. Desde aquí, es posible apreciar una contradicción en la posición en que se sitúa a las pacientes: desde una postura punitiva y moral, se promueve una noción de “adicta” condenable al no responder a los cánones preestablecidos por nuestra cultura (la idea de que “una mujer adicta además de generar disfuncionalidad en la familia, no es productiva en el mundo actual” circula en las instituciones); sin embargo, al mismo tiempo se le ubica en un lugar pasivo al transmitirle que su padecer es propio de una enfermedad crónica respecto la cual debe “tomar conciencia”, lo que por cierto dificulta la responsabilización subjetiva de sus problemáticas. Tal contradicción, estaría en el núcleo de las resistencias que muchas mujeres presentan al ingresar a una institución; resistencias que si escuchamos desde Lacan (1953)², no serían más que las propias resistencias de quien aborda cada caso.

Respecto la concepción dominante de adicción que se tiene en nuestro país Del Solar (2008) señala que “se abusa de una generalización extrema para lograr incluir, bajo un mismo modelo psicopatológico y comprensivo, a las más diversas formas de consumo, de drogas, de consumidores, de trasfondo social, de relación subjetiva con la sustancia, etc.” [...] Este espejismo homogeneizante parece anular las particularidades de las relaciones sujeto-objeto (y las particularidades de cada uno de esos términos en sí mismos) a favor de una sobredeterminación obnubilante del objeto” (p. 1, 7). He ahí una dificultad con la cual muchos clínicos se enfrentan en diversas instituciones que promueven y legitiman perspectivas centradas en el objeto droga y no en el sujeto, cuyos efectos se aprecian en pacientes que llegan a las primeras entrevistas con un discurso aprendido sobre su “enfermedad”, quedando obstruida la posibilidad de hablar de su malestar subjetivo más allá de lo que la droga le ha generado.

A partir de aquella tendencia homogeneizante respecto al adicto y la adicción, en la presente investigación se busca abordar el campo de las toxicomanías en pacientes mujeres tomando como eje central la pregunta por el sujeto femenino. Si ya se agrupan una

² “Resistencia hay una sola: la resistencia del analista. El analista resiste cuando no comprende lo que tiene delante”. Lacan (1953). Seminario 2. “El yo en la teoría de Freud”. Clase 18: “El deseo, la vida, la muerte.

multiplicidad de criterios clínicos para definir “la adicción” sin preguntarse por las particularidades que tal problemática puede adoptar en sujetos tan diversos, en la clínica de las adicciones en contextos de tratamiento para mujeres tal tendencia constituye una realidad abismante. Históricamente el saber articulado sobre “el adicto” surge en el campo de tratamiento fundamentalmente de pacientes hombres³, construyendo abordajes terapéuticos donde, con el afán de erradicar la enfermedad y conseguir la abstinencia absoluta, queda excluida la pregunta por la posición sexuada del sujeto.

En el contexto de la práctica clínica en nuestro país, durante estos últimos años los programas específicos para el tratamiento de mujeres han proliferado, destinándose mayores recursos gubernamentales. Sin embargo, pese a que la tendencia ha sido a agrupar a las mujeres en programas específicos, no existe claridad respecto a los fundamentos clínicos en relación a tal “especificidad” y las particularidades subjetivas relacionadas con el consumo de drogas en mujeres. Sólo por mencionar brevemente aspectos de nuestra realidad nacional, la tendencia actual es analizar la problemática desde la variable género. La guía de asesoría clínica para tratamiento de mujeres creadas por Conace (2007), actualmente vigentes sin ninguna modificación por parte de Senda, enfatizan la importancia de la perspectiva de género, dando luces respecto a algunos antecedentes generales sobre la vulnerabilidad de las mujeres que recurren al consumo de drogas. En lo que respecta al trabajo clínico se menciona un enfoque relacional, desde el cual se señala: “Las mujeres con frecuencia inician el uso de sustancias como una forma de construir o mantener relaciones, y como una forma de sentirse conectadas, energizadas, amadas o amantes, cuando estas vivencias no están presentes en su experiencia” (p.23). Referencia que describe la problemática superficialmente, y no clínicamente, sin profundizar respecto los fenómenos subjetivos asociados al malestar femenino, los distintos campos psicopatológicos que puede abarcar, ni tampoco el valor clínico de reconocer la singularidad de cada historia clínica. A esto que suma, que el enfoque propuesto coexistiría

³ Naparstek (2008) ubica como momento fundamental en la instalación de la adicción en tanto tal en el campo médico y de la rehabilitación, a partir del inicio del uso sistemático de la morfina por los soldados sobrevivientes a la guerra civil americana (1860 – 1865). En este contexto aparecen políticas represivas y mucho de los discursos que hoy se perpetúan en el ámbito del tratamiento, y sus conceptos principales, como el de “síndrome de abstinencia”.

con la noción de adicción que promueve el mismo organismo estatal centrada en el objeto droga, la abstinencia, la recuperación de la funcionalidad y adaptabilidad al medio.

En lo que respecta al psicoanálisis, estas últimas décadas ha existido una proliferación de publicaciones que ponen en cuestión la noción de “la” adicción, señalándose que la problemática de consumo de drogas variaría en cada sujeto según su estructura psíquica. Tales ideas han sido propuestas por autores lacanianos que adoptan una postura crítica respecto los desarrollos post-freudianos que consideraban la adicción como síntoma en tanto formación del inconsciente (Lopez, 2011). No obstante, tales señalamientos que se enmarcan en una noción de las toxicomanías en tanto “formaciones de ruptura” no se eximen de controversias. De hecho, es posible identificar –como se expondrá en el primer capítulo de la presente investigación – que tales perspectivas muchas veces encierran una paradoja al considerar por una parte que la adicción no es una entidad clínica generalizable a una estructura clínica en particular, al mismo tiempo que se postula que “el problema de base sería simplemente la división subjetiva del sujeto, la cual intentaría ser evitada vía el consumo de sustancias. Se volvería así al planteamiento freudiano de *El malestar en la cultura*, donde se considera el consumo de sustancias químicas como ‘el método más tosco, pero también el más eficaz’” (Lopez, 2011, p. 47). Desde esta visión, bastaría con la condición de falta en ser del sujeto hablante para desarrollar una adicción, evocando una lectura parcial de Freud en lo que respecta las adicciones.

Esta investigación, busca apartarse de las concepciones emanadas de aquellos discursos que ponen el acento en la droga como causante de la instalación de una adicción. De esta manera, se cree que el consumo de drogas no siempre convoca una búsqueda de placer, felicidad o “taponamiento de la falta en ser”, sino que por el contrario puede implicar a formas devastadoras de malestar subjetivo. Por tanto, una escucha analítica en estos casos implica pensar más allá de la droga, más allá del cuerpo biológico, en tanto estaríamos en presencia de un malestar que puede adoptar diversas formas y relaciones del sujeto con la sustancia. Desde aquí, se cree importante considerar los planteamientos de Freud en “*El malestar en la cultura*”, pero poniendo de relieve de que la eficacia de aquel

“método toscó”, radica en que constituye una vía que encuentra el sujeto para evitar el dolor, dolor que no puede ser enunciado. En este mismo texto define el uso de sustancias como aquellas que “nos procura sensaciones directamente placenteras, pero a la vez alteran de tal modo las condiciones de nuestra vida sensitiva que nos vuelven incapaces de recibir mociones de displacer.”⁴ Desde aquí, es posible trasladar la pregunta hacia aquellas mociones de displacer, el estatuto que adquieren en el sufrimiento psíquico femenino y las condiciones subyacentes al desencadenamiento de una adicción.

Para Lopez (2011) lo central del fenómeno de la adicción no se encuentra a nivel de la conducta del sujeto, ni tampoco en la sensación de falta de control sobre el consumo, sino más bien se sitúa en el plano del vivenciar el sujeto su relación con las sustancias químicas, como señala: “Lo que experimenta el sujeto es un *llamado* a obtener un placer particular, que tiene asociado a determinada forma de consumir alcohol y/o drogas. Es decir, sencillamente, siente ganas de consumir la sustancia, sensación que puede ir desde una intensidad muy baja a una muy alta [...] Sin embargo, el sujeto no necesariamente tiene que responder que sí a ese llamado. Su capacidad de elección no está anulada, simplemente está influida por ese llamado” (p. 51). Esta concepción que menciona un “placer particular” proporcionado por la droga el cual provocaría “un llamado” a consumir, involucra un intento de conciliar la perspectiva médica de la adicción con una perspectiva lacaniana orientada en base a la noción de “formación de ruptura” en tanto aquella que rompe con el goce fálico y taponea la falta en ser. Si bien es cierto, es importante situar en cada caso la responsabilización subjetiva respecto el consumo, ¿cómo escuchar aquellos casos en los que el consumo no se asocian con una sencilla obtención de placer?, ¿porqué un sujeto, así como puede decidir y ser responsable de no consumir, decide no obstante, como en la mayoría de los casos de adicciones severas, continuar un consumo cada vez más mortificante?. Se cree que estas perspectivas que involucran una noción de individuo hedonista que queda a merced de las sensaciones placenteras otorgadas por la droga, no contribuyen mayormente a esclarecer le problema de lo adictivo, ni tampoco ayudan a orientar clínicamente una escucha respecto el malestar subjetivo de quien consume.

⁴ Freud, S. “El malestar en la cultura” (1939). En Obras Completas (2ª Ed.), Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores. Pp. 77-78.

La clínica enseña que aquel malestar subjetivo de pacientes mujeres con adicciones muchas veces sólo es representado cuando entra en relación al “ser adicta” y “la adicción”, categorías en las cuales se centran los tratamientos descuidando otros aspectos de la problemática de cada caso. Sin embargo, algunos trabajos psicoanalíticos constatan que las adicciones en mujeres involucran particularidades asociadas a la sexuación del sujeto y el campo del goce. Algunas referencias actuales, basadas en la enseñanza de Lacan en su Seminario “Aún”, describen ciertas características de lo que sería parte del consumo de drogas según la posición sexuada de los sujetos. Como señala Sinatra (2010), es un hecho clínico que los infortunios en el amor empujan al consumo de drogas en mujeres, mientras que en los hombres este estaría determinado por la búsqueda de placer, lo que da cuenta de que “el tóxico cumple siempre una función precisa entre hombres y mujeres” (p. 164). Esta aseveración, involucra considerar la función del tóxico en la economía psíquica de cada paciente, entendiendo las toxicomanías como una problemática transversal a cualquier estructura psíquica y no categorizable como una estructura en sí misma. En este punto, surge la cuestión por lo devastador que implica en una mujer los avatares del amor y el desencadenamiento de ciertos actos adictivos asociados en tanto desregulación de goce. Sin embargo, no se profundiza en términos clínicos respecto a aquella devastación subjetiva. Es por esto que la presente investigación busca aproximarse a tales elementos considerando que el malestar en juego involucra a una dimensión de lo femenino donde lo que se expresa –muchas veces no a través de la palabra, sino de actos o estados – es un sufrimiento radical que concierne a su propia desaparición como sujeto.

Aquel sufrimiento, en tanto sufrimiento muchas veces irrepresentable, concierne, de acuerdo a la experiencia clínica, al campo de la “ligazón-madre” (Freud, 1931) en tanto espacio-tiempo fundamental en el trayecto pulsional femenino (Guyomard, 2013). La noción de *estrago* femenino desarrollada por Lacan –que remite al carácter estructural de la relación de la mujer con su madre y sus consecuencias en la elección del partenaire sexual – ha sido utilizada por algunos autores para señalar que en algunos casos de mujeres el recurso a ciertas drogas “sustituyen y toman el relevo de la relación estragante” (Carbone y Pais, 2011) con la madre. En este contexto, lo excesivo de ciertos consumos evocaría un sin

límites que remite al estrago madre-hija. Sin embargo, esta noción de estrago, desarrollada por muchos autores en la actualidad, si bien remitiría a la irrupción de una violencia pulsional y de goce marcada por el odio, la cual concierne a la madre en los primeros momentos en el devenir de una mujer, no constituiría el único destino posible de aquel primer momento fundante en la constitución psíquica femenina (Guyomard, 2013).

Es por esto, que como el título de la investigación lo sugiere, se propone la noción de “arrebato” (ravisement), término extraído de la novela de Marguerite Duras “El arrebato de Lol V. Stein”, para consignar una dimensión de aquel sufrimiento femenino marcado por el silencio y el riesgo de desaparición subjetiva. Se propone tal concepto pues puede permitir un acercamiento a ciertos casos denominados “graves” donde surgen ciertas formas de “derrumbe”⁵ subjetivo, los cuales siempre evocan el tiempo pre-edípico. En el trayecto de un análisis, ya sea a partir de un quiebre amoroso, situaciones de pérdida, violencia, abandono, locura, aparece siempre un malestar vinculado al Otro materno, detonando lo que en muchas mujeres implica la pérdida de sí misma en tanto sujeto deseante y mujer. Como señala Guyomard (2013) la escucha de ciertos sufrimientos dan cuenta de cómo muchas mujeres quedan “secuestradas” por una “memoria inconsciente” cuyo dominio es el registro de lo pulsional materno.

Desde aquí, se considera importante establecer la relación que algunas adicciones femeninas guardan con lo que Guyomard (2013) denomina “melancolización de la economía narcisista”, la cual se sitúa en los avatares de los primeros momentos en la constitución psíquica del sujeto femenino: el paso del vínculo a la relación en la cual la madre se constituye como objeto amoroso. Se plantea como hipótesis de esta investigación, que en las adicciones femeninas algo de este trayecto se obstaculizaría.

A partir de lo entregado por la clínica, se busca indagar en las particularidades del malestar femenino en el campo de las adicciones, y las posibilidades de trabajo analítico que surgen en los avatares de la transferencia. Además, desde la teoría y la clínica, se

⁵ En el sentido señalado por Winnicott (1963) respecto al miedo al derrumbe, pero sin concernir necesariamente al campo de las psicosis.

realizará una aproximación a la dimensión del exceso pulsional, considerando como coordinadas la pregunta por el goce femenino, el narcisismo y la constitución psíquica a partir del campo de lo materno. Cabe señalar que, si bien esta investigación, en tanto “aproximación psicoanalítica”, por su puesto reconoce la relevancia de la inscripción de la castración, se considera a ésta un segundo estatuto de la constitución psíquica femenina.

A partir de todo lo anteriormente expuesto, las preguntas que guiarán la presente investigación son: *¿Qué particularidades clínicas surgen en aquellas adicciones donde el malestar subjetivo de una mujer remite a un derrumbe subjetivo que amenaza con su desaparición?. ¿Cómo la dimensión del exceso pulsional deviene mortífero en ciertas feminidades, en tanto anuncia algo del orden de lo irrepresentable propio de los riesgos que una mujer debe atravesar en el trayecto pulsional femenino?.*

Para responder estas preguntas el recorrido involucrará un primer capítulo en el cual se abordarán las principales concepciones acerca de las adicciones en el psicoanálisis, contemplando algunas controversias teóricas, para luego articular lo adictivo con sus implicancias narcísicas en el campo de las adicciones “*severas*”. El segundo capítulo contemplará la pregunta por lo femenino, el goce Otro, el narcisismo en clave femenina y su relación con la dimensión del exceso pulsional enraizado en los momentos fundantes del sujeto femenino. Finalmente, se expondrá un caso clínico, buscando dar cuenta de la singularidad de una paciente y de un trayecto transferencial, con el fin de estudiar las particularidades de *lo adictivo* en tanto malestar no referido únicamente al consumo de drogas.

CAPITULO I

CONCEPCIÓN PSICOANALÍTICA DE LAS ADICCIONES

*Sé que el opio agiganta lo que no tiene límites,
que hace lo ilimitado mayor aún,
profundiza el tiempo, los deleites ahonda,
y de placeres negros, melancólicos
llena el alma hasta hacer que rebose de excesos.*

Baudelaire, Charles (1857), "El veneno", En "Las flores del mal".

1. Las adicciones para el psicoanálisis: controversias y divergencias

Las adicciones en el trayecto freudiano

Desde sus inicios el creador del psicoanálisis se interesó por la influencia de las sustancias en el psiquismo humano, siendo un férreo defensor de los efectos curativos de la cocaína. A partir sus estudios sobre la coca realizados desde 1884 a 1887⁶, Freud comienza a recomendarla en casos de neurastenia, valorando el efecto anestésico de esta sustancia. Ante las críticas de quienes indicaban el efecto adictivo de la sustancia, argumenta que los efectos de la sustancia varían en cada individuo según sea su estado de excitabilidad y estado de individual de los nervios vasomotrices en los que actúa la cocaína. No obstante, las fuertes críticas y el fracaso terapéutico que experimenta con su amigo Ernst von Fleischl-Marxow, a quien se la recomendó para tratar su adicción a morfina, produciendo en éste una adicción severa a cocaína, conducen a Freud a abandonar su interés por la sustancia. Tales hechos propician en Freud un giro hacia el estudio de la hipnosis y la histeria, perfilándose de esta manera el reconocimiento de los procesos inconscientes.

El paso del Freud médico al Freud psicoanalista tiene sus orígenes a partir de su interés por la concepción de la histeria como una 'patología del excedente', la cual articula con la dimensión de un exceso de excitabilidad y la relación terapéutica sustentada en la sugestión. Es posible pesquisar aquí las primeras alusiones a la relación transferencial, en

⁶ Freud (1980). *Escritos sobre la cocaína*. Barcelona: Anagrama.

tanto descubre que la relación que establece el hipnotizador y el hipnotizado tiene el peligro de generar una dependencia en la cual se corre el riesgo de que el paciente desarrolle una ‘adicción a la hipnosis’ (Freud, 1888). Señalamientos que hacen recordar las características de las terapias basadas en la sugestión como es el caso de los enfoques actuales predominantes en el campo de las adicciones.

En cuanto a las adicciones propiamente tales -alcoholismo, morfínismo y tabaquismo- Freud señala que constituirían sustitutos o relevos de la “adicción primordial”: la masturbación. Refiriéndose a casos de histeria, agrega que ésta implicaría un gran obstáculo en el cura analítica, interrogándose si es posible curar o si constituye una barrera en el despliegue de la técnica analítica en cuyo caso sólo quedaría la opción de conformarse con mudar una histeria en una neurastenia (Freud, 1897). Estas ideas las vuelve a mencionar en relación al tratamiento de la masturbación y otras adicciones, argumentando que la cura no se direccionaría tan sólo en ‘deshabituarse’ o imponer abstinencia sin antes ubicar ‘la fuente’ de la cual surge la ‘imperativa necesidad’. Además, no todo sujeto que ha probado morfina, clorhidrato, cocaína, etc., contraerá necesariamente una ‘adicción’. En quienes desarrollan una adicción, dice Freud, los “narcóticos están destinados a sustituir -de manera directa o mediante unos rodeos- el goce sexual faltante, y cuando ya no se pueda restablecer una vida sexual normal, cabrá esperar con certeza la recaída del deshabituado” (Freud, 1898).

No obstante, la tesis sobre el autoerotismo y las adicciones varía en su trabajo sobre la sexualidad infantil y sus exteriorizaciones, señalando que en aquellos adultos que presentan una “motivación intrínseca por beber y fumar”, estaría “constitucionalmente reforzado el valor erógeno de la zona de los labios” (Freud, 1905a). En este caso, vemos que Freud si bien relaciona la tesis del autoerotismo con la adicción por el alcohol, ya no lo hace pensando únicamente en el tóxico como sustituto del goce sexual masturbatorio, sino que tendría un sentido viable de descifrar en base a la historia sexual del sujeto, que en el caso del alcoholismo o el tabaquismo implicarían fijaciones en la zona erógena oral.

En escritos posteriores, relaciona -en términos descriptivos psicopatológicos- la manía y el humor con la intoxicación y el consumo de alcohol, señalando que este último tendría ‘una función desinhibitoria’ que disminuiría la crítica, lo cual conectaría al individuo con el placer por el disparate (Freud, 1905b).

Por otra parte, resulta interesante rescatar una referencia que hace Freud (1912) donde reflexiona en torno la relación entre sexualidad y adicción, señalando diferencias entre la forma que tiene un sujeto de relacionarse con el objeto sexual, y la forma de relacionarse con la droga: “Prestemos oídos a las manifestaciones de nuestros grandes alcohólicos, Böcklin por ejemplo, acerca de su relación con el vino: suenan a la más pura armonía, el arquetipo de un matrimonio dichoso. ¿Por qué es tan diversa la relación del amante con su objeto sexual?”. De esta manera, plantea que habría que pensar que en la naturaleza de la pulsión sexual misma habría algo “desfavorable al logro de la satisfacción plena” (p.182). En el caso del alcoholismo, la relación con el objeto tóxico permite alcanzar momentos de totalidad del ser, cuya búsqueda constante de tal estado explicaría el carácter de lo adictivo. De esta manera, sus referencias en torno al amor y la imposibilidad de la relación con el objeto sexual en tanto objeto perdido que moviliza la búsqueda de objetos sustitutos, perfilan la dimensión de la falta y la insatisfacción que en el caso del alcoholismo se encontrarían eclipsadas bajo el imperativo de la plenitud.

En sus “Conferencias de introducción al psicoanálisis” Freud (1917a) relaciona las adicciones -su sintomatología de abstinencia- con las neurosis actuales, señalando que ambas tienen las mismas propiedades de influir sobre los sistemas de órganos y su funcionalidad. De esta manera, lo tóxico -ya sea como sustancias externas o como sustancias generadas por el propio organismo- sería definido como perturbaciones en el metabolismo sexual. En esta misma lógica, en “Duelo y melancolía” Freud (1917b) incluye a la intoxicación alcohólica dentro de la misma serie de estados de manía caracterizados por un afecto de alegría, júbilo y desinhibición que estarían provocados por procesos tóxicos que alteran el funcionamiento anímico: “A la borrachera alcohólica, que se incluye en la misma serie de estados, quizás se la pueda entender de idéntico modo (en la medida en que

sea alegre); es probable que en ella se cancelen, por vía tóxica, unos gastos de represión” (p.251).

Años más tarde, las adicciones conceptualizadas en términos psicopatológicos como procesos tóxicos sustitutos de la masturbación, es retomada en su trabajo sobre Dostoievsky: “Si la manía del juego [...] es una repetición de la compulsión onanista, no nos asombrará que se haya conquistado tan gran espacio en la vida de Dostoievski. Es que no hallamos ningún caso, de neurosis grave en que la satisfacción autoerótica de la primera infancia y de la pubertad no hubiera cumplido su papel, y los vínculos entre los empeños por sofocarla y la angustia frente al padre son demasiado notorios para necesitar elucidación” (Freud, 1928[1927], p. 314). Tal referencia a lo compulsivo del juego como proceso tóxico sustituto del onanismo primordial, da cuenta de que para Freud no existe un pensamiento dinámico sobre el tóxico, en tanto no constituye un síntoma posible de descifrar.

No obstante, a partir del análisis de la pasión por el juego en Dostoievski, Freud agrega nuevos elementos que permiten avanzar respecto la tesis de lo exclusivamente autoerótico. Señala: “el juego era para él también una vía de autocastigo [...] si las pérdidas los habían llevado a él y a ella [su esposa] a la miseria más extrema, extraía de ahí una segunda satisfacción patológica [...] Cuando el sentimiento de culpa {Schuld} de él era satisfecho por los castigos que él mismo se imponía, cedía su inhibición para el trabajo, se permitía dar algunos pasos por el camino que llevaba al éxito” (Op. cit). De esta manera, la concepción de lo tóxico implica reconocer las particularidades en la economía psíquica del sujeto, que en Dostoievsky se definía en torno al desencadenamiento de angustias frente al padre, culpa y tendencias a la pérdida total a través de su pasión por el juego que finalmente le permitía cierta estabilización y reencuentro con su capacidad creativa.

Como es posible apreciar, la concepción freudiana de las adicciones revela no sólo su vínculo con el autoerotismo, sino que además encierra nociones tales como la de estabilización y paliativo del malestar subjetivo. En “El malestar en la cultura”, al preguntarse por las vías de alcanzar la ‘felicidad’ y evitar el dolor, Freud se refiere al uso de

sustancias químicas, en tanto ‘quitapenas’, como: “el método más tosco, pero también el más eficaz [...] nos procura sensaciones directamente placenteras, pero a la vez alteran de tal modo las condiciones de nuestra vida sensitiva que nos vuelven incapaces de recibir mociones de displacer” (Freud, 1939). Nuevamente refiriéndose a la manía como un estado patológico con similitudes a la embriaguez, advierte que en el quimismo humano deben existir sustancias tóxicas que inciden sobre los procesos anímicos. Agrega: “Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino” (Op. cit).

Aportes post-freudianos a la concepción de las adicciones

Las primeras generaciones de psicoanalistas también se interesaron por la problemática de las adicciones y los mecanismos psíquicos en juego, existiendo una gran cantidad de escritos al respecto. Por este motivo se abordará sólo aquellas perspectivas que impulsaron mayor debate y prevalencia de sus concepciones en el quehacer clínico, dejando afuera a aquellas perspectivas que consideraban la adicción de lado la perversión al constituir una hipótesis rechazada en la actualidad por la mayoría de los psicoanalistas.

Una de las primeras referencias es la señalada por Ferenczi (1911) en medio de una discusión con Bleuler, quien acusa a Ferenczi de perjudicar a la liga antialcohólica al descentralizar el núcleo del problema en los efectos químicos perjudiciales que el alcohol ocasionaría en el organismo. De esta manera, el apartarse de aquellas visiones que concebían el alcoholismo como una enfermedad primaria, generó gran resistencia por parte de los médicos de aquella época. Al respecto Ferenczi (1911) señala: “He concluido de que la responsabilidad de los síntomas de ebriedad no incumbe solo al alcohol. La bebida actúa como factor desencadenante, destruyendo las sublimaciones, impidiendo el rechazo, pero la causa fundamental de lo síntomas debe buscarse al nivel de los deseos ocultos que exigen una satisfacción. Mientras que para algunos sujetos ‘que no toleran el alcohol’ la bebida es una tentativa inconsciente de auto-curación mediante el veneno, otros neuróticos, arriesgándose a caer en el alcoholismo crónico, emplean este producto como medicamento, conscientemente y con éxito” (Ferenczi, 1911, p. 197).

El autor concebía el alcoholismo como consecuencia de la neurosis de cada sujeto, que por lo tanto se manifestaría según sus propios conflictos. A partir de la idea de Gross de que en la manía los sujetos consiguen disminuir ‘sus complejos de ideas dolorosas’ sin necesidad de sustancias químicas, Ferenczi (1911) señala que los sujetos que consumen alcohol intentan compensar la capacidad endógena de producir euforia. De esta manera señala que “la ebriedad con todos sus síntomas y el malestar consiguiente evoca la locura circular, en la que la melancolía sucede a la manía” (p. 198), hechos clínicos que lo conducen a confirmar su tesis de que el alcohol amenaza en forma particular a aquellos individuos que por causas psíquicas recurren con mayor frecuencia a los placeres externos.

La disputa entre Bleuler y Ferenczi, tiene su continuidad más tarde entre autores como Rado y Glover. Como explica Lopez (2007), la perspectiva de Rado apunta a concebir el placer asociado al consumo de drogas en tanto un nuevo tipo de gratificación la cual estaría en estrecha relación con la recuperación de la satisfacción narcisista del yo. Desde aquí la adicción se explicaría como un proceso que se da con el ingreso repetido de sustancias químicas al cuerpo durante el tiempo, que produciría un nuevo equilibrio a nivel libidinal y yoico. En lo que respecta a la organización de la libido, se produciría un “corto circuito” que hace que el aparato sexual periférico quede fuera del recorrido y se llegue directamente al “órgano central”, lo cual Rado denomina “metaerotismo”; idea que explicaría porqué la droga se convierte en el objeto de principal interés sexual y general del sujeto. En cuanto al nivel yoico, se produciría una subyugación y devastación del yo. Tal proceso, que da cuenta de un nuevo equilibrio, sitúa a la droga en un papel central.

Por su parte, para Glover, la recurrencia a un consumo adictivo de sustancias se basa en el planteamiento de elementos psíquicos pre-mórbidos, punto en el cual se colocaría énfasis en el tratamiento en el caso de pacientes que han desarrollado una adicción. Asimismo, señala que es imposible curar una adicción sin ocuparse de sus causas profundas, por lo que los elementos narcisísticos subyacentes y las tendencias paranoides, serían de vital importancia. Glover agrega que la dependencia de la droga es en gran parte psicológica, lo que exige al psicoanalista la suspensión de todo juicio moral sobre la

adicción a la droga, en tanto la droga tiene una incidencia sobre el erotismo orgánico. Con esta concepción de las adicciones se continua con la perspectiva planteada por Ferenczi, “si bien con distintos marcos teóricos, entre un abordaje que intenta ‘quitar’ la droga, y uno que intenta curar los elementos ‘a la base’ de la adicción” (López, 2007, p. 80).

Dentro de los autores de la escuela inglesa, se considera relevante rescatar la postura de Winnicott (1971), quien sitúa a las adicciones en la psicopatología que se manifiesta en la zona de los fenómenos transicionales. Para el autor, los objetos y fenómenos transicionales constituyen parte del campo de la ilusión en tanto aquella que es base de la experiencia. Esta etapa del desarrollo, que comienza cerca de los 6 meses de edad, es posibilitada por la capacidad de la madre para adaptarse a las necesidades de su hijo, a partir de lo cual este puede forjar la ilusión de lo que él cree existe en la realidad. Etapa que de ser llevada a cabo con normalidad deriva en el logro de una distinción entre lo interno y externo, el yo y el mundo. La zona intermedia de la experiencia concierne, además, a la mayor parte de la experiencia del bebé, conservándose a lo largo de la vida en las diferentes experiencias intensas, tales como el arte, la religión, la vida imaginativa y la labor científica creadora. Agrega, que lo transicional no es el objeto en sí, puesto que este representa la transición del bebé desde un estado de fusión con la madre a uno donde logra relacionarse con ella en tanto algo externo y separado. Cuando ocurren dificultades en aquel punto del desarrollo psíquico, por ejemplo cuando no se despliega un buen manejo de la separación por parte de la madre o cuando ésta se ausenta por período demasiado largos que propician una disipación de la representación interna de esta, se podría afectar el campo de los fenómenos transicionales generando consecuencias psicopatológicas, como lo es el caso de la adicción a drogas. Al respecto se pregunta: “Un investigador que estudiase este caso de adicción a drogas, ¿tendría el adecuado respeto por la psicopatología manifestada en la zona de los fenómenos transicionales? (p. 39).

Para Humberg y Mandelbaun (2011), la pregunta anterior lleva a pensar que la génesis de cualquier conducta en la cual se pone en juego lo adictivo radica en las “fallas o traumas” que ocurren en la fase de la transicionalidad. En base a los planteamientos de Winnicott las autoras proponen entender la adicción como “una búsqueda de la integración-

separación del individuo con el mundo [...] una tentativa de interacción, de búsqueda de sí mismo, realizada de manera paradójica con la utilización de sustancias que cambian la percepción de sí mismo (las adicciones químicas) y con la acción de procesos identificatorios intensos, en los cuales el individuo se pierde y se mezcla en el otro” (p.5). Esto resulta interesante a la hora de pensar la función estabilizadora que en algunos casos proporciona el recurso al consumo de drogas, en tanto ciertos procesos identificatorios permitirían al sujeto –en forma paradójica – encontrar un lugar generando ciertos lazos sociales y a la vez perderse a sí mismo fundiéndose en la masa. Las autoras agregan, “creemos que la droga no es la búsqueda de placer, tampoco es la búsqueda de un objeto perdido o el rechazo de la ley o la castración, sino el instrumento para sentirse a sí mismo” (op.cit.). Esta solución del sujeto, aunque en un primer momento parezca corregir una experiencia pasada, fracasa en su estabilidad, en tanto es una tentativa de solución externa para conflictos internos, por lo que ofrecería un alivio pasajero al sufrimiento psíquico, ya sea signifique para un sujeto sentirse a sí mismo como real, como constituirse en relación a los otros. En consecuencia, desde esta perspectiva se busca pesquisar los orígenes de la solución adictiva, en tanto búsqueda del sujeto para separarse y unirse al mundo, o en otros términos, como búsqueda de integración de su ser, proceso que “depende del apoyo ambiental, depende de las relaciones más primitivas del niño con su madre” (Humberg y Mandelbaun, 2011, p. 6).

Los señalamientos de Lacan sobre la adicción y la droga.

Resulta interesante destacar que Lacan en los inicios de su obra hace mención a las adicciones al abordar lo que él denomina “el complejo de destete”. Según el autor este complejo “fija en el psiquismo la relación de la cría, bajo la forma parasitaria exigida por las necesidades de la primera edad del hombre; representa la forma primordial de la imago materna. De este modo, da lugar a los sentimientos más arcaicos y más estables que unen al individuo con la familia”. Su relevancia radica en constituir el complejo más arcaico que se integra a los complejos posteriores, llevando consigo una crisis en el psiquismo que en ciertos casos involucra “un trauma psíquico cuyos efectos individuales –anorexias llamadas

mentales, toxicomanías por vía oral, neurosis gástrica- revelan sus causas al psicoanálisis” (Lacan, 1938, p.31).

Si bien posteriormente a estos argumentos no abordó en profundidad la problemática de las toxicomanías, realizó algunas puntualizaciones que actualmente son las mayormente desarrolladas por psicoanalistas lacanianos. Cabe señalar que en tales menciones posteriores, Lacan acentúa su comprensión en “la droga” y no en el fenómeno adictivo propiamente tal, diferencia relevante con las concepciones del psicoanálisis post-freudiano que apuntaban a considerar el uso de drogas como consecuencia de fragilidades en la constitución narcisista del sujeto. Esta diferencia ha sido puesta en relieve por los psicoanalistas que enfatizan los efectos de la droga como ruptura con el falo, hecho clínico que definen como parte de la respuesta actual al imperativo social de consumo generalizado que desata un modo unificado de goce.

En Lacan se identifican dos definiciones de la droga que se articulan entre sí. La primera, como ascenso de la ciencia, idea que pone de relieve la temática de las nuevas formas de malestar (Lacan citado en Freda, 1988). La segunda, ampliamente reiterada por autores contemporáneos: “la única definición que hay de la droga, y este es el motivo de su éxito, es que la droga es aquello que permite romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipí, el matrimonio del sujeto con el falo” (Lacan, 1975a). Tal efecto de la droga, se comprende desde los avatares que posibilitan la inscripción del falo: el paso del goce autoerótico al goce fálico vía la castración, planteamiento que sigue en continuidad con lo señalado por Freud respecto al paso del ‘puro autoerotismo’ a su fusión con la fantasía. Aquel momento de fusión o ‘soldadura’ marcaría la inscripción del falo, es decir, la conjunción del “pequeño cabo de cola en cuestión, con la función de la palabra” (Lacan, 1975b). Es otras palabras, el surgimiento de la fantasía es condición de posibilidad para la relación del cuerpo y la palabra, que en el decir de Lacan, implica “hacer de un órgano un instrumento” (Lacan, 1971) que responde a aquellas satisfacciones donde el Otro sexo está implicado.

Lacan (1975a) hace mención de este concepto de ruptura al referirse al relato clínico de la neurosis fóbica de Juanito, donde plantea que existe una relación entre la irrupción del pene real –“la pulsión más elemental”- y el surgimiento de la angustia, la cual puede empezar a ser manejada sólo desde el momento en que el órgano se instrumentaliza como falo. Esto se traduciría, de acuerdo a Naparstek (2008), de la siguiente manera: “la inscripción del falo no alcanza a darle la envoltura al pene como real, no logra hacer firmemente la fusión, el anudamiento, como decía Freud [...] En Juanito remarcamos cómo ya no el falo, sino el pene real cobra independencia y, en este sentido, no solamente independencia del yo y la voluntad, sino también del inconsciente retórico del sujeto. El pene real no se encuentra anudado al yo narcisísticamente ni a la metáfora y a la metonimia que representan al sujeto, porque para eso le haría falta quedar envuelto por el falo simbólico e imaginario...” (44, 46).

La tesis de los lacanianos: la ruptura con el falo

Desde la perspectiva lacaniana, se plantea que “la verdadera toxicomanía” es aquella en la cual la droga permite romper con el falo, detonándose un exceso que genera una pérdida de la regulación fálica. Como señala Naparstek (2008) “Si hay una función que tiene el falo es, por excelencia, poner medida a las cosas [...] La posible ruptura con el falo es lo que hace que se pase a la manía por el tóxico, entendiendo a la manía, como aquello que lleva al sujeto por fuera de un anclaje fálico” (p. 48). Esta concepción de las adicciones surge a partir de los planteamientos de Miller (1993) respecto al goce autoerótico, señalando: “existe otro goce que no pasa por el cuerpo del Otro sino por el propio y que se inscribe bajo la rúbrica del autoerotismo, digamos que es un goce cínico, que rechaza al Otro, que rehúsa que el goce del cuerpo propio sea metaforizado por el goce del cuerpo del Otro y que opera como un cortocircuito llevado a cabo en el acto de masturbación” (p.18). Planteamientos que apuntarían a pensar que las adicciones no se pasa por Otro sexo, es decir, la diferencia sexual.

Como señala Laurent (1988) las toxicomanías implicarían un “cortocircuito con el fantasma” (p.16), hecho clínico que permite establecer una diferencia importante entre lo

toxicomaniaco y la perversión. En esta última existiría uso específico del fantasma, mientras que en el acto de drogarse la estrategia del sujeto ante la castración se presenta al margen de la implicación del fantasma, lo que permite situar a las toxicomanías en el registro de los trastornos del acto, en tanto no se trata de una formación de compromiso sino una formación de ruptura (Santiago, 1994). El toxicómano escogería un “yo no pienso” (Calais, 1995), acto que desencadena en el sujeto un excedente de goce donde el objeto droga llega a ser considerado como causa de goce en contraposición a la noción lacaniana objeto a, causa de deseo. En estos planteamientos no hay condición previa específica para llegar a desarrollar una toxicomanía, sino que basta con la condición de falta en ser propia del parlêtre, lo cual plantea como punto central el plano de una ‘elección’ del sujeto (Lopez, 2007).

La “operación toxicómana” como un rechazo al inconsciente, tiene el estatuto de “solución del soma” en oposición a las soluciones fantasmática y del síntoma (Tarrab, 2000). De esta manera, el campo de la toxicomanía para estos autores no implicaría un conflicto o mecanismo inconsciente específico, puesto que el recurrir a las drogas deja de estar en el plano de la consecuencia trasladándose al plano de las respuestas del sujeto. Estas ideas son conectadas con el plano de la rectificación subjetiva, donde el sujeto toxicómano tendría la alternativa de decidir parar su consumo. El consumo de drogas no se reduciría a la combinatoria significativa: abriría paso a un goce no articulado al objeto ‘a’, y por lo tanto, no articulado a las zonas erógenas ni ningún tipo de elaboración psíquica (Lopez, 2007).

De acuerdo a Naparstek (2008), la tesis lacaniana de la ruptura retoma la idea freudiana de la masturbación en tanto adicción primordial, especificándola con su noción de goce. En este contexto, señala el autor: “la clínica con estos pacientes no permite pensar [...] en un análisis en el sentido de la interpretación de los sueños, ya que como lo venimos desplegando hay un rechazo al Otro. Cuando decimos rechazo al Otro y a lo fálico incluimos allí al inconsciente. Podemos agregar, que hay un rechazo al inconsciente y que en los tratamientos se hace necesario ponerlo en funcionamiento” (p. 62). Sin embargo, la concepción de las toxicomanías como completamente fuera del campo del inconsciente, en

tanto la droga tiene un poder de ruptura con éste, deja como interrogante si realmente en las adicciones no existirían mecanismos subyacentes, lo cual conduciría a pensar en tal concepción de inconsciente –fundado sólo a partir de la lógica significante – y su relación con la constitución subjetiva.

La transversalidad estructural de las toxicomanías

Si bien es cierto, la noción de ruptura habría sido referida inicialmente por Lacan para pensar la psicosis, en el caso de las toxicomanías no se trataría de una ruptura a nivel estructural que implique la forclusión del Nombre del padre. En este sentido, se plantea que “la toxicomanía no existe” Zafiropoulos (1988) puesto que puede estar presente en cualquier estructura subjetiva.

No obstante, pese a existir consenso respecto a la transversalidad estructural de las toxicomanías, actualmente existen diferencias importantes entre los distintos autores respecto el estatuto que adquiere la droga, algunos de los cuales se han visto obligados a modificar sus hipótesis a partir de la realidad clínica. Los autores mencionados en el apartado anterior, ponen énfasis en el carácter homogéneo del uso y efecto de la droga, en tanto desata un ‘puro autoerotismo’ que involucra la emergencia de un “goce uno” que como tal no es sexual y que responde a la integración del mercado único de los goces (Laurent, 1988). Sin embargo, otros autores dan cuenta de la naturaleza paradójica del recurso a la droga, dándole un valor de solución-problema. Para (Freda, 1988), el paso a la manía del tóxico sería condición de apaciguamiento ante el malestar de un sujeto; un tratamiento de lo real por el real de la droga. Esta condición tendría diversas funciones tales como poner límite al goce; dar un nombre (“la droga” como razón del sujeto); suplir al agente (como en el caso de algunas psicosis por ejemplo), lo que le da un estatuto totalmente apartado de la categoría de objeto. En este sentido, la droga se revela más bien “como un transformador de la satisfacción autoerótica [...] su ausencia puntual tiende a producir torpemente un falso agujero alrededor del cual se ordenan los avatares imaginarios que comporta toda relación con un objeto prohibido” (p. 97). Desde aquí surge lo paradójico que constituye el problema de lo adictivo, en tanto la droga puede ser considerada como

aquello que destruye el lazo con el Otro pero a la vez que puede permitir el lazo con el; esto último no desde lo simbólico, sino a través del cuerpo en sus componentes real e imaginario (Laurent, 2008).

En correspondencia con lo anterior, los últimos trabajos desarrollados en toxicomanías y alcoholismo han propuesto incorporar la noción de ‘función de la droga’ para dar cuenta de “la particular relación que un sujeto establece con una substancia de la que intenta extraer una satisfacción” (Sinatra, 2010). Tal relación con la droga puede responder a problemas muy diversos los que ‘retroactivamente’ son viables de ser deducidos mediante la develación de la estructura clínica en que se inscriba su posición subjetiva. De esta manera, se señala: “dejamos de adscribirle a un ser una substancia que colectiviza individuos, para proceder a precisar el lugar que ocupa esa droga en la economía de goce de un sujeto” (op. cit., p. 104).

Si bien estos aportes son relevantes en tanto entregan algunas coordenadas en la dirección de la cura con sujetos con adicciones, los discursos siguen basándose en la noción lacaniana de “ruptura”, o posturas centradas en la droga o su función, contradiciendo uno de los aportes centrales del psicoanálisis: las singularidades del efecto subjetivo que la práctica de consumo tiene en cada sujeto. De hecho, es importante resaltar que tales conceptualizaciones de las adicciones actualmente están siendo modificadas incluso por quienes promovieron inicialmente la noción de ruptura con el goce fálico, llegando incluso a aproximarse a una noción de adicción de lado de lo sintomático. Miller (2011) señala: “Para Freud, como el partía del sentido, eso [el goce] se presentaba como un resto, pero de hecho ese resto es lo que está en los orígenes mismos del sujeto, es de algún modo el acontecimiento originario y al mismo tiempo permanente, es decir que se reitera sin cesar. Es lo que se descubre, lo que se desnuda en la adicción, en el ‘un vaso más’ [...]. La adicción es la raíz del síntoma que está hecho de la reiteración inextinguible del mismo Uno. Es el mismo, es decir precisamente no se adiciona. No tendremos jamás el ‘he bebido tres vasos por lo tanto es suficiente’, se bebe siempre el mismo vaso una vez más. Esa es la raíz misma del síntoma. Es en este sentido que Lacan pudo decir que un síntoma es un *etcétera*. Es decir el retorno del mismo acontecimiento” (p. 7). Se cree que esta referencia

es interesante, puesto que refutaría la noción de adicciones como fuera del campo de lo inconciente.

Sin embargo, desde las perspectivas mencionadas quedan aún ciertas preguntas: Si es sabido que no todo sujeto que consume una sustancia recurre posteriormente a un consumo compulsivo ¿cómo un sujeto llega a desencadenar una adicción?, ¿qué condiciones subjetivas subyacen el paso al acto adictivo? ¿qué ocurre en aquellos sujetos donde no existe la especificidad de una sustancia que neutralice el goce y/o cuando no resulta evidente ubicar una función?. De esta manera, a partir de lo que enseña la clínica, se considera ineludible estudiar la relación entre adicciones y narcisismo en tanto permitiría lograr un mayor acercamiento a estas interrogantes.

1. Narcisismo y adicciones

La pregunta por el narcisismo en las adicciones

No todo sujeto – que toma contacto con una sustancia u objeto particular – va a experimentar un exceso pulsional, una ausencia de límites que le impida controlar el consumo, hecho clínico que lleva a pensar en el narcisismo como registro en el cual se enraízan las condiciones que – en algún momento de la historia de un sujeto – pueden convocar el desencadenamiento de lo adictivo en relación a una sustancia.

De acuerdo a Freud (1914) el concepto de narcisismo proviene de la descripción clínica de aquella conducta por la cual un individuo da a su cuerpo un trato parecido al que daría a un objeto sexual, alcanzando la satisfacción plena, cobrando el significado de una perversión. No obstante, señala que la observación analítica dio cuenta de que sus manifestaciones aparecen en muchas personas aquejadas de diversas problemáticas, por lo que el narcisismo sería “el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación, de la que justificadamente se atribuye una dosis a todo ser vivo” (p.71). A partir de sus observaciones en torno la psicosis, la vida anímica de los niños y de los pueblos originarios, señala: “nos formamos así la *imagen de una originaria investidura*

libidinal del yo, cedida después a los objetos; empero, considerada en su fondo, ella persiste, y es a la investiduras de objeto como el cuerpo de una ameba a los pseudópodos que emite” (p.73). Ahora bien, Freud se pregunta respecto de la relación que tiene el narcisismo con el autoerotismo en tanto estado temprano de la libido, constatando que desde los comienzos de un individuo no existe una unidad comparable al yo: “las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya” (p. 74).

Para Lacan (1949), el narcisismo en tanto captación de la imagen en el espejo, involucra una experiencia fundamental que remite a la constitución del yo, en tanto un complejo proceso de identificaciones. Desde aquí, Lacan responde la interrogante de Freud respecto a la ‘nueva acción psíquica’, con la concepción de la imagen especular y su consecuente constitución imaginaria del yo [moi]. La articulación entre la libido y el narcisismo sería “la fascinación del sujeto por una imagen, la cual no es nunca, a fin de cuentas, sino una imagen que se lleva en sí mismo” (Lacan, 1956, citado en Lambote, 2010). Aquí Lacan establece una relación fundamental entre las condiciones de génesis de la imagen con las consecuencias que tiene aquella disposición psíquica sobre la economía libidinal, conclusión a la llega también en su primer seminario. Sin embargo, resulta interesante subrayar aquella función esencial que cumple esta “imagen que se lleva en sí mismo”, en tanto hace posible la investidura de objeto, al mismo tiempo que regula la relación del sujeto con la realidad (Lambote, 2010).

Por otra parte, Le Poulichet (1998) en su libro “El arte de vivir en peligro”, describe el narcisismo como concepto que debe articularse con el proceso de temporalización del yo en tanto no designa necesariamente un ‘estado’. El narcisismo encierra un movimiento paradójal: siempre puede transformarse en su contrario, en un equilibrio vacilante y precario, lo que se expresa – por ejemplo – en una susceptibilidad de la imagen narcísica del yo de encogerse cuando ésta más crece, o también de inmovilizarse cuanto más se encuentra. Esta “reversibilidad” del narcisismo, como lo llama la autora, concierne la problemática del tiempo inscrita en el centro del mito de Narciso que presenta Ovidio: “Mientras bebe, seducido por la imagen que contempla de su belleza, se prenda de un

reflejo sin consistencia y toma por un cuerpo lo que no es más que una sombra. Queda en éxtasis ante sí mismo y, sin moverse, el rostro fijo, absorbido en ese espectáculo, parece una estatua hecha de mármol de Paros. [...] ¿Qué ve, entonces? Lo ignora; pero lo que ve lo abraza y el mismo error que engaña a sus ojos excita su codicia. Crédulo niño, ¿para qué sirven esos vanos esfuerzos por aferrar una fugitiva experiencia? ¡El objeto de tu deseo no existe! En cuanto al de tu amor, apártate y lo harás desaparecer. Esa sombra que ves es el reflejo de tu imagen. No es nada por sí misma” (Ovidio, citado en Le Poulichet, 1998, p. 66). De esta manera, la reversibilidad del narcisismo puede convertirse en figura de muerte o desaparición.

En el caso de las adicciones, donde se ponen en juego de las pulsiones, aquella cara del objeto-yo que colma al Otro, puede pasar a constituir otra cara: aquella donde el yo se convierte en objeto-desecho del Otro que lo ha consumido, lo cual explica cómo la omnipotencia del yo puede convertirse súbitamente en sentimiento de nulidad, en tanto da cuenta de una desarticulación de la temporalización del yo [Je]. Sin embargo, es posible concebir un yo que se diacronice, desplazándose en el tiempo, cuya condición de posibilidad para su surgimiento es la capacidad de asumir aquella parte del vacío constituyente⁷: “será entonces una superficie del acontecer en el presente de un gozar que el vacío y la ausencia hacen resonar. La investidura narcísica del yo, en tanto objeto que se temporaliza en una dimensión metafórica, puede dar lugar entonces a ejes de investidura del mundo y los objetos, y no a un ‘estado’ [...] la imagen del yo como efecto de superficie sería entonces levantada por el vacío de su ser” (Le Poulichet, 1998, p. 66). Pensar en las condiciones de posibilidad de aquella primera investidura narcísica, por tanto, sería una puerta de entrada en el campo de las adicciones.

⁷ Nociones que Le Poulichet (1998) plantea a partir de la interpretación de ciertos aspectos de la vida y obra de Giacometti: “Construir un vacío para instalarse en él y... ¡volverse minúsculo o bien gigante! Habitar un vacío libera singularmente las dimensiones del placer. En una reversibilidad esencial, Giacometti penetra ya los volúmenes que lo engloban y ahondan así una cavidad en él mismo. En esta experiencia erótica de pérdida de dimensiones gracias a la fabricación de un hueco donde se instala el cuerpo [...] la posibilidad de construir un lugar en el cual las cosas se conviertan en objetos desconocidos y no dejen de modificarse, de transformarse [...] la experiencia de pérdida de las dimensiones podrá transformarse en todo momento en una sensación de ‘desgarramiento de la realidad’ (p. 52-53).

Toxicomanías como formaciones narcisistas

Le Poulichet (1996) señala que el psicoanálisis se ha ocupado bastante de la cuestión del narcisismo desde el punto de vista de la asunción de lo real en las imágenes y el lenguaje, dejando de lado un aspecto del narcisismo que “concierna a las asunciones o el congelamiento de un sufrimiento en la carne, gracias a un recorte real” (p. 114). Con esto invita a pensar en la manera en que un sujeto “pierde algo de la carne” a través de la mirada de la madre y en diferentes simbolizaciones, lo que concierne a toda clínica de las identificaciones, ya sea en una lógica especular, como en referencia a la triangulación edípica y la castración. En otras palabras, lo real resultaría dos veces perdido, alienado en las imágenes y en el lenguaje, en la sexualidad. Desde aquí se pregunta, “más allá de una interrogación sobre el campo de las psicosis: ¿cómo alguien recupera ‘algo de la carne’ para conservarse ahí? O también: ¿Cómo reaparecen formaciones alucinatorias, por ejemplo en las curas?” (op. cit.). Preguntas que para la autora son totalmente pertinentes en el ámbito de las adicciones.

Para la autora, las adicciones constituirían “formaciones narcisistas”, singulares en cuanto a su despliegue en cada sujeto, las cuales se enmarcarían en el modelo de la lesión de órgano descrito por Freud. Formaciones que pueden operar de forma diferente en las neurosis y las psicosis, pero conservando su carácter de formaciones alucinatorias que constituyen maneras de recuperar algo de lo real, representando “lugares de goce” y “lugares de desvanecimiento del sujeto”. En este sentido, las formaciones narcisistas encerrarían una paradoja: por una parte atestiguarían un fracaso de la organización narcisista, pero al mismo tiempo actuarían como “montajes” para lograr su restitución.

En cuanto al modelo del órgano lesionado, una investidura se cristaliza en el órgano, lo que generaría un fracaso de las redes significantes en relanzar los trayectos pulsionales, una suerte de soslayamiento del trayecto pulsional, generando “un desvío del proceso de alienación imaginaria y simbólica, en la que se concibe la creación de síntomas [...] este tratamiento real, que compromete a la carne, organiza un repliegue narcisista que neutraliza toda investidura que no sea la reclamada por este dolor de órgano” (p. 116). Según la

autora, esto explicaría los principales fenómenos corporales en las adicciones, cómo el síndrome de abstinencia o síndrome de falta.

Le Poulichet define la operación del farmakon, en tanto formación narcisista, como aquel mecanismo propio de las adicciones. La droga, entendida como tóxico y veneno a la vez, parece prestar un cuerpo, hecho por el cual su ausencia evoca tanto dolor: el sujeto viviría la falta de droga como una mutilación. Este fenómeno lo denomina miembro fantasma, el que adquiere el estatuto de un órgano doliente. Esta operación comprendería dos dimensiones: el dolor y lo alucinatorio. El dolor se presenta como la afección principal engendrada por el estado de abstinencia, causando “una queja que se desenvuelve como en el límite de lo psíquico y lo somático” (p. 54). En otras palabras, la droga ausente implica una suerte de órgano doloroso que despliega la investidura de zonas corporales.

El segundo elemento que constituye la operación farmakon involucra el carácter alucinatorio del miembro fantasma, formación que sin embargo, no tendría el valor ni la consistencia propia del fantasma, sino más bien organizaría un saber respecto una pérdida no simbolizada que pertenecería al registro de lo alucinatorio, no como la presencia de una alucinación propiamente tal, sino como “ficción de una satisfacción alucinatoria”⁸ que caracteriza una investidura libidinal en que el yo y el otro no logran diferenciación, oponiéndose a la temporalidad en que se ordena toda cadena significativa.

La autora observa que la necesidad fisiológica de consumir usualmente desaparece luego de tratamientos de desintoxicación, sin embargo la urgencia corporal es experimentada incluso tras largo períodos de abstinencia. Cuando la operación del farmakon no es desmantelada vía instauración de la palabra, el cuerpo se torna omnipresente en tanto no es velado ni sostenido por las representaciones. Por tanto, la droga en la economía psíquica de los sujetos constituiría un órgano que falta para recuperar

⁸ Le Poulichet toma como referencia a Freud respecto lo alucinatorio como modo de satisfacción primaria de deseo: “en el ‘Proyecto’, lo alucinatorio representa la característica de la vivencia de satisfacción cuando es reactivada la imagen mnémica del objeto deseado. Se trata de un modo de satisfacción inmediato, que inviste directamente el sistema perceptivo. Esto alucinatorio participa de la lógica de los procesos primarios que procuran una ‘identidad de percepción’, como en el sueño. Es, por otra parte, la característica de la investidura onírica” (pág. 55).

la completud corporal y la ligazón de excitaciones, y al mismo tiempo una investidura alucinatoria del recuerdo de satisfacción que invalida las representaciones al no lograrse instaurar un cuerpo modelado por las cadenas significantes.

Las denominadas “recaídas” de los pacientes en un tratamiento de desintoxicación, que suelen ocurrir como en respuesta a “efracciones”, aparecerían como intentos de restauración de una protección frente situaciones y pensamientos vividos como amenazadores y aterrorizantes. Tales efracciones cesan cuando ocurre el repliegue narcisista propio del reencuentro con el tóxico, el cual permite mantener una forma de “libidinización” según el modelo de una “pre-ligazón”. De esta manera, un nuevo cuerpo parecería modelado, lo que explica mediante la metáfora de una esponja que recupera su forma mediante la droga. Al respecto señala: “se trata de una forma fija, fijada, que restaura una masa narcisista, como paliar la amenaza de algo intolerable” (p. 118). Aquello intolerable respondería a las particularidades el sufrimiento de cada sujeto.

La vivencia del toxicómano implicaría una suerte de “errancia sonámbula” en tanto manera de conservar en el estado de vigilia una forma de percepción alucinatoria similar a la del sueño bajo la protección de una narcosis. Errancia que implica además una abolición de la temporalidad en la cual la dimensión de la inmediatez predomina, generándose una disolución del orden de la ausencia y, al mismo tiempo, una suspensión de la memoria y el olvido (como represión), en tanto la narcosis los reemplazaría por un exceso de lo actual y una borrada de los recuerdos. Señala la autora: “esta operación del farmakon parece revelar un mundo esencialmente continuo. Lo intolerable en la abstinencia sería la irrupción de una discontinuidad, como un despertar que expulsara al soñante de su noche” (p. 58). La continuidad implicaría una masividad intrusiva y muda de un afuera que produce una ficción de indiferenciación entre afuera y adentro, una reversibilidad que implica una abolición de las oposiciones distintivas que perfila el orden del lenguaje.

Así, esta forma de continuidad instalada por el farmakon es un intento paradójico de restitución de “la ilusión de un ‘narcisismo absoluto’”(p. 60). Ilusión y narcosis correspondiente a un montaje que neutraliza todo reto de castración, un montaje narcisista

esencialmente conservador, que regularía ciertas formas de goce, “más acá de la dialéctica de la necesidad, del deseo, de la demanda y de la falta” (p. 68).

Los montajes narcisistas pueden tener dos ejes principales no excluyentes entre sí y que pueden comunicarse. La operación *farmakon* se podría dar al modo de la suplencia o al modo del suplemento, posibilidades clínicas que sirven para explicar las particularidades de lo que lleva a un sujeto recurrir al tóxico como solución. En el caso de la suplencia, la toxicomanía da testimonio de un desfallecimiento, de una insuficiencia del Padre, requiriéndose suplir sin cesar la claudicación de una instancia simbólica, lo cual si bien puede indicar casos de psicosis, un desfallecimiento del Otro puede darse en otras circunstancias. En este caso, se produciría una forma particular de llamado al goce que da cuenta de las dificultades en la constitución de un sujeto a través de los significantes entregados por un Otro, lo cual incide en una ausencia de elaboración del deseo como deseo de lo que falta al Otro.

El trayecto pulsional permanece suspendido, sin recortar un objeto para el deseo, en el intervalo de dos significantes. Lo que debía volver por la voz o la mirada del Otro para cerrar algo del cuerpo ha quedado suspendido del cuerpo de ese Otro. De esta manera, el objeto a, el objeto perdido, no se desprende para producir una separación: “La clínica indica que estas formas de apertura al goce vienen a ser un llamado a ‘hacerse’ objeto del goce del Otro, cuando el sujeto no puede engendrarse a partir de la falta y del deseo del Otro. Aquí se precipita una forma de identificación con el objeto parcial: ‘hacerse’ pecho o ‘hacerse’ excremento, más que resultar precipitado todo entero en el goce del Otro. Pero en este caso se trata de una identificación fijada que no convoca a otros significantes” (p. 128). Se trata de un proceso distinto del que se puede encontrar en ciertas psicosis, en que el cuerpo entero del niño ‘es’ el objeto del goce del Otro. Según Le Poulichet, muchos toxicómanos presentarían este tipo de manifestaciones somáticas, o formaciones equivalentes, antes de volverse toxicómanos. El recurrir a la operación del *farmakon*, crea un nuevo ‘borde’, a través del cual el sujeto procura poner límite al Otro. No se trata, como en la constitución del síntoma, de una respuesta al enigma del deseo del Otro, a la falta del Otro, pues en estos casos existirían fracasos primordiales en el fantasma en su función de organizar la realidad.

Por su parte, la operación del farmakon como suplemento, constituiría formaciones de ‘prótesis’ narcisistas que atraen y fijan las imágenes, funcionando como unos suplementos que concurren a sostener la imagen narcisista, acercando la discordancia entre una imagen real y una imagen ideal. Se trataría de un suplemento fálico imaginario, a través del cual se sostiene una forma de indecibilidad y un verdadero suspenso de los conflictos psíquicos: “Se trata en cierto modo de una detención del deseo en una narcosis que mantiene los términos de una indecibilidad, anestesiando el sufrimiento. Figuras de la insatisfacción, en la vertiente histérica, y de la imposibilidad, en la vertiente obsesiva, marchan lado a lado en las toxicomanías del suplemento” (p. 136). De esta manera, el sujeto quedaría suspendido, así como la pregunta sobre su propia posición y sobre su falta. El sufrimiento intolerable, por tanto, remitiría a la castración.

Suplencia y suplemento serían por tanto, dos ejes principales que adoptan las formaciones narcisistas. Sin embargo, no serían necesariamente asociables a un ‘uso psicótico’ y a un ‘uso neurótico’ del farmakon. De esta manera la operación del farmakon requiere de determinaciones bien diferentes según que esta ‘formación narcisista’ se ubique en una problemática fálica o concierna a la amenaza de una ruina del Otro simbólico.

La dimensión económica de las adicciones

En el campo de las adicciones, la incidencia de lo real y sus imbricaciones con los mecanismos subyacentes a la estructura de cada sujeto, lleva a pensar a algunos autores en que las adicciones involucran una dimensión económica. Para Mazzuca (2008) el sujeto establecería una relación con el objeto tóxico que involucra una dimensión económica – ya sea en tanto goce, dolor o seudo-pulsión-, siendo testimonio de una imposibilidad o insuficiencia en lo que a la función de fantasma como “sostén del deseo y su dialéctica” se refiere. El recurso narcisista puesto en juego en la toxicomanía tendría, entonces, el carácter de “seudo-fantasmático” en tanto constituye “una operación de cancelación” momentánea de las funciones del fantasma, del mecanismo de la represión y de la función del falo. Tal mecanismo daría cuenta de una supresión patológica de la relación del sujeto con el objeto

de deseo, en la cual queda acentuada –en cuanto al factor económico- su condición de objeto de goce. Puede decirse entonces que la distinción entre los puntos de vista económico y dinámico, respecto de la relación del sujeto con su objeto, son fundamentales para comprender aquel mecanismo de defensa no equivalente a la represión, que se despliega como “cancelación” frente al imperativo de una exigencia pulsional dolorosa (Mazzuca, 2008).

Dominguez (2012) sostiene, a partir de la metapsicología freudiana, que existe “un mecanismo psíquico de la adicción”. Tal planteamiento retomaría la noción de algunos autores post-freudianos que apuntan a ciertas fragilidades narcisistas subyacentes a una adicción; concepción que, no obstante, corre el riesgo de banalizar el concepto de “fragilidad del yo”. Según Lambote, bajo rótulos vagos, como por ejemplo el de ‘falla narcisista’, se han descrito una serie de incidencias psicopatológicas subyacentes al estadio del espejo y en consecuencia, concernientes a una alteración del yo [moi]. Sin embargo, es importante considerar que estas alteraciones no deben entenderse desde un punto de vista deficitario, sino estructural (Lambote, 2010).

Ahora bien, la noción de un mecanismo psíquico subyacente a toda adicción, se sustenta en la teoría económica del yo, reconociendo su papel en los procesos de ligazón de energía e inhibidor de los procesos primarios. Por diversas razones, en un sujeto toxicomaniaco tales funciones estarían obstaculizadas, producto de lo cual recurría a la droga. En otras palabras, “en las adicciones tendría lugar una falla integradora, protectora, ligadora del yo. Por ello, un propósito importante de la droga sería el de proveer una coraza contra las cantidades excesivas de energía [...] Este violentamiento del límite y afluencia de energía móvil, no ligada, proclive a la descarga, causa esencialmente dolor, por lo que la droga opera como un “parche”, un tapón o dique de contención, que restablece artificialmente la consistencia yoica” (Dominguez, 2012, p. 86). Es decir, la droga constituiría un lugar central en la economía psíquica de un sujeto toxicómano en tanto permitiría cierta protección frente a catástrofes narcisistas en tanto el aparato psíquico se encontraría incapacitado para detener el dolor de la ‘efracción’.

La figura de una hemorragia psíquica, en la cual las intensidades pulsionales hipertróficas se derraman como una dolorosa herida en el “tegumento yoico”, da cuenta de que existiría una relación entre el registro del dolor y lo adictivo. El dolor al que hace referencia Freud (Schmerz) no se sitúa en una dimensión del placer (Unlust)-displacer, sino que se definiría a partir de la noción de efracción. Tal estímulo que el sujeto siente como dolor cobraría semejanza con una pulsión, una “seudo-pulsión” en el decir de Freud, donde “el dolor es imperativo, y puede ser vencido exclusivamente por la acción de una droga” (Freud, 1915).

La hipótesis de fragilidades narcisistas en tanto “una falla geológica en el yo” (Dominguez, 2012, p. 87), conceptualiza las adicciones como intentos del sujeto de defenderse contra un quiebre subjetivo que lo vulnerabiliza en algún momento de su historia. Desde aquí, el consumo en ciertos sujetos que desencadenan una toxicomanía, constituye un recurso conservador o de prótesis de una economía psíquica alterada, hecho clínico que encierra una significación paradójica: irrumpe radicalmente como movimiento defensivo ante la experiencia desintegradora; y a la vez, puede propiciar un exceso de goce que conduce al aniquilamiento del ser en tanto “máxima expresión de la pulsión de muerte” (p. 87). En este sentido, el recurso a la droga no constituiría un “gocce del idiota”⁹, sino más bien un goce usado como defensa ante lo real; perspectiva que implica considerar no sólo sus efectos de devastación, sino también la posición del sujeto que la usa (Tarrab, 2002) para impedir una devastación mayor.

Lo toxico-maníaco y lo melancólico en las adicciones severas.

El sufrimiento psíquico descrito por sujetos con adicciones graves, en particular el expresado por mujeres, evoca estados de vaciamiento, inhibición, desvalorizaciones del sentimiento de sí, miedos a la fragmentación, auto-denigraciones y actos que las ponen en un lugar de desecho, lo que deja en evidencia una inminente amenaza de desaparición. Esto se expresa clínicamente en cercanía con manifestaciones melancólicas y pasos al acto

⁹ Lacan en el Seminario XX llamará a la masturbación, el autoerotismo, el Gocce del Idiota, en el sentido de la etimología griega idiôtês: «ignorante», concepto que psicoanalistas lacanianos han reproducido en diversos artículos sobre toxicomanías.

maníacos que amenazan con la disolución del sujeto femenino en la medida en que la elaboración metafórica de un cuerpo –en tanto ‘imagen que se lleva en sí mismo’ (Lambote, 2010) - se ve obstaculizada.

Estos hallazgo de ‘estados’-o posiciones- melancólicos y maníacos en la clínica de las adicciones, no necesariamente considerados en tanto estructura, se relacionan, a modo general, con aquellas formas de consumo más devastadoras. Dentro las patologías narcisistas o “psiconeurosis narcisistas”, Freud hace de la melancolía su paradigma, distinguiéndola de las neurosis y otras psicosis. No obstante, en este campo aún no ha sido resuelta la ambigüedad de su clasificación, por lo cual se ha optado por estudiar su ‘mecanismo’ subyacente en tanto permite comprender la radicalidad de sus síntomas y formas patológicas que darían cuenta de los “efectos de estructura que determinan” (Lambote, 2010).

Freud (1895) tempranamente en su obra describe a la melancolía como una suerte de “inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional, y dolor por ello” (p. 245); afecto doliente que sería similar al de una herida o “hemorragia interna” en tanto proviene de un “recogimiento” o una “soltura de asociaciones” que llevaría consigo el vaciamiento del yo hasta el empobrecimiento total. Más tarde, en “Duelo y Melancolía”, aborda la problemática de la pérdida, señalando que el mecanismo que distingue la melancolía de un duelo es la introyección del objeto perdido con el cual se habría identificado narcisísticamente, cuyo resultado es la regresión de la libido hacia el yo. De esta manera, explica que los autoreproches característicos en este cuadro, se deben a la hostilidad del sujeto contra el objeto. En la manía, en cambio, el yo debe vencer a la pérdida del objeto, ya sea al duelo por la pérdida o al objeto mismo, a partir de lo cual queda disponible toda la cantidad de conrainvestidura que el dolor de la melancolía había atraído sobre sí en el yo y había ligado. Dice Freud: “Cuando parte, voraz, a la búsqueda de nuevas investiduras de objeto, el maníaco nos demuestra también inequívocamente su emancipación del objeto que le hacía penar” (Freud, 1917b, 244). Con esta concepción, Freud ubica la melancolía y la manía en tanto procesos patológicos dado que la identificación narcisista desplegada es

similar a la encontrada en los casos de psicosis, en la cual el objeto queda en el lugar de la cosa, del Das Ding.

Más tarde, (Freud, 1923) en “El yo y el ello” señala que el sujeto melancólico se identifica al padre muerto, en el el yo es juzgado por el superyó que se ha engendrado por identificación con la imago paterna; concepción que extiende a la constitución del yo en general. No obstante, es importante relevar que para Freud la melancolía concierne a la estructura del yo, al cual considera un cementerio formado por identificaciones a objetos perdidos, objetos de amor e idealizados.

Por su parte, para Lacan (1960-1961) la melancolía estaría referida a “un remordimiento de cierto tipo, desencadenado por un desenlace que es del orden del suicidio del objeto [...] de un objeto que de alguna forma entró en el campo del deseo y que, por su obra, o por algún riesgo que corrió en la aventura, ha desaparecido” (p. 439). La melancolía está en relación a un objeto del cual el sujeto no se separa, confundiéndose con él, al contrario de lo que sucede en la depresión cuya problemática giraría en torno a un ideal. El sujeto melancólico queda ubicado como objeto caído -de la cadena signifiante- como desecho a nivel del cuerpo, es decir, se identificaría al objeto a: “El objeto está siempre enmascarado detrás de sus atributos.(...) El asunto solo empieza a convertirse en algo serio cuando comienza lo patológico, es decir la melancolía. En ella el objeto es mucho menos aprehensible (...) El sujeto no puede aferrarse a ninguno de los rasgos de ese objeto que no se ve y así desencadena efectos infinitamente más catastróficos, porque llegan hasta el agotamiento de lo que Freud llama el Trieb más fundamental, el que te amarra a la vida.” (op. cit).

Desde Lacan se considera la melancolía dentro de la dimensión de las psicosis, lo que conduce a relevar el estatuto del yo. Este no accedería a una asunción enunciativa pues habría sido invadido por el imperativo “es necesario”, lo que tal como señala Melman (1995) se evidencia en la vivencia apodíctica. Tal imperativo provendría del Otro: “un yo eclipsado en lo simbólico, desaparecido en lo simbólico, [...] se reducía a este objeto, a esta nada animado por la gran voz arcaica” (p. 62); lo que da cuenta de un sujeto en posición de

objeto aspirado por la gran boca del Otro, posición que surge ante un fantasma que deshace. En la manía, la función del nombre propio desaparece :”el nombre propio es tratado bajo la forma de chiste que en realidad no lo es [...] El maniaco es entonces aspirado por todos lados e igualmente re-escupido” (63). En estos casos, donde entra en escena el objeto tóxico u objeto pulsional, como por ejemplo el alcohol, éste posibilitaría un lugar de amortiguación de la relación bruta entre simbólico y real, desencadenando –por sus propiedades- efectos imaginarios (op. cit).

Según Tyszler (2003) aludiendo a las recaídas de los pacientes con alcoholismo, el alcohol viene a colmar el agujero que queda abierto una vez que el sujeto opta por la abstinencia, momento en que surge un estado de melancolía que el autor denomina “extrema vacuidad de la posición subjetiva, ‘fading particular, desaparición del sujeto que no es comparable con la ‘afanisis’ producida por la aparición de un significante” (p.4). La ausencia del deseo y la pérdida del sentido en el sujeto alcohólico darían cuenta de una desafección pulsional ligada a aquella de la pulsión escópica, de la mirada en tanto proporcionadora de consistencia. Esto explicaría el hecho de que estos pacientes no “vean” futuro para sí, se “vean” como desagradables, sin lograr cruzar la mirada del Otro ni soportarse en esta.

Para Le Poulichet (1998) el sujeto que presenta algún tipo de adicción, se identifica con el objeto- droga, atravesando un vacío peligroso en tanto se vería eyectado y asimilado a la “nada”. El vacío que experimenta es mortífero en tanto no es constitutivo de ningún adentro, por lo que no modelaría una oposición recíproca entre afuera y adentro, lo que se expresaría en una experiencia de pérdida de las dimensiones espaciotemporales, correlativa a una pérdida de un lugar de sujeto. Aquí, el cuerpo queda arrojado a la desmesura, donde los sujetos se identifican con el ‘cada vez más’ demandado y consumido por el Otro primordial. Así identificados con el ‘más’ supuestamente exigido por ese Otro (que muchas veces se inmoviliza en ese discurso), se encuentran finalmente ‘de más’, eyectándose regularmente; lo que explicaría la recurrencia de pasos al acto.

Los sujetos con este tipo de adicciones tendrían dificultades en la constitución imaginaria del yo: “Cuando buscan su propia imagen en el espejo, no encuentran sino una sombra sin dimensión, afectada de nulidad: como si la exigencia de ser ‘más’ se invirtiera, a través de la confrontación con el espejo, en la percepción de una ‘nada’. Ningún vacío constituyente de un adentro y de una dimensión de la ausencia puede delimitar aquí una superficie y un borde para el cuerpo. Es por eso que toda frecuentación del otro (y ante todo de la madre) representa un peligro de invasión y despersonalización” (p.67-68). Según la autora, en ciertas adicciones y casos de bulimia, la ‘oralidad de la realidad’ no permitiría una ‘captura del cuerpo’ en la consistencia de un vacío continente y contenido; vacío estructurante que no se constituye en la medida en que un Otro se instituye como consumidor de ese ‘más’ del sujeto que produce sin cesar, Otro todopoderoso frente al cual el sujeto queda en el lugar de una ‘nada’ que lo excluye de toda relación de reconocimiento.

La vía mortífera del consumo, da cuenta de pasos al acto donde el sujeto transita de un estado de anulación e inhibición generalizada a estados donde el sujeto se arroja al exceso. En este contexto, el pasaje al acto estaría en relación al momento en que un sujeto se identifica en forma absoluta al objeto a: “está en el fantasma del lado del sujeto, en tanto que aparece borrado al máximo por la barra [donde] el sujeto cae de la escena, es un fuera de escena” (García, 2008, p. 77). En este punto, las manifestaciones más radicales de la manía por el tóxico, se contrapondrían de la noción de acting out en tanto tendría un acento demostrativo que se dirige al Otro, ahí donde el actuar se opone al recordar. No obstante, desde aquí, es posible pensar que “el uso de tóxicos, el pasaje al acto y el acting out, son respuestas a la angustia frente el deseo del Otro, maniobras del sujeto frente al deseo del Otro que comparten sus efectos, el aplastamiento de la dimensión subjetiva” (op. cit. p. 79). La posición de identificación al objeto plus de goce, hace de la presentación clínica de una toxico-manía una problemática por fuera de la falta en ser y el síntoma, por lo que el despliegue de la dimensión subjetiva de aquello que antecede al acto adictivo, puede ser la coordenada que oriente respecto las particularidades del malestar subjetivo en cada sujeto con su historia singular.

CAPITULO II:

LO FEMENINO: LA DIMENSIÓN DEL EXCESO Y EL DEVENIR MUJER

*“El poema que no digo,
el que no merezco.
Miedo de ser dos
Camino del espejo:
Alguien en mi dormido
Me come y me bebe”.*

Pisarnik, Alejandra (1962). Poema 14. En “El árbol de diana”.

Este capítulo examina la concepción de lo femenino en el psicoanálisis y los aportes teóricos en relación a la dimensión del exceso pulsional, teniendo como eje dilucidar algunas particularidades del fenómeno adictivo en mujeres. En primer lugar, se busca interrogar la concepción de lo femenino por el psicoanálisis de Freud y Lacan, teniendo como coordenadas algunos elementos teóricos preliminares acerca del narcisismo, ligándolo a la posición sexuada femenina y la noción de “goce Otro”.

Finalmente, se aborda la perspectiva de algunas psicoanalistas que interrogan el lugar de lo materno en la constitución subjetiva, el narcisismo y la transmisión de lo femenino en una mujer, elementos que permiten aproximarse al registro del sin límites pulsional puesto en juego en algunas problemáticas clínicas vinculadas a las manifestaciones clínicas de lo adictivo.

1. Lo femenino más allá del falo¹⁰

¿Lo femenino “más puro y genuino”?

La interrogante de Freud (1931 y 1933) respecto lo femenino remite a un carácter enigmático de la constitución psíquica de la mujer en tanto, a diferencia de lo que ocurre en el hombre, no se regiría por las coordenadas del complejo de Edipo. Sin embargo, otorga un especial acento al papel que juega el descubrimiento de la ausencia del pene, en tanto constituiría punto crucial en la evolución de la niña, del cual parten tres caminos o desenlaces posibles: la inhibición o neurosis, el complejo de masculinidad y la feminidad normal. De estas tres vías descritas por Freud respecto del trayecto edípico de la mujer, sólo conduciría a la verdadera feminidad aquella en que la niña se reconocería en tanto ser castrado y como tal partiría a la búsqueda de aquello que no tiene –el falo- en el hombre: Primero, en dirección al padre, heredero de una intensa ligazón con la madre, luego, hacia el hombre que elige como pareja.

Para Soler (2010) esta perspectiva da cuenta de una concepción de lo femenino definido exclusivamente por las vías otorgadas por su alianza con el hombre (y el consecuente deseo de maternidad), desconociendo que “la cuestión reside en saber cuáles son las condiciones inconscientes que permiten a un sujeto consentirlas o no”. Por tanto, la interrogante freudiana “¿qué quiere la mujer?” daría cuenta de grandes dificultades a la hora de explicar la castración femenina, lo que podría traducirse en: “el Edipo hace al hombre, no hace a la mujer” (Op. cit., p. 25). Problema que, según la autora, pone en evidencia que la aproximación de Freud al enigma femenino y su especificidad, solamente es llevado a cabo a partir de la subjetivación de la falta fálica (Op. cit., p. 87).

¹⁰ Este apartado aborda principalmente los postulados promovidos por Lacan en cuanto la reformulación de la diferencia de los sexos y su interrogación del Edipo freudiano respecto de lo femenino. Este “más allá del falo” involucra la lógica femenina del “no-todo” que se distingue de la lógica del “todo fálico”. Aquel no-todo fálico concierne una especificidad del goce femenino – goce Otro-, cuya característica principal es lo ilimitado de sus manifestaciones y su irrepresentabilidad simbólica. Se considera que esto permite pensar en problemáticas clínicas que se ubican en un registro distinto de las concepciones clásicas de feminidad definidas en torno a la histeria, la cual en la perspectiva de Lacan es situada en el lado masculino de la sexuación. De acuerdo a Soler (2010) la histeria “no pertenece al registro del no-todo, sino más bien está identificada a eso que está sujeto a la castración” (p. 35), por lo que su problemática giraría en torno a “tener” o “ser” el falo.

Sin embargo, en la obra de Freud es posible dilucidar otra lectura al problema de lo femenino, cuyas coordenadas se orientan ya no desde el eje falo-castración, sino que desde la óptica del narcisismo y su relación con el campo objetal. El texto de Freud (1914) “Introducción al narcisismo” entrega algunas claves importantes, ubicando el narcisismo femenino y su relación con “la vida amorosa”. Estableciendo diferencias entre los avatares de lo amoroso en el hombre y la mujer, argumenta que “todo ser humano” tiene dos posibilidades de elección de objeto, el tipo narcisista o vía apuntalamiento, es decir, dos objetos sexuales originarios: la propia persona, o la madre. “El pleno amor de objeto”, sería característico del hombre, puesto que remitiría a la “sobreestimación sexual” proveniente del narcisismo primario de niño, la cual posteriormente daría lugar al estado de enamoramiento.

Sin embargo, respecto la mujer señala: “Diversa es la forma que presenta el tipo más frecuente, y con probabilidad *más puro y genuino*, de la mujer. Con el desarrollo puberal, por la conformación de los órganos sexuales femeninos hasta entonces latentes, parece sobrevenirle *un acrecimiento del narcisismo originario*; ese aumento es desfavorable a la constitución de un objeto de amor en toda regla, dotado de sobrestimación sexual [...] Tales mujeres se aman, en rigor, a sí mismas, con intensidad pareja a la del hombre que las ama [...] La importancia de este tipo de mujer para la vida amorosa de los seres humanos ha de tasarse en mucho. Tales mujeres poseen el máximo atractivo para los hombres, y no sólo por razones estéticas (pues suelen ser las más hermosas); también, a consecuencia de interesantes constelaciones psicológicas” (p. 85). Agrega que aquella “más pura y auténtica” feminidad, tendería a la “autocomplacencia” y poco interés por amar, inclinándose más bien a ser amadas, siendo éstas quienes despliegan gran atracción en quienes desisten del propio narcisismo para emprender la búsqueda del amor de objeto. Al respecto dice Freud: “es como si envidiásemos un estado psíquico beatífico, una posición libidinal inexpugnable que nosotros resignamos hace ya tiempo” (p. 86).

De otro lado, Freud señala que existiría otro tipo de mujeres, quienes aman desplegando una sobreestimación sexual hacia el hijo. La madre, al ser confrontada a una

parte de su cuerpo que se desprende al dar a luz, puede brindar aquel “pleno amor de objeto” característico del “modelo masculino” (p. 86). En este punto, y de acuerdo con lo señalado respecto las vías por las cuales puede optar una mujer en el trayecto edípico, menciona a aquellas que sin la necesidad de un hijo, logran transitar desde el narcisismo hasta el amor de objeto, en tanto antes de la pubertad se han identificado a la posición varonil, retornando –posteriormente a la maduración de la feminidad- hacia las aspiraciones a ideales masculinos que alguna vez experimentaron. Estas distinciones de Freud apuntan a determinar las vías por las cuales se desarrolla la elección de objeto, quedando reservado para aquella “auténtica” mujer, la posición en la cual no cede su narcisismo al amor de objeto, tomándose a sí misma como objeto amoroso.

Las descripciones clínicas de aquella feminidad “pura y auténtica”, contrapuesta por Freud con la maternidad y la identificación viril, permite situar preliminarmente la problemática de la constitución del objeto en el sujeto femenino y su relación con el narcisismo originario, problemática que se desarrollará más adelante. Por ahora, interesa señalar que lo femenino es pensado, desde su texto “Introducción al narcisismo”, en tanto una posición específica que ya no sería pensada exclusivamente por la vía de la asunción de la castración como aquella empuja al otro masculino –que conceptúa como la feminidad normal –, dando cuenta de una feminidad cuyo erotismo no se regiría por el patrón fálico del tener el falo (por ejemplo a través de un hijo) o ser el falo de un hombre.

Lacan, al igual que Freud, releva la concepción de una feminidad “pura y genuina” y distingue entre la mujer y la madre, siendo esta última ubicada en la posición de sujeto dividido causada en su deseo por el objeto parcial que constituye el hijo. Por su parte, la mujer en auténtica posición femenina daría cuenta de una *posición de goce*, que al no estar regulado por el registro simbólico –promovido por el eje falo-castración –, concierne un rechazo en la cesión del narcisismo al campo del Otro (Barros, 2011). Entendiendo el problema desde aquí, ceder el narcisismo al campo del Otro concierne al amor de objeto, el cual para Lacan sólo es posible a través de la constitución del fantasma en tanto invención llevada a cabo por el *objeto a* (Lacan, 1957).

La constitución del objeto – que en Freud nos remitiría a la elaboración de la pérdida y la inscripción de la castración simbolígena – quedaría obstaculizado en aquellos sujetos situados en el lado exclusivamente femenino de la sexuación, lo que concuerda con lo señalado por Freud: el acrecimiento del narcisismo originario que es propio de lo “auténticamente” femenino, es desfavorable a la constitución de un objeto de amor: “Ese ‘amor pleno amor del objeto con hiperestimación sexual’ es el nombre freudiano de la invención de un partenaire por la vía del fantasma [...] Un partenaire es algo que cada uno inventa ante el vacío de la relación sexual que no hay. Y se lo inventa con el objeto parcial, con el objeto a. Lo que nos dice Freud con respecto a la diferencia entre la mujer por un lado, y el hombre y la madre por el otro, es que la posición materna y la viril se avienen a constituir su objeto bajo el modo fantasmático, mientras que la femenina no” (Barros, 2011, p. 163). Según el autor, en este punto Lacan coincidiría con Freud al situar al fantasma como un soporte del deseo que seguiría una lógica masculina, fórmula que opone el goce de la fantasía.

Para Barros (2011) esta dimensión enigmática de lo femenino se articularía al *objeto a*¹¹, evocando lo singular y angustiante que emerge en ciertas manifestaciones del goce femenino. Lo mencionado por Freud acerca del atractivo femenino vinculado a “interesantes constelaciones psicológicas”, da cuenta de que esta posición femenina asignaría el lugar de objeto-cause de deseo y no del cumplimiento de la demanda masculina, lo cual distaría de una posición de pasividad que en ocasiones se ha asociado a la feminidad: “El *objeto a* es lo que se hace sentir en la prisa. Son avatares del resto, de la causa del deseo, a la vez que van acompañados de la angustia y el sabor de la castración, porque nos recuerdan el paso del tiempo y la gratuidad de la existencia. ‘Die Rose ist ohne Warum’, ‘la rosa es sin porqué, y la belleza de la auténtica mujer espande ante nosotros del mismo modo que la insensata rosa de Silesius. Algo inquieta en ese puro y gratuito esplendor” (p.163). Según el autor, este punto de vista puesto en metáfora por los versos del poeta religioso Angelus Silesius, da cuenta de que para una mujer la articulación de su ser con el objeto a implica encarnar una posición de goce que suscita un enigma que puede

¹¹ En las fórmulas de la sexuación de Lacan, el objeto a ocupa el lado femenino, mientras que en el lado masculino es ubicado del matema del sujeto barrado.

deslumbrar y movilizar al otro, pero que para sí misma concierne un no saber que la arroja en el sin límites de su goce.

La posición femenina como posición del enigma conduce, además, a un más allá de la dialéctica del deseo, en tanto el narcisismo femenino denota un goce del cuerpo y una posición que no es la del sujeto dividido. Como señala Barros (2011) “la ‘autocomplacencia’ –*Selbstgenügsamkeit*– de la mujer femenina no se aviene al imaginario vulgar de la mujer insatisfecha y demandante. Al contrario, el adjetivo *genügsam* se usa para referirse a alguien contentadizo [...] si esto no conjuga con la idea que se tiene habitualmente de las mujeres, es porque por lo común se aborda el enigma de la feminidad con el patrón de la histeria y la vara fálica de la insatisfacción” (p.166).

Respecto la feminidad descrita desde la histeria y el lugar de objeto del sujeto femenino, es interesante remitirse a la siguiente cita de Lacan: El sujeto “histérico es precisamente el sujeto al que le resulta difícil establecer con la constitución del Otro como Otro con mayúsculas, portador del signo hablado, una relación que le permita conservar su lugar de sujeto. Ésta es la propia definición que se puede dar al histérico. Por decirlo todo, el histérico está tan abierto o abierta a la sugestión de la palabra, que ahí tiene que haber algo” (Lacan, citado en Barros, 2011). Para Lacan, al sujeto histérico le es difícil preservar su lugar de sujeto, dando cuenta de un Otro no barrado que despliega una demanda aplastante. No obstante, si bien es cierto el sujeto en posición femenina corre un riesgo similar al quedar en posición de objeto, daría cuenta de una posición desprovista de un límite a lo pulsional. Por este motivo, Lacan señala que la gran mayoría de las mujeres o sujetos en posición femenina, nunca se mueven sólo a partir de este lado, siendo necesaria la vara fálica que ponga atajo al exceso de goce.

Sin embargo, lo anterior permite pensar en que una característica importante del sujeto histérico, en particular de las histéricas escuchadas por Freud: el surgimiento del síntoma en el cuerpo. Barros (2011), a propósito del síntoma histérico del asco, señala “La histeria es el único modo que el sujeto encuentra para preservar una distancia entre el deseo y la demanda, para no quedar por completo alienado en la palabra del Otro. La anorexia

ilustra la estructura elemental de lo que está en juego aquí, y también lo que Freud tempranamente advirtió en muchas mujeres sometidas al deber conyugal y cuyo único modo de protesta era el síntoma” (p. 148). De esta manera, comprender una feminidad desde la histeria da cuenta de aquellas manifestaciones clínicas en la línea de lo sintomático, cuya funcionalidad muchas veces implica proveer al sujeto un límite ante la demanda del Otro. Desde aquí, se piensa que para un sujeto no bordee la angustia y el exceso de goce, se hace necesaria una “histerificación defensiva [...] para poder determinar alguna falta y hacer entrar la imagen en un sistema valorativo de significantes” (Barros, 2011, p. 174).

En el campo de la “auténtica mujer” se propone una dimensión singular que remite al goce y al malestar del sujeto femenino ante aquello que no es nombrado y que muchas veces puede desembocar en acto: angustia al “no saber qué se es, la de sentir que puede serlo todo en un momento y nada al instante siguiente” (Op. cit., p. 174). El no saber de una mujer sobre su ser femenino en la medida en que surge a partir de un cuerpo ceñido por el goce Otro confluiría en una imposibilidad del amor objetal, y por tanto, en una obstrucción de la orientación al deseo. Por tanto, lo imposible del deseo en la “auténtica feminidad”, contrasta con la dimensión de la insatisfacción y las problemáticas posibles de ser descifradas mediante la brújula del síntoma y la vía del significante. Sin aludir necesariamente al campo de las psicosis o los denominados trastornos límites –aunque en algunos casos los convoca–, habría que pensar entonces en el narcisismo femenino y su relación con algunas manifestaciones clínicas donde el exceso de goce no es limitado por el patrón fálico.

En síntesis, la mujer “más pura y auténtica”, en Freud y Lacan, sería entonces aquella que causa el deseo sin vestirse de la máscara fálica; quedando desprovista de un límite y expuesta ante el peligro de ser secuestrada por un goce del cual es imposible enunciar palabra (lo cual nos recuerda a Lol V. Stein, personaje de Marguerite Duras que se estudiará más adelante). Por tanto, la idea de lo “auténticamente femenino” daría cuenta de “una feminidad desnuda” (p.179) –en tanto no se viste ni enmascara a partir del sello falocéntrico–, lo que lleva a pensar en un “Otro narcisismo” como un intento de

aproximarse a ciertas manifestaciones del narcisismo femenino no desde lo deficitario, sino en tanto feminidades desprovistas de semblantes y que se resisten a su captura mediante el significante fálico (Barros, 2011).

Narcisismo del ego y Narcisismo del deseo

Lacan (1960a) en su texto “Ideas directrices para un congreso sobre sexualidad femenina”, se pregunta: “si la mediación fálica drena todo lo que puede manifestarse de pulsional en la mujer, y principalmente toda la corriente del instinto materno. ¿Por qué no establecer aquí que el hecho de que todo lo que es analizable sea sexual no implica que todo lo que sea sexual sea accesible al análisis?” (p. 5). Si bien lo sexual accesible al análisis se relacionaría con aquella “mediación fálica“, el autor en el mismo texto entrega algunas luces respecto a aquella dimensión de la sexualidad femenina que resulta “inaccesible”; dimensión que es posible leer a partir de una referencia al “narcisismo del deseo”, concepto poco desarrollado pero con el que posteriormente Lacan da paso al estudio de la *privación*¹² y el *Otro goce*. Aquel narcisismo del deseo coexistiría con el narcisismo del ego, siendo mencionados en la siguiente cita: “En la posición de bien o bien en que el sujeto se encuentra atrapado entre una pura ausencia y una pura sensibilidad, no debe asombrarnos que el *narcisismo del deseo* se aferre inmediatamente al *narcisismo del ego* que es su prototipo” (Lacan, 1960, p. 712).

Goldman (2010) señala que para Lacan el narcisismo del ego involucraría el “amarse a sí mismo”, estando presente en ambos sexos. Sin embargo en la posición femenina implica que “el sujeto debe soportar ser falicizado”, pues es a través de la

¹² Con el concepto de *privación* Lacan desplaza las discusiones posfreudianas centradas en el masoquismo femenino, proponiendo la noción de un goce particular que una mujer puede experimentar al despojarse del registro del tener, ahí donde muchas veces el dolor y la humillación se ha catalogado como formas clínicas del masoquismo. Esta propuesta crítica es sostenida en base a las diferencias que existen en el niño y la niña respecto la castración, donde el primero sufre la amenaza de castración a diferencia de la niña en quien la castración ya ha sido efectuada, y por tanto no constituiría una amenaza. Para la mujer adulta, esto tendría como consecuencias una ausencia de temor a la pérdida, lo cual puede traducirse en “entregar todo”, “privarse de todo”, para sí asegurarse un lugar en el Otro (Goldman, 2010). Así, para Lacan el punto de goce de la privación implica “fabricarse el ser a partir de la sustracción en el tener” (Ponce, 2013).

maskarada femenina¹³ que la mujer encuentra una inserción en el fantasma del otro masculino. No obstante, la autora aclara que es importante considerar la siguiente afirmación de Lacan (1960a): "...constituye un obstáculo toda identificación imaginaria de la mujer (en su estatura de objeto propuesto al deseo) con el patrón fálico que sostiene la fantasía" (p.8). Según la autora, esto da cuenta de que para Lacan es preciso que la mujer no se adhiera del todo a esta identificación imaginaria, ya que podría alienarse en una posición rígida y complementaria del fantasma fetichista del hombre. En consecuencia, el sujeto femenino debe preservar la maskarada, el valor fálico, pero al mismo tiempo debe "no creer en ella, no ser embaucado por el semblante que debe presentarse" (Goldman, 2010, p. 3). Por lo tanto, el concepto de narcisismo del ego plantearía una de las dificultades de la posición femenina: las mujeres correrían el peligro de alienarse en el Otro, perdiendo la singularidad de su ser femenino. Al respecto, Laurent (1999) atribuye tal peligro a un "saber operar con nada", el cual una mujer puede maniobrar apartándose de las adherencias imaginarias al falo en la medida en que logra "calcular su lugar, hacerse en efecto, el Otro para un hombre, simbólicamente, sin adherencia al imaginario del Uno" (p. 92).

Para Barros (2011) el "narcisismo del ego", denota un yo femenino regido en base al patrón fálico, narcisismo que sería compensatorio, como el del hombre, en la medida en que está en juego el falo como señuelo para el deseo del Otro. La identificación imaginaria al falo la desplegaría específicamente el sujeto histérico respondiendo a la demanda del Otro. Sin embargo, el autor agrega que el valor del concepto narcisismo del ego radica en comprender que la posición deseante femenina no necesariamente se articularía a este narcisismo, puesto que los síntomas y la rigidez con que se configuran tales identificaciones pueden llegar a ser mortificantes cuando una mujer se aliena en él. De la misma manera que los autores mencionados, se propone que este aspecto del narcisismo femenino permite interrogar cómo para una mujer es posible "no alienarse en el Uno", sin desprenderse del

¹³ El concepto de "maskarada femenina", es creado en los años treinta por Joan Riviere, discípula y paciente de Freud. Señala que un rasgo propio de la sexualidad femenina sería su afinidad con la máscara, con la ambigüedad propia entre lo que se muestra y lo que se oculta. Lacan lo emplea a lo largo de su obra para abordar el juego de los semblantes y la afinidad de la sexualidad femenina con la función del velo, "ese ídolo de la ausencia" en palabras del autor, fundamental en el juego de la seducción amorosa.

todo de la comedia fálica, en tanto –para no caer en el extravío – “la feminidad se sirve en alguna medida del juego histérico” (Barros, 2011).

Por su parte, el concepto “narcisismo del deseo” remitiría a un registro del narcisismo femenino ligado a la manifestación de lo pulsional y su singularidad respecto la del hombre. Laurent (1998) señala que para Lacan lo particular de la posición femenina subyace precisamente en este concepto de narcisismo del deseo, definiéndolo como “amor del deseo [...] una forma del deseo del deseo que viene a marcar la salida femenina del lugar del falo” (p. 112). Salida que lleva a la mujer a encarnar la alteridad –“ser Otra para sí misma”¹⁴ –, en tanto no accede completamente a la demanda fetichista¹⁵ del sujeto masculino. No obstante, de acuerdo al autor aquel ‘amor de la falta’ constituiría un narcisismo femenino paradójico: la relación de la mujer con la falta implicaría que el sujeto se aferre secundariamente al “narcisismo del ego”. El narcisismo del deseo – que concierne la “ímago de la mujer narcisista” – se ocultaría bajo la identificación fálica que conviene a la naturaleza fetichista del amor masculino; sin embargo, conduciría al sujeto femenino a una relación especial con la falta en la cual el sin límites de lo pulsional se traduciría en “amar apasionadamente la nada” (Laurent, 1999, p. 112).

Goldman (2010) señala que el narcisismo del deseo en tanto “amar la falta”, puede concernir en otro extremo un “gozar de la falta” que implica “gozar de la privación”. Esto amenazaría a la mujer con un peligro: aquel goce de la falta la puede empujar a una zona donde se hace presente el superyó. Dice la autora: “al gozar de la falta puede privarse de todo lo más querido para obtener su satisfacción [...], volviéndose Otra para sí misma pero bajo esta modalidad mortífera” (p. 3). Narcisismo que convoca al goce femenino, pudiendo virar hacia un llamado del superyó femenino que Lacan en “L’Etourdit” denomina “surmoitié”. Este gozar de la falta, leído a partir de la noción de “privación” conllevaría a una posición de “entregar todo”, a la vez que significa “privarse de todo” para abolirse a sí

¹⁴ “El hombre sirve de relevo para que la mujer se convierta en ese Otro para sí misma, como lo es para él [...] todo puede ponerse en la cuenta de la mujer en la medida en que, en la dialéctica falocéntrica, ella representa el Otro absoluto” (Lacan, 1960, p. 6 - 7).

¹⁵ En el texto de 1960 “Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina” Lacan hace mención de las diferencias de cada posición del sexo en cuanto a la relación de objeto, señalando que mientras el hombre se relaciona con su objeto en forma fetichista, la mujer desplegaría una forma erotomáfica de amar.¹⁵

misma. De esta manera, la sustracción de la dimensión de la falta –que podría leerse como ausencia de la dimensión de la falta en ser – conduce a una búsqueda infinita que va más allá de la lógica de completar al otro masculino identificándose al falo faltante.

Según es posible entender y de acuerdo a lo evidenciado en la clínica –adelantando brevemente la segunda parte de este capítulo – esta búsqueda insondable del ser femenino, concierne un intento por encontrar subsistencia, un lugar, en el Otro, cuyo trayecto pulsional remitiría, en los casos más extremos, a una identificación con el vacío. Por tanto, el narcisismo del deseo propio del sujeto femenino, permitiría pensar en la hipótesis de “un amor a la falta” en tanto amor –narcisista – la cual se despliega en ciertas manifestaciones de lo femenino donde una mujer corre el riesgo de encarnar la ausencia, el vacío, remitiendo a una identificación con el objeto perdido, más allá de toda identificación imaginaria.

Para Barros (2011) el narcisismo del deseo implica reconocer que una parte de la feminidad no se aprisiona a la falsa totalidad del ideal, vetando los intereses universales: “El narcisismo de una mujer es una presencia que nos advierte que hay parcialidades que no son referibles a un todo [...] supone una posición subjetiva diferente [...] porque hace valer ese resto que es la causa del deseo y que no es una parte referible a una totalidad cualquiera [...] en cualquier parte del mundo, en cualquier época, allí donde un gesto nos advierta del valor de lo singular, sin referencia a un ideal, en ese gesto encontraremos una parte importante de lo femenino” (p. 185). Según el autor, esta posición singular sería la que Lacan escribe posteriormente en el seminario “Aún” con la grafía del significante del Otro tachado, en tanto disposición subjetiva que dejaría a la mujer más libre respecto los semblantes, pero también más expuesta al extravío.

Cabe mencionar que, la noción de narcisismo del deseo – en tanto singularidad de lo femenino – lleva a recordar la concepción freudiana de “la más pura y auténtica mujer”, remitiendo al imaginario corporal que, en el decir de Freud, involucra la “conformación de los órganos sexuales femeninos latentes”. Lacan alude a este concepto pensando en la necesidad de comprender la erogenidad de la cavidad vaginal no desde lo biológico-

evolutivo sino como un proceso cultural simbólico en el cual se configuran las diferencias anatómicas de un cuerpo recortado por el significante. Esta perspectiva, que traduce la diferencia sexual anatómica en consecuencias lógicas que diferencian entre conjuntos abiertos o cerrados, da cuenta de un imaginario corporal configurado en torno a aquel lugar del cuerpo femenino “que no dice nada”, pero que enseña de una castración femenina más allá de la máscara que otorga el valor fálico a la imagen corporal (Barros, 2011).

Como es posible apreciar, para Barros (2011) el concepto “narcisismo del deseo” evocaría las ideas de Freud respecto el imaginario corporal de la mujer, por lo que –al menos implícitamente – aceptaría el planteamiento de este acerca de la relación entre narcisismo femenino y acrecimiento del narcisismo originario. Sin embargo, Lacan no hizo mención de aquella observación Freudiana, por lo que no establecería un vínculo entre lo originario y la sexualidad femenina. Al respecto Goldman (2010) señala: “Freud aceptaba la ficción de la mujer narcisista, en tanto se reencuentra con el narcisismo primario. Con esta ficción designa a la mujer que se ama a sí misma, que se encanta con su propia máscara [...] Lacan rechaza la ficción de este narcisismo supuesto primario, mostrando que no tiene nada de primario. La máscara secundaria del narcisismo el ego es común a ambos sexos”. Desde esta perspectiva, el narcisismo femenino en ninguna de sus formas no concierne al narcisismo originario, pues Lacan se apartaría de la perspectiva del desarrollo subjetivo para situarse con mayor énfasis en el campo de su teoría de los goces desde la óptica de la lógica.

Como es posible apreciar, en síntesis, la lectura de estos planteamientos de Lacan revela la génesis de su noción de goce femenino, que posteriormente expone a partir de sus fórmulas de la sexuación. Lacan (1960a) señala que “la sexualidad femenina aparece como el esfuerzo de un goce envuelto en su propia contigüidad (de la que tal vez toda circuncisión indica la ruptura simbólica) para realizarse a porfía del deseo que la castración libera en el hombre dándole su significante en el falo. ¿Es entonces a ese privilegio de significante al que apunta Freud al sugerir que tal vez no hay más que una libido y que está marcada con el signo masculino?” (p. 9).

Sexuación y feminidad

Lacan (1972a) reformula la diferencia de los sexos postulando la imposibilidad de la relación sexual, lo que supondría que no hay relación sino sólo a través de la enunciación: “No hay relación sexual. Esto supone que relación, ratio, proporción "en general", no hay sino enunciada, y que lo real de ello sólo se asegura confirmándose con el límite que se demuestra de las consecuencias lógicas del enunciado”. Este hecho de inexistencia, que contraría todos los dichos en torno la complementariedad de los sexos, sería prueba de lo real de los cuerpos gobernados por el goce. Para Lacan, en la comedia de los sexos gobernada bajo el acápite de tener o ser el falo –hombre y mujer histérica respectivamente- la función fálica vendría a suplir la relación sexual, generando un orden, o más bien una lógica, que resume todo lo concerniente al complejo de Edipo: “...todo sujeto en cuanto tal, ya que es eso lo que está en juego en este discurso, se inscribe en la función fálica para obviar la ausencia de relación sexual (Op. cit)”. En este sentido, el discurso psicoanalítico sería para Lacan aquel que atañe al sujeto que, en tanto surge como respuesta a lo real, es efecto de significación. Desde aquí, es posible interrogarse cómo es que durante tanto tiempo el psicoanálisis no haya entregado un saber esclarecedor acerca de lo femenino, en tanto lo específico que lo concierne ha sido velado por significantes que sólo definen el sujeto masculino.

Cuando Lacan indica que no hay relación sexual, no quiere decir que en la determinación del sujeto se excluya la sexualidad, puesto que precisamente la castración da cuenta de lo singular, y previo al Edipo, que resulta el devenir mujer. Al respecto señala: “A ese paso, la elucubración freudiana del complejo de Edipo, en la que la mujer es en él pez en el agua, por ser la castración en ella inicial, contrasta dolorosamente con el estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar en tanto mujer más subsistencia que del padre, lo que no pega con su ser segundo en este estrago” (Lacan, 1972a). Su referencia a la castración femenina donde la mujer freudiana sería “como pez en el agua”, encerraría entonces una paradoja: pese a que la mujer no debe pasar por la amenaza de castración como el hombre, ahorrándose la angustia que le es propia y que propicia la falta en ser, quedaría ubicada en una espera ilimitada de

“subsistencia” respecto la madre cuyas consecuencias serían “estragantes” en la elección del objeto amoroso. Tal vez en las consecuencias devastadoras que puede llegar a tener esa espera, es donde probablemente surgen con mayor nitidez los alcances clínicos de la no complementariedad entre los sexos.

Lo imposible de la relación sexual, y su articulación en base a la lógica que reglamenta el goce viviente de los cuerpos, permitió a Lacan ubicar una concepción de lo femenino más allá del falo, más allá de Freud: “Lo hago porque a diferencia de él – en el caso de las mujeres nada lo guiaba, y es justamente lo que le permitió avanzar tanto escuchando a las histéricas que “hacen de hombre”- , a diferencia de él, repito, no obligaré a las mujeres a medir en la horma de la castración la vaina encantadora que ellas no elevan al significante...” (Lacan, 1972a, p. 35). Aquella “vaina encantadora”, aquello “auténticamente femenino”, tendría relación con los dichos de Lacan respecto aquello que hace no-toda a una mujer.

En el seminario “Aún”, Lacan señala: “La mujer sólo puede escribirse tachando La. No hay La mujer, artículo definido para designar el universal. No hay La mujer puesto que –ya que antes me permití el término, por qué tener reparos ahora – por esencia ella no toda es [...] Con ese la simbolizo el significante del cual es indispensable marcar el puesto, que no puede dejarse vacío. Ese la es un significante al que le es propio ser el único que no puede significar nada, y sólo funda el estatuto de la mujer en aquello de que no toda es” (Lacan, 1972b, p. 89). El lugar de lo femenino en las fórmulas de la sexuación desarrolladas por Lacan, puede ser leído como una subversión de lo femenino a la universalidad predominante del falo, en tanto –según dice Lacan- es indispensable marcar aquel lugar que no puede quedar vacío: Hablar de La mujer es un imposible en tanto no se accede a lo universal de la posición masculina, siendo siempre “una” entre otras. Ahora bien, como señala Soler (2010) también es relevante notar que cuando Lacan dice que La mujer, escrita con mayúsculas, no existe, “no quiere decir que la condición femenina no exista” (p. 27); por el contrario, apuntaría a reconocer lo “auténticamente” femenino, creando un umbral para su accesibilidad mediante el estudio de las manifestaciones clínicas del goce femenino.

El goce femenino, es en tanto Otro goce respecto del goce fálico. Al respecto Lacan señala: “No deja de ser cierto, que si la naturaleza de las cosas la excluye, por eso justamente que la hace no toda, la mujer tiene un goce adicional, suplementario respecto a lo que se designa como goce de la función fálica (Lacan, 1972b, p. 89). Su carácter suplementario, Lacan lo sitúa en la dificultad que tiene una mujer para hacer con su goce algo que no la excluya del lazo con el Otro, motivo por el cual el señala que ninguna mujer soporta ser no toda, teniendo distintos modos de abordar el falo, siendo la histeria –y sus identificaciones a lo viril- el paradigma de la primacía fálica que anula lo esencialmente femenino: “Del hombre, en su deseo de omnipotencia fálica, la mujer puede ser con toda seguridad el símbolo, y ello precisamente en la medida en que ya no es la mujer”(Lacan, 1962, p. 290). La histeria, o el discurso construido en torno a la histeria, leyendo a Lacan, sería el más claro ejemplo de la alienación al deseo de omnipotencia fálica, llegando a encarnar –vía identificación al falo- lo que el Otro le exige que encarne.

La lógica de conjunto en la cual se reduce a lo edípico como el todo, da cuenta de que la castración deja al goce en su vertiente limitada y discontinua -tal como el significante-, del lado de la posición masculina. Sin embargo, lo propiamente femenino remite a un goce “más allá del falo [...] un goce suyo del cual quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso sí lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre”(Lacan, 1972b, p. 90). Una mujer nada sabe, en el sentido de que su goce escapa a la lógica del significante, y sólo se encuentra en el sentir de algunas mujeres cuya vertiente fálica del goce se hace notar menos o simplemente corre por fuera de ella. Desde esta perspectiva el goce suplementario si bien no excluye la referencia al falo, puesto que de acuerdo a Lacan se añade a él, involucra una experiencia ilimitada cercana a la que describen los místicos.

Antes de continuar, es importante resaltar que esta especificidad de lo femenino “más allá del falo”, introducida por las fórmulas de la sexuación de Lacan, no refutan el falocentrismo del inconciente, sino más bien lo reafirma y pone de relieve. Como señala Soler (2010) “sería necesario dar todo su peso a la afirmación de Lacan, según la mujer tiene un inconciente ‘sólo desde donde la ve el hombre’, lo que deja el suyo (su

inconsciente) en un extraño suspenso sin ningún saber que responda por él” (p.36). Ausencia de saber donde no hay objeto, y por tanto, el fantasma y sus avatares en el campo del amor objetual son excedidos por una dimensión que “no pasa el Uno fálico y que queda, real, fuera de lo simbólico” (op.cit., p. 41).

Goce Otro: goce en-corps, goce místico

El seminario Aún, que en francés es enunciado como “Encore”, por lo que habría que entenderlo desde la homofonía con esta palabra: “En-corps” en tanto alude a la noción “en-cuerpo”. Lacan se pregunta: “ese goce que se siente y del que nada se sabe ¿no es acaso lo que nos encamina hacia la ex -sistencia? ¿Y por qué no interpretar una faz del Otro, la faz de Dios, como lo que tiene de soporte al goce femenino?” (Lacan, 1972b, p. 93). A partir de esta pregunta Lacan alude al ser de la significancia en tanto aquel que tiene lugar en el Otro (A), lugar donde se inscribe la función del padre; lo que encierra una paradoja si se considera que el padre ha sido ubicado –tanto en Freud como en Lacan- en base a la primacía fálica y las consecuencias estructurales del complejo de Edipo y del Nombre del Padre. Paradoja que sitúa aquello que “encamina a la existencia” en un lugar distinto al de la dimensión clásica del deseo: “el deseo de un bien en segundo grado, un bien cuya causa no es un objeto a” (Lacan, 1972b, p. 93).

Aquella referencia a “un bien en segundo grado” ¿Aludirá al deseo femenino en tanto involucra una dimensión distinta de la falta?. ¿Sería esta una dimensión que concierne al todo ilimitado encarnado míticamente en la figura de Dios?. Desde esta perspectiva, se podría pensar que para Lacan lo que permite hacer existir el Otro – hacer existir a Dios – es precisamente el goce del cuerpo, el goce del cuerpo místico. Para Lacan Dios es el Otro sexo, lo femenino, concluyendo que el goce en-corps, el goce del cuerpo, puede servir para dar la única prueba de que existe el Otro, existencia fuera de la palabra y por tanto situada en lo real.

Lacan señala: “Por ser su goce radicalmente Otro, la mujer tiene mucho más relación con Dios que todo cuanto pudo decirse en la especulación antigua siguiendo la vía

de lo que manifiestamente sólo se articula como el bien del hombre” (Lacan, 1972b, p. 100). Esta cercanía del goce Otro con Dios, implicaría una proximidad con la experiencia del místico, sensación sin límites en la cual el sujeto se sitúa en una posición de entrega absoluta a Dios, figura omnipresente que no da lugar al sentimiento de falta en ser. De acuerdo a Rovere (2012) el goce contemplativo del místico sería una experiencia de amor “sublime”, en tanto se rebasa el límite, prescindiendo de cualquier partener o lazo social. Esto constituiría una forma de resguardo para el místico, quien experimenta un goce -en tanto presencia divina encarnada en el cuerpo- que lo deja en relación directa con Dios, quien está siempre presente, librándolo del engaño y la traición propia de los seres humanos (p. 80).

De lo anterior se desprende que el “amor divino” donde se pone en juego el goce “extático”, conlleva a una disolución del sujeto debido a una tendencia a la absolutización del Otro en tanto Dios, lo cual nos remite al sin límites de la manifestación del goce femenino. Este goce insondable, puesto del lado de lo femenino, permite entonces situar las consecuencias subjetivas de aquella absolutización del Otro, lo que en una mujer podría entramarse en el ámbito de la pasión femenina y su relación con lo adictivo. Como señala Soler (2010): “La mayor consecuencia subjetiva del goce otro, incluso más allá de los efectos del afecto, debe buscarse del lado de la posición de una mujer con relación al amor. La formulo así: su goce la compromete en una lógica de la absolutización del amor, que la empuja hacia una insaciable búsqueda del Otro [...] abolirse sí, pero en el Otro” p. 268).

Del amor a la pasión del goce

Si para Lacan la relación de armonía entre los sexos no es más que un espejismo ante el cual una mujer y un hombre pueden sufrir la decepción del desencuentro, cabe preguntarse respecto las formas clínicas que esto puede adoptar, no tan sólo respecto al goce, sino que también en lo que del amor y el deseo concierne a una mujer en el lazo con el Otro. La relación sexual, al no cesar de no escribirse, se abisma en el sin-sentido donde “no cesa” corresponde a la dimensión de la necesidad, de lo real. De otro lado, la cuestión del amor se liga a la del saber, el cual para el discurso analítico se constituye en enigma

“presentificado por el inconsciente” (Lacan, 1972b, 166). Desde aquí la función del amor, en tanto saber, radica en velar aquella ausencia de relación, introduciendo la dimensión del enigma inconsciente, en base a la construcción de aquellos espejismos que proporcionan los semblantes de complementariedad, armonía y unión.

Soler (2010), leyendo a Lacan, señala que las mujeres aman pues “llaman al amor”, siendo este un don en tanto se diferencia del deseo que es “tomar”, lo cual explicaría el efecto antidepressivo que tiene el encuentro amoroso. Por tanto, el amor no se reduciría al cuerpo a cuerpo, sino que se dirigiría al decir que se enuncia en el enigmático reconocimiento de dos inconscientes. En esta operación, al localizar la causa del deseo en el Otro, conlleva el riesgo de que el sujeto quede “a merced de los caprichos de su respuesta, y amenazado de su ausencia” (p. 117). Dice la autora: “Las mujeres son, frecuentemente, una causa del amor, y cuando éste hace falta, por contingencia o por un hecho de civilización, ya que el amor está hoy en crisis, a ellas las abandona la causa. Pero el amor, cuando se sustrae, puede por su presencia agobiar al sujeto bajo el peso de otro tanto más aplastante que le remite a la causa del deseo”. Aplastamiento por parte del objeto que lleva a recordar las manifestaciones clínicas de la melancolía.

Según Lacan (1972b), el discurso analítico lleva a recordar que “no se conoce amor sin odio” (p. 110). Concepto de amor desde el cual menciona el hecho de que una mujer ama menos mientras más cerca sitúa a su partenaire en el lugar de Dios, lo que conlleva el riesgo de abolirse en el Otro y su goce. Por lo tanto, el sin sentido del goce sólo es posible interpelar y elaborar a partir de un semblante, lugar en el que se sitúa la posibilidad de amar: “Y, si es cierto que el Otro sólo se alcanza juntándose [...] con el a, causa del deseo, igual se dirige al semblante de ser. Nada no es ese ser. Está supuesto a ese objeto que es el a” (p. 112). Según Lacan, aquí subyace la relevancia de la huella del imaginario (I), *en tanto solo con la vestimenta de la imagen de sí se envuelve el objeto causa del deseo, sosteniéndose de esta manera la relación objetal*, punto central en la comprensión del narcisismo en clave femenina, lo cual se desarrollará más adelante.

Lacan señala que la relación objetal sólo es posible a partir de los efectos simbolígenos de la castración y por tanto, del lugar del falo que como significante tiene en la estructuración psíquica, lo cual deja en evidencia que la capacidad de amar en una mujer para Lacan es posible situándose en el lado masculino de las formulas de la sexuación, pero en conjunto con los ribetes que adopta el goce Otro en cada mujer. Desde aquí, amar evocaría una especie de dualidad femenina. Amar, es semblantar fálicamente la no relación sexual, lo cual en la mujer sería posible a partir de su incorporación al orden simbólico fálico, que de no efectuarse, encarna las formas más excesivas de goce y de des-anudación, evocadas por Lacan en figuras míticas como por ejemplo el caso de Medea¹⁶.

El Otro goce, es propio de la posición femenina, entendiendo que es posible situarse en ese lugar sin importar el sexo biológico. En lo que al amor concierne, la/el mística/o, aquel sujeto gobernado de manera absoluta por aquel goce, no basaría su amor en el objeto perdido, apartándose del ideal proveniente del Romanticismo y que muchas veces aparece en el núcleo de ciertas histerias: “Para la mística o para el Otro goce, el goce femenino, nunca se trata del objeto perdido. Figura que sí podemos encontrar en las histerias melancolizadas, pero no en la posición femenina. La posición femenina [...] es justamente presentar lo real del goce” (Torres, 2012).

No obstante, resulta interesante en Lacan su breve alusión en el seminario Aún en torno al amor y la importancia de la imagen de sí en la constitución del objeto en tanto objeto causa de deseo, de lo cual se puede extraer, al igual que en Freud, el lugar fundamental de la constitución narcisista en el devenir femenino.

En el recorrido narcisista de la pérdida y el ceder el objeto al campo del Otro, lo imaginario y lo simbólico no se articulan sin un real que se localiza en el cuerpo, el goce, pero el limitar ese goce que le es propio a lo femenino, ¿sólo se sustenta a partir del orden fálico del discurso? Pregunta que encausa el problema hacia la estructuración y constitución

¹⁶ Lacan menciona a Medea, en sus Escritos 2, en “*Juventud de Gide o la letra y el deseo*” (p. 719-743), texto atravesado por la indagación de lo materno y lo femenino. El acto de Medea, da cuenta de un despojarse de todo por un hombre, Jasón, lo cual implicó matar a sus hijos y a su amante. Acto que es propuesto por Lacan como el de “una verdadera mujer en su integridad de mujer”.

psíquica del sujeto femenino en tanto la problemática del goce Otro no sólo da cuenta de un real en el cuerpo que surge en la inmediatez, sino que remitiría a otros tiempos: a un más allá –o más acá si se quiere- de la sexuación. En otras palabras, entender la Otredad femenina como aquello que se diferencia del lado masculino regido por la lógica de la uniformidad y del “para todos” autoerótico –homo-¹⁷ de ciertas posiciones masculinas y la histeria, permite ubicar la dimensión del goce y lo real como fundamental. Sin embargo, la lectura del problema orientado sólo desde este registro, requiere ser complementado – o suplementado si se quiere siguiendo la lógica lacaniana – con una dimensión que remita a la constitución psíquica del sujeto femenino y sus implicancias en el campo del amor objetal y la pasión que promueve el goce, permitiendo evocar las singularidades que pueden adquirir los lazos transferenciales que se despliegan del trayecto pulsional e historia de cada sujeto.

Dolto (1960), releva – aunque en otros términos –, aquello que involucra el cuerpo – el goce-, y su relación con el campo imaginario y simbólico puesto en juego en el amor de objeto. Situando la importancia de las condiciones narcisistas primordiales de relación objetal, y el desarrollo de la libido en el infante, Dolto define la capacidad de amar como “la puesta en pensamiento y en actos del recuerdo de los momentos de su presencia, es la invención de medios de comunicación con ese otro, a distancia, es la catexis de los lugares, de los tiempos, de los objetos testigos de esos encuentros, que sirven de apoyo al lazo simbólico” (225). A esto agrega que el cuerpo es lugar de reminiscencias de los otros, en tanto todo otro es objeto de transferencia, de *lazos arcaicos* que dejan huellas en el pequeño ser. El sufrimiento de la separación posibilitaría el encuentro entre dos seres humanos en el deseo y el amor a través de “la herida de su *imagen del cuerpo*”, aquella que constituye en el inconsciente la huella de la ausencia del otro, que siempre –aún en edad adulta- está referida al otro primordial, la madre. Como dice la autora: “Para un ser humano, la imagen del cuerpo es a cada instante la representación inmanente inconsciente donde se origina su deseo [...] La imagen del cuerpo es aquello en lo cual se inscriben las experiencias

¹⁷ Op.cit. Pág. 115. La autora al referirse a la ética del soltero refiere: “Homo quiere decir igual, es el amor a lo igual que es masculino, un cierto amor a lo igual en los hombres para que no aparezca el goce [Otro] que perturba [...] El problema del célibe o de la ética del soltero en psicoanálisis es que no tiene representación del goce del Otro. En este sentido, su posición es autoerótica y narcisista (homosexual), porque no conoce el goce del Otro, conoce el goce del Uno”.

relacionales de la necesidad y del deseo, valorizantes y/o desvalorizantes, es decir, narcisizantes y/o desnarcisizantes. Estas sensaciones... se manifiestan como una simbolización de las variaciones de percepción del esquema corporal, y más particularmente de aquellas que inducen los encuentros interhumanos, entre las cuales el contacto y los decires de la madre son predominantes” (Dolto, 1984, p. 30-33).

Desde aquí podemos pensar que el amor, o la capacidad de amar de un sujeto, no remitiría únicamente a la propiedad simbolizante de la entrada al Edipo – que se articularía en torno a la idea de amor como saber articulado por el significante – sino que remitiría a las *huellas* del momento pre-edípico, yaciendo ahí las dificultades y los peligros que una mujer puede atravesar en los avatares amorosos¹⁸. Entonces, desde aquí ¿Cómo se configura lo femenino y su lazo con el amor y el goce?, ¿cómo se puede pensar lo femenino y su singularidad sin remitirse a lo que una mujer puede transmitir a otra que está en vías de constituirse mujer?. Y por cierto, ¿cuál es el lugar del otro primordial en la estructuración psíquica del sujeto femenino?. En la sección que sigue, se intentará dar respuesta a estas preguntas, considerando la propuesta de algunas autoras, principalmente Michel Montrelay y Dominique Guyomard, las cuales permitirían dar un paso más allá de la óptica de la lógica.

¹⁸ Lo que comúnmente se ha desarrollado en torno a la noción lacaniana de *ravage*, estrago femenino, que se abordará más adelante.

2. Las psicoanalistas responden: narcisismo y constitución psíquica femenina

La madre: deseo materno y separación

Muchos autores y autoras han basado sus desarrollos teóricos respecto lo femenino, siguiendo la pista de Freud en su conferencia “La Femenidad”, donde resalta lo relevante de la ligazón madre-hija en su carácter tormentoso e intenso, pero a la vez constitucional de la femineidad: “No se puede comprender a la mujer si no se pondera la fase de ligazón madre preedípica” (Freud, 1933, p. 111). Señala que esta etapa tendría mayor duración en la niña y tendría total prescindencia del objeto padre, pudiendo dejar como secuelas fijaciones y predisposiciones, existiendo la posibilidad de que algunas mujeres permanecieran atascadas a esta ligazón-madre originaria. A diferencia del varón, la angustia de castración en la niña posibilita la entrada en el complejo de Edipo, abandonando a la madre y haciendo un viraje al padre. Sin embargo, Freud aclara que no sólo se trata de un cambio de objeto, sino que: “el extrañamiento con respecto a la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, la ligazón madre acaba en odio [...] La niña hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona este perjuicio” (Op. cit). Freud (1931) plantea que toda serie de reproches dirigidos hacia la madre se hacen bajo el signo de la decepción, ligada a su falta de pene, lo cual la haría pasar del lado del padre. Esta decepción de la niña, por lo que no obtuvo de la madre, lleva a un reclamo que en un segundo tiempo podría ser transferido al hombre.

Lacan retoma estos planteamientos, bajo el concepto *ravage*, estrago, para ubicar una fijación a la ligazón-madre. La niña no se soltaría de esta ligazón, quedando resignada a la decepción y la hostilidad. Esto es lo que Lacan (1972a) denomina “esperar subsistencia” de la madre, es decir la imposibilidad de desligarse de esa posición. Si resigna esa ligazón, la posición de decepción pese a no eliminarse nunca, le posibilita pasar del lado del padre, y con eso comenzar el circuito de los deslizamientos fálicos, con lo que instala la posición histérica (Álvarez, 2008). Ideas que se enmarcan en la concepción lacaniana de lo estragante como propio del deseo materno: “El papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal

cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre [...] Entonces, traté de explicar que había algo tranquilizador. Hay un palo, de piedra por supuesto, que está ahí, en potencia en la boca, y eso la contiene, la traba. Es lo que se llama el falo. Es el palo que te protege si, de repente, eso se cierra. [...] Así que fue en este nivel como hablé de la metáfora paterna. Del complejo de Edipo no hablé nunca más que de esta forma" (Lacan, 1970).

Sin embargo, es importante destacar que desde esta perspectiva la madre tendría una función estructurante en tanto constituye un ser de la palabra que deja su marca en el hijo o hija. Palabra que toca el cuerpo y tiene efectos. Lacan respondiendo al debate en torno a la causalidad preverbal de la realidad psíquica, reconoce las necesidades vitales y de los cuidados maternos que implica, señalando: "Para nosotros, el hecho de la diferenciación primaria deja en suspenso su uso propiamente significante, del que depende el advenimiento del sujeto. Para definirla en sí misma, diríamos que *es una relación de objeto en lo real*, pensando dar con ello la prueba del carácter robusto, en su sencillez, de las distribuciones que utilizamos para situar nuestra experiencia entre simbólico, imaginario y real." (Lacan, 1960c, p. 634).. Perspectiva que pese a situar la relevancia de la huella que el pequeño ser recibe del otro materno, pone el acento en el surgimiento del sujeto parlante y la primacía del lenguaje como condición de posibilidad para la articulación de la demanda en tanto aquella que permite al cuerpo corporizarse de manera significante.

Siguiendo a Lacan, la psicoanalista Colette Soler (2010), "los poderes del verbo llegan lejos, hasta regular el goce, y la madre es la primera representante de esos poderes, ya que es la que introduce al niño en la demanda articulada, puesto que impone la oferta en la cual él se aliena: doble oferta, la de la lengua en la que va a demandar, y también la de la respuesta que viene del Otro [...] la primera humanización del cuerpo está abierta a los excesos, a las transgresiones que, antes de que entre en juego para el niño la diferencia de los sexos, está en una trampa al 'servicio sexual de la madre', en posición de fetiche y a veces de víctima" (p. 132-133). Señalamientos que llevan a recordar la perspectiva de Lacan (1958) respecto el deseo materno como una ley incontrolada: "La ley de la madre es, por supuesto, el hecho de que la madre es un ser hablante, y esto basta para legitimar que

yo diga "la ley de la madre". Sin embargo, esta ley es, si puedo decir, una ley incontrolada. Esta ley es también, en todo caso para el sujeto, simplemente el hecho de que hay "ley", es decir que algo de su deseo es completamente dependiente de algo que, sin ninguna duda ya se articula, a saber como tal, y del orden de la ley [...] El principio que adelantamos aquí, es que no hay sujeto si no hay significante que lo funde". Sin embargo, para que el niño devenga sujeto, es central la separación de la madre, proceso en que la madre se eleva al estatuto de poder simbólico, en tanto deja huellas en la memoria del niño.

De lo anterior se puede desprender que la relevancia de la madre en la constitución psíquica del sujeto radica en ser subsidiaria del lenguaje y en la capacidad de esta de dar lugar a la separación. Para Soler (2010) aquel proceso de separación implicaría la dimensión de un deseo otro, diferente del que la madre se satisface en la relación con su niño, el cual de no operar expone a este a la alienación consistente de realizar el fantasma de su madre, lo que ha de situar al niño en posición de objeto del cual se posesiona la madre. La obstaculización del surgimiento del niño como sujeto, sería posible a través de la presencia un deseo otro, en tanto aquel que le es propio a la mujer y que se dirigiría al hombre-padre, concierniendo un más allá de las gratificaciones de la maternidad. Tal deseo otro, introduciría al niño –a partir de la angustia de la castración – en una dialéctica de identificaciones contradictorias que le permiten desprenderse de aquella posición de objeto inicial, dando paso a la asunción de la sexuación.

Morel (2012) por su parte, retoma el concepto de "ley de la madre" en Lacan, entendiéndola como aquellas palabras anudadas al placer y al sufrimiento, al goce materno que se transmite al niño desde la época más temprana, imprimiéndose en su inconsciente para luego manifestarse a través de fantasías y síntomas. Ley que además sería heredera de las propiedades del goce femenino no-todo, siendo esta "una ley ilimitada". Esto involucraría que el no-todo no sólo concierne a las mujeres, ya que existirían dos tipos de no-todo, el goce femenino y la lengua materna que se superponen e imbrican en el síntoma que puede manifestar un niño, idea articulada en base a la noción de *sinthome* en tanto seguiría también esta lógica de no-todo, situando por tanto la noción de "equivoco" y de singularidad. La separación respecto la madre daría paso a la distinción entre el goce y el

propio deseo, los cuales en principio se encuentran enraizados en este Otro primordial. Según la autora, este complejo proceso de separación ha sido referido en gran parte del psicoanálisis de Freud y Lacan, únicamente en relación al padre edípico y el Nombre del Padre, a quien se le ha otorgado el poder separador. Sin embargo, propone que el *sinthome*¹⁹ es lo que posibilita al niño o niña desprenderse de “la ley de la madre” sosteniéndose sobre un elemento contingente, el cual puede ser el padre, pero también otros elementos referidos a la vida social, tales como un elemento artístico como por ejemplo en el caso de Joyce (Morel, 2012). Sin embargo, aquella ley de la madre, en tanto ley “incontrolada”, “ilimitada” y teñida por el deseo materno el cual “siempre produce estragos” (Lacan, 1970) ¿puede ser condición de posibilidad para la creación de un *sinthome*?

Para Morel (2012), el *sinthome* se encuentra enraizado en la lengua materna, por lo que el niño o niña que aprende a hablar queda marcado tanto por el goce como por las palabras de su madre. Aquella “ley” involucra una sujeción a la demanda, el goce y el deseo de la madre, de lo cual el niño/a deberá separarse en tanto esta involucre su transformación en *sinthome*. Lo que da al *sinthome* su carácter no-todo es precisamente su origen femenino. Por tanto, cuando Lacan dice en RSI que una mujer es un síntoma para un hombre, alude a que “como madres, han sido la fuente misma de lo simbólico como lugar de la lengua y de lo inconsciente del hombre-niño [...] Lo mismo vale para las niñas: el síntoma les viene primero de su madre, llegando incluso hasta el estrago por el hombre que tomó el lugar de esta” (p. 109). Una vez más: lo que destaca la postura lacaniana no es el lado nutricional o protector de las madres, sino más bien su poder en relación al lenguaje. Sin embargo, al considerar la enseñanza del último Lacan, dejando atrás el tiempo de la primacía significante donde el poder de la madre se ubicaba en el nivel de la demanda anudada a la necesidad, para la autora lo que importa por sobre todo es el equívoco como real de lo simbólico, en tanto este condicionaría materialmente el deseo y el goce: “En ‘El *sinthome*’, el vínculo del síntoma con lo simbólico se precisa cuando la nominación es arrancada al Nombre-del-Padre para ser desplazada al lado materno: es al símbolo como S2

¹⁹ Morel (2012) define el *sinthome* como: “lo que anuda R, lo real (el goce); S, lo simbólico (el lenguaje, el significante, la palabra); e I, lo imaginario (el propio cuerpo, el sentido, las imágenes); sosteniendo, entonces, para un sujeto, la realidad en su consistencia”. (pág. 335).

que, esencialmente, se articula al síntoma, devenido ‘no-todo’ y, en consecuencia, real como el equívoco y las mujeres” (p. 110).

Sin profundizar mayormente en lo que respecta al *sinthome* pues no es objeto de la presente investigación, es relevante mencionar tales aportes respecto a lo femenino enraizado en aquella “ley” materna, su relación con el goce, lo real y las posibilidades de anudamiento que emergen desde aquel lugar. Ideas que contrastan, por cierto, con la gran cantidad de escritos que relevan lo inexorablemente devastador del deseo y goce materno. Sin embargo, es posible apreciar que para la postura lacaniana, lo estragante desplegado por lo pulsional de la madre sigue ocupando un lugar fundamental, llegando a considerarse el deseo materno esencialmente estragante. Se torna ineludible entonces preguntarse respecto al proceso de *devenir mujer*, los *momentos fundantes*, y las condiciones a la base de un proceso de separación posible de una niña con su madre, que de lugar a la alteridad, no tan sólo respecto a la madre y en consecuencia el posterior viraje hacia el otro sexo, sino que también respecto a la madre en tanto concierne también una mujer, cuya clave sería pensar en lo posible de una transmisión de lo femenino. Lo femenino, enraizado en lo materno, tendría particularidades que han sido descritas por algunas autoras como Michel Montrelay, quien entrega claves importantes para re-pensar la sexualidad femenina y su rol en la constitución psíquica de lo femenino.

Sexualidad femenina y goce arcaico

Montrelay (1970) interroga las concepciones contradictorias surgidas desde la polémica discusión entre Freud y Jones acerca de la concepción de lo femenino. La perspectiva de Freud, da cuenta de la existencia de una sola libido para ambos sexos, la cual sería esencialmente masculina; por lo que, la sexualidad femenina sería constantemente elaborada en relación a las marcas fálicas. Jones, por su parte, enfatiza el carácter temprano de la feminidad, distinguiendo entre una organización libidinal específica femenina y una masculina. Desde esta perspectiva, desde un comienzo la niña otorgaría privilegio al interior de su cuerpo y a su vagina; experiencias arcaicas de la feminidad que dejarían huellas indelebles en el devenir psíquico de una mujer. Considerando el problema desde

aquí, se evidencia que no sería suficiente dar una explicación de la sexualidad femenina únicamente desde un punto de vista “falocéntrico”, por lo que habría que dimensionar el impacto de la anatomía, “del sexo en sí”, ejercido sobre el inconsciente de la niña.

Pese a las críticas realizadas a la propuesta de Jones²⁰, la autora señala que las posturas contradictorias son posibles de vencer reemplazando las polémicas teóricas por las consideraciones clínicas. Montrelay cita una investigación conducida por Chasseguet-Smirgel (1964), en la cual los autores logran superar dichas contradicciones, integrando referencias a ambas teorías. En lo respecta a Freud, tomando el concepto de falo fuera del contexto orgánico, “los autores se apoderan claramente de la naturaleza del falocentrismo”. En este sentido, lo que debe ser especificado, dejando a un lado la concepción del pene como una cosa, un objeto biológico e incluso de la realidad sociocultural, es la dimensión ideal a la cual el órgano masculino refiere: “la envidia del pene es siempre envidia de un pene idealizado” (Chasseguet-Smirgel, 1964, p. 139). El deseo de un falo puede ser analizado como resultado de una compleja elaboración, en la cual es establecido para mantener el poder fálico del padre. Mostrando que el deseo es un artificio, los autores refutan la hipótesis de que el deseo es innato, como sostiene la escuela británica en lo que se refiere a la feminidad, confirmando la reserva de Freud respecto la feminidad "natural" respecto a la cual Jones insistió.

Sin embargo, los autores consideran relevante el trabajo clínico elaborado por la escuela británica. Estudiando el narcisismo en la sexualidad femenina, insisten en la *organización específica, concéntrica de sexualidad femenina*, rescatando de Jones la complejidad de los elementos arcaicos: oral, anal y vaginal. María Torok, en el texto mencionado, reitera y desarrolla la teoría de la escuela británica, señalando que Klein,

²⁰ Si bien Lacan en distintas ocasiones reconoció a Jones como interlocutor válido, la lectura de sus trabajos lo impulsaron a criticar las posturas empiristas-positivistas en psicoanálisis, en tanto impedirían dimensionar el alcance metapsicológico y simbólico de la noción de falo en Freud. Por tanto, se puede decir que Lacan defendió siempre la postura de Freud, en tanto le habría permitido afirmar la doctrina del significante por sobre la relación de objeto (Fendrick, 2000). Respecto a Jones, Lacan (1960) señala: “Debe destacarse el hecho de que Jones en su ponencia ante la sociedad de Viena, que parece haber quemado la tierra para toda contribución ulterior, no haya podido ya producir sino su adhesión pura y simple a los conceptos kleinianos en la perfecta brutalidad en que los presenta su autora: entiéndase la despreocupación en que se mantiene Melanie Klein –incluyendo las fantasías edípicas más originales en el cuerpo materno- de su proveniencia de la realidad que supone el Nombre-del-Padre”.

Jones, Horney y Muller dieron cuenta de la represión de las sensaciones vaginales; señalando además que la envidia del pene y el descubrimiento del sexo del niño a menudo se asocian con la memoria reprimida de experiencias orgásmicas. Rescatando la perspectiva de tales estudios, Montrelay señala que las dos posiciones teóricas, comúnmente consideradas incompatibles, son verificadas en el contexto de un estudio clínico, superando la contradicción Freud-Jones. De esta manera, falocentrismo y concentricismo coexistirían en la mujer.

Afirmar el carácter "concéntrico" y fálico de la sexualidad femenina es dar razón a Freud y Jones. Sin embargo, la autora señala que para verificar dos proposiciones incompatibles no se suprimen las contradicciones uniéndolas, en tanto no existe la prueba de que falocentrismo y concentricidad se completan mutuamente en armonía, pese a ser igualmente constitutivos de la sexualidad femenina. Al respecto, Montrelay sugiere que ambos coexisten, no de una manera complementaria, sino que en base a su incompatibilidad, la que precisamente sería específica del inconsciente femenino. Desde aquí señala que la concentricidad –como aquello que sería específicamente femenino-, no sólo aludiría a su vertiente mortífera e ilimitada de lo pulsional, muchas veces ligada a la angustia, sino que también daría cuenta de una vertiente de la economía del inconsciente femenino que puede dar lugar a la sublimación. Como señala la autora: “falocentrismo y concentricidad, ambas a la vez constitutivas del inconsciente, se enfrentan entre sí de dos modos. La primera y más espectacular es el modo que se exhibe como angustia, mientras que en segundo lugar, en la sublimación, la misma lucha por el poder se juega a la inversa” (p.4).

Para la autora, la angustia supondría la anulación de todos los procesos de pensamiento, apareciendo como “un límite de tiempo en que la representación consciente e inconsciente se bloquean”. Bloqueo que es posible de analizar en base a la especificación de la naturaleza de la representación. Basándose en Lacan, define a la representación inconsciente como representaciones de la castración, en tanto en su articulación el sujeto toma distancia de una porción de goce, señalando que precisamente “este goce, cuya pérdida es el precio de la representación, es lo que está en juego [...] la representación

inconsciente de la castración es por encima de todo ‘representación castradora’”. Por tanto, cuando un paciente habla retroactivamente su angustia, está evocando un tiempo en que “el cuerpo y el mundo fueron confundidos en la misma, excesivamente presente, intimidad caótica demasiado inmediata. Todo se extendió en la proximidad de alguna plenitud insoportable. Lo que faltaba era una carencia, un "espacio " vacío en alguna parte” (p. 5). En tales casos clínicos donde aparece la angustia, la dimensión castradora de la representación no habría sido abordada.

Sin embargo, propone que –y tal vez aquí radica lo original de su hipótesis- en ocasiones sería posible encontrar una persistencia de la representación junto con su vacilación en angustia, es decir, una representación sin consecuencias castradoras: “Corriendo sobre el vacío, la representación perdería el poder para apartar al sujeto del goce. Este proceso se produce, no en relación a los hechos inherentes a la propia representación, sino que debido a una intrusión de la violencia de lo real” (p. 6). Esto es llevado por la autora al campo de la sexualidad femenina considerada por Freud²¹ como un “continente oscuro” que se resistiría en gran medida al proceso de análisis. Si bien, como dice la autora, “un discurso se enuncia”, este sería “un discurso ‘en vivo’, el cual, debido a su inmediatez, parece expresar la vida misma”. Sin embargo, es esta inmediatez, esta ‘vida’, la que crearía un obstáculo para el análisis, lo que lleva a considerar que la palabra hablada sólo puede ser escuchada como una extensión del cuerpo, un cuerpo que habla.

Tales hechos evidenciados en la clínica de lo femenino se pueden entender desde la diferenciación que realiza la autora en torno a los conceptos ‘censura y represión’, en tanto el erotismo femenino estaría más censurado y menos reprimido que el del hombre. Para Montrelay “los obstáculos impuestos al desarrollo libidinal por la censura parecen ser resultantes del enigma del deseo del Otro” (p. 7). De esta manera, una “omisión”, un “no-decir” propugnado por alguno de los padres en la infancia del sujeto, lo capturaría en una

²¹ Freud (1926). “Todo el acento recae sobre el miembro masculino, todo interés se dirige a su presencia o ausencia. Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un dark continent {continente negro} para la psicología. Pero hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera inferiorizada por esa falta, y esa «envidia del pene» da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas”.

ausencia de representación. La censura al no ser representada presentaría obstáculos en el espacio analítico puesto que no se podría interpretar. La represión, por el contrario, al presuponer la simbolización, permite el despliegue de la interpretación en el análisis, constituyendo un proceso económico de estructuración.

Para Montrelay (1970) las unidades arcaicas a partir de las cuales la escuela británica ha mostrado “la fuerza exuberante” de lo femenino, circunscriben un lugar, un “continente”, el cual puede decirse que es “oscuro” en tanto queda “excluido” del circuito de la economía simbólica. Es esto lo que lleva a la autora a situar “la sombra de lo femenino” como componente esencial del inconsciente. Uno de los procesos que mantienen a la feminidad “fuera de la represión” es de orden social, en tanto se refiere a la ausencia de prohibiciones: la niña no estaría expuesta tanto como el niño a las amenazas y las defensas que sancionan la masturbación, por lo que la masturbación femenina es a menudo silenciada. Recordando a Françoise Dolto, tanto la niña como la mujer tendría una suerte de “refugio de intimidad” en la cual puede vivir una sexualidad “protegida”.

Otros procesos, ya no sociales, sino del orden de lo pulsional, mantiene a la sexualidad femenina fuera de la economía de la representación, a saber, la relación entre las unidades oral-anal y el placer vaginal. Jones, M. Klein y Dolto han insistido en el hecho de que los esquemas orales y anales preestablecidos determinan las experiencias arcaicas que la niña tiene de su vagina. A partir de esto, la autora señala que “la sexualidad temprana se organiza alrededor de un orificio, un órgano, que es tanto digestivo y vaginal, el cual tiende indefinidamente a absorber, asimilar y devorar”, características de un goce arcaico que remitiría a la “concentricidad” antes mencionada. Si este insaciable órgano-agujero está en el núcleo de la sexualidad temprana, si se orienta cada movimiento psíquico hacia esquemas cerrados y circulares, entonces, pone en peligro la relación de la mujer a la castración y la ley. En otras palabras, “este movimiento se opondría a aquel presupuesto por la castración, en la que el goce del cuerpo se pierde ‘para’ un discurso, que es Otro” (p. 8).

Existiría una tercera serie de procesos que crean obstáculo a la represión en la feminidad. Esos procesos conciernen la relación de la mujer con su propio cuerpo, relación

que es a la vez narcisista y erótica. De acuerdo a la autora, la mujer obtiene gratificación de su propio cuerpo como si hubiera obtenido satisfacción desde una otra mujer. Cada evento de un orden sexual (pubertad, las experiencias eróticas, maternidad, etc.) ocurre en ella como si viniera de otra mujer. Por tanto, *el cuerpo sería la fascinante actualización de la feminidad de la mujer, pero también y especialmente, de la feminidad de la madre*. Proceso que ocurre como si “devenir mujer”, “ser mujer” abre acceso al goce del cuerpo en tanto femenino y / o materno. En la imagen de sí que sostiene, la mujer no podría diferenciar entre su propio cuerpo y el cuerpo del que fue el "primer objeto" de amor, por lo que lo real del cuerpo re- actualiza reencarnando lo real de aquel otro cuerpo.

A partir de lo anterior, resulta ineludible indagar respecto a aquella feminidad residida en el primer objeto de amor – la madre en tanto sujeto con un cuerpo-, el cual convoca un espacio-tiempo en tanto “narcisismo del vínculo”, determinante en la constitución del sujeto.

Lo materno: narcisismo del vínculo y transmisión de lo femenino

¿Qué ocurre con el trayecto pulsional del devenir mujer? ¿Cuáles son las condiciones primordiales que posibilitan una separación humanizante?. Guyomard (2013) plantea que la relación madre-hijo es portadora y creadora de un femenino posible de ser transmitido, dando especial atención a las consecuencias que tal proceso tiene en el narcisismo de una mujer: la constitución psíquica del sujeto femenino no está sometido de entrada a la separación y la problemática del cambio de objeto, por lo que es importante detenerse a indagar en los momentos más tempranos de narcisismo. Para la autora, la erotización del primer vínculo es garante de la transmisión de lo femenino, siendo necesario que el placer de este primer momento tenga lugar –en tanto vínculo narcisista²²– para dar paso al destete de un goce que eventualmente puede anularlo. Este placer involucra el reconocimiento de lo femenino de la hija por parte de la madre, una “homoerotización del

²² Para la autora es relevante pensar en las metáforas de tejido o envoltura que remiten a lo materno, las cuales parecieran traducir “la memoria y el imaginario de este espacio materno que envuelve a la madre y al hijo”. (p.38).

vínculo”, lo cual en una hija “enraíza su propio placer de ser mujer: lo femenino de ella debe ser amado por su madre para convertirse en feminidad como declinación de un femenino narcisizado” (p. 27). La huella de lo materno – aquella que sostiene la transmisión de lo femenino cuya portadora es la madre – tendría un origen y un destino específicos, lo cual para la autora “es fuente de metáforas producidas en una resistencia al discurso falocéntrico, pero también organizado por él: es lo que podríamos llamar, como destino, la metáfora obligada” (p. 28).

Aquella transmisión involucraría la elaboración de un proceso identificatorio que supondría la constitución de una identidad de “lo mismo”, lo cual encierra una suerte de transactivismo que subyace a la necesaria y posterior ruptura del vínculo. Aquella “mismidad” de lo femenino que comparten una madre y su hija, debe producir posteriormente la alteridad de una diferenciación de los cuerpos, lo cual es posible a través de la inscripción de la nostalgia y su consecuente constitución del otro materno como objeto. El poder de La Madre puede obstaculizar la transmisión cuando esta se encarna como figura en lo real y no como función mítica, en tanto función simbólica que garantiza la posibilidad para una mujer de ser madre. De esta manera, para la autora, el espacio-tiempo materno²³ en tanto lugar, es un momento necesario pero también efímero. El narcisismo del vínculo sería entonces una condición previa y subyacente, estructuralmente, a la relación de objeto, por lo que la relación del sujeto con el mundo y con él mismo – organizada por el objeto- sólo puede establecerse sobre este “basamento narcísico”.

Esta perspectiva permitiría pensar en la estructuración psíquica del sujeto femenino, no sólo en base a sus despliegues edípicos y la mirada estructurante de un padre, sino que también sobre un basamento que remite al “efecto de corporización” del vínculo madre-hija. Tal efecto puede ser constituyente para la creación metafórica de lo femenino, en tanto se inscribe como condición de posibilidad del proceso de transmisión que implica una

²³ “Me ha parecido importante diferenciar *la madre* de *lo materno* [...] lo materno no es solamente una madre y un hijo: ¡remite a toda una historia! Historia de deseos, conscientes e inconscientes, y de identificaciones. Ahí toda una genealogía es convocada [...] lo materno es un registro psíquico que es necesario considerar en su consistencia específica [...] lo materno es el registro del vínculo, del narcisismo del vínculo. Esta modalidad narcísica debe diferenciarse de un narcisismo que se constituye a partir de una relación con el objeto, con el objeto en la relación. En efecto se trata de diferenciar lo materno, como registro específico de este vínculo, de la madre-objeto en la relación ligada al proceso de identificación” (Guyomard, 2013, p. 18).

transformación de aquel vínculo narcisista en relación de objeto, lo que supone un primer momento de pérdida de goce que posibilita la creación del objeto-madre, y el paso a la instauración de la alteridad del otro sexo, tanto en lo que respecta al hombre como al sexo de la madre que también es otro sexo. Tal relación con toda alteridad supone para una mujer “comprender su necesaria relación a la decepción original fundadora”. Por tanto, el acceso a la posición sexual femenina remitiría a un primer tiempo que deja huella de una “*melancolización de la experiencia de separación*”, constituyéndose como paso obligado a la castración: “una mujer conserva la huella de lo que la pérdida deja como resto, a condición de no estar prisionera de este real sin representación” (p. 51).

El acceso a lo femenino entonces, sería posible por intermedio de una represión de aquel resto, en tanto “parte preciosa”²⁴ que remite al goce pulsional enraizado en lo materno cuyo destino es ser garante del narcisismo que envuelve la díada madre-hijo, y que en el caso de una hija, es condición fundante al mismo tiempo que puede constituir un obstáculo a la transmisión. Una madre cuando no puede reconocer inconscientemente esta parte preciosa como compatible con su hija, “solo puede quedar como una parte fusionada [...] signos en lo que ese resto tiene de no transformable y que se formula como innombrable: destino de la represión y no parte preciosa (enmascarada, prohibida)” (p. 52).

Aquella ‘parte preciosa’ daría cuenta de que existiría un espacio de representación previo al fantasma de lo femenino y de su feminidad, lugar que se enraíza durante aquel tiempo primero bajo la memoria de una “cavidad matricial que habrá de apropiarse, en tanto fuente y representación inconsciente de la identidad de lo femenino vinculado a la satisfacción entregada y recibida”²⁵. Cavidad que la niña investirá como *huella* en tanto experiencia de satisfacción alucinatoria en tanto allí se inscribe como placer del narcisismo del vínculo; siendo emblemática pues anuncia la necesidad del destete. Ésta primera experiencia de satisfacción sería la “condición para que la inscripción de una transmisión pueda tener lugar y para que las representaciones que produce se organicen fantasmáticamente en la pequeña hija del lado de lo interior, de lo interno y de los destinos

²⁴ Torok, M (1964), citada en Guyomard (2013), p. 51.

²⁵ Schneider (2004), citada en Guyomard, (2013), p. 86.

metafóricamente expresados de su feminidad” (p.87). Aquellas representaciones se organizan como metáforas de lo femenino en la medida en que tenga lugar la represión de lo sexual materno entregado a lo pulsional más arcaico; de lo cual se puede desprender – según la autora -que el mayor peligro no radica en lo salvaje de la pulsión, sino en el placer, que al no destetarse, puede conducir a lo pasional y al goce sin límites.

El estatuto del objeto y las dificultades en su constitución en el trayecto femenino

Guyomard (2013) plantea que en la escucha de mujeres durante un duelo, separación o ruptura amorosa, expresan un acento melancólico que da cuenta de la huella dejada por el vínculo singular que ha construido con el objeto amado y consigo misma, siendo memoria de la dificultad de la relación de objeto. Desde esta perspectiva, la constitución del objeto en la estructuración subjetiva de una mujer puede sufrir dificultades subyacentes a la elaboración identificatoria, en tanto identidad e identificación se confunden, ocasionando múltiples efectos sobre el sujeto. Este hallazgo clínico, permitiría interrogar las relaciones y diferencias entre el deseo y la pulsión en el registro de lo materno; donde el paso del vínculo (lugar de lo materno) a la relación de objeto, permite interrogar además las dificultades que recorre el sujeto femenino para acceder a la posición edípica. Una de ellas es la que presentarían ciertos sufrimientos vinculados a la adicción, donde precisamente “el vínculo puede transformarse en resistencia a la relación de objeto” (p. 38).

Para interrogar las dificultades que surgen en el paso a la transformación y metaforización del primer vínculo, es importante pensar en la constitución del narcisismo en lo femenino de una mujer. El despliegue del narcisismo femenino implicaría “considerarse mujer y amarse”, proceso en el cual cada mujer queda “al borde del acento melancólico” quedando “sumida en el peligro de desaparición identitaria”, en tanto una mujer puede quedar capturada en aquel vínculo a lo mismo que es su madre (lo que la autora denomina “proximidad de lo mismo”), erradicando la posibilidad de un espacio para la alteridad en tanto relación de objeto. El problema entonces, se situaría en la dificultad para dar paso al “desgarramiento de su alteridad”, el cual supone la diferenciación de lo

mismo como otro. Por lo tanto, el trayecto pulsional femenino implicaría no tan sólo “diferenciarse de una madre” – acento puesto por la mayor parte de autores lacanianos - , sino que, primero, involucra “instaurar una mismidad –ser también una mujer-, que no haga desaparecer la alteridad de la otra mujer que es también una madre (p. 39). Por su puesto, aquel proceso implica una “transformación-diferenciación”, sin embargo, para la autora la transmisión de lo femenino y por tanto, la creación de la madre como objeto, no es posible sin aquellas primeras identificaciones.

Desde aquí, la constitución del objeto implica entonces situarse en un registro donde el objeto posibilita el rencuentro con el otro, y no la satisfacción pulsional. En este sentido, el devenir mujer es pensado como un trayecto que va desde “lo irremediable de una pérdida a la posición deseante específica de la relación al otro sexo” (p. 41); otro sexo que implica tanto la alteridad de un hombre, como la alteridad del sexo de la madre. Este trayecto, es posible a partir del *destete psíquico*, proceso en el cual una mujer no sólo corre el riesgo de no encontrarse con la castración, sino que también de quedar atrapada en una erotización de la pérdida que impide su simbolización (p. 41). La metáfora del destete resulta interesante de pensar particularmente en los casos de adicción, donde es posible encontrar huellas de un exceso pulsional que el sujeto no puede simbolizar. Decir “no ha habido destete” indica, según Dolto (1984), que no ha tenido lugar la “separación del contacto cuerpo con cuerpo... separación experimentada como dolorosa por una y otra parte”. Según la autora, los diversos momentos –felices y conflictivos- atravesados desde el nacimiento del niño o niña, deben ser mediatizados, por lo que cuando ocurren sin conflicto ni palabra, provoca graves consecuencias en la constitución psíquica. Agrega que cuando los niños/as son traumatizados –lo que hace pensar en la dimensión del exceso- precozmente, “las pulsiones orales y anales pasivas se satisfacen solitariamente, de una manera que se debe calificar como masturbatoria imaginaria invisible [...] este erotismo les hace elaborar fantasmas de un cuerpo a cuerpo con la madre ausente que su propio cuerpo le sirve para presentificar”. Estos momentos críticos, dan cuenta de que el niño/a es pasa a ocupar el lugar de “un objeto y no permite al sujeto del deseo”, generando obstáculos en la construcción del “pre-Yo del lenguaje verbal” (p. 175).

Para Guyomard (2013) ciertos casos de “derrumbe” psíquico, en el sentido de Winnicott, dan cuenta de una memoria inconsciente de aquel tiempo primero donde impera el registro de lo materno, tiempo en el cual la madre como objeto aún no se ha constituido. Las dificultades para elaborar una separación, sería “memoria y cicatriz” del destino de lo fusional en el registro de lo materno. Las dificultades para devenir mujer se produciría por una ausencia de metaforización de “lo mismo”, en tanto “lo pasional del vínculo materno se vierte en lo irreductible, ligado a la omnipotencia pulsional. Hay siempre en el fantasma la huella del objeto de la pulsión, rodeado por la evitación que implica el trayecto del deseo. Si hay ‘objeto materno’ –y no la madre como objeto de deseo, objeto perdido – éste sería la ‘cosa’, como violencia de lo pulsional materno y metáfora de esta violencia: lo indecible, lo innombrable, incluso el vacío” (p. 48). Lo real puesto en juego aquí, daría cuenta de un goce que anula la posibilidad de representación y, por tanto, la constitución del objeto como perdido que es causa del deseo, y no objeto de satisfacción pulsional. Como señala Montrelay (1977)²⁶ “el desafío es este goce, cuya pérdida es el precio de la representación”. En consecuencia, es la madre, constituida como objeto, el primer paso para lograr la separación y el desprendimiento del vínculo primero, constituido narcisísticamente. La pérdida de la madre que habita tal vínculo y su creación como objeto, daría paso a una “nostalgia fundadora obligada” en la cual algunas mujeres están detenidas y secuestradas por tal memoria inconsciente. En este punto la autora se interroga si estas dificultades en el trayecto pulsional femenino y las dificultades en la constitución de la madre como objeto, daría cuenta de lo que Lacan denomina el aplastamiento del objeto a, causa del deseo, por el objeto de la pulsión.

Montrelay (1970), refiriéndose al cuerpo de una mujer como material de la represión arcaica, señala lo complejo que resulta para una mujer desprenderse de lo materno. Una mujer que se localiza a sí misma como cuerpo materno, no puede reprimir, “perder”, la apuesta original de la representación, por lo que la angustia ligada a la presencia de este cuerpo sólo puede ser persistente y permanente. El cuerpo materno, que está próximo, debe convertirse en “un objeto de más”. Este objeto debe ser “perdido”, es decir, reprimido, con el fin de simbolizar. Para la autora, los síntomas que expresarían

²⁶ Montrelay (1977). “La sombra y el nombre”. Citada en Guyomard (2013).

muchas mujeres tenderían a menudo a simular esta pérdida: "No hay nada más, es un agujero, es el vacío...' Tal es el leitmotiv de una cura femenina, que por error se podía oír como la expresión de un poco de "castración". Cuando en realidad, esto es, por el contrario, una defensa producida para hacer frente a la interrogante y las deficiencias de la castración simbólica" (p. 8).

Por otra parte, pero siguiendo con la problemática del objeto en la constitución femenina, Tyzler (2003), a propósito del estatuto del objeto y la des-especificación pulsional en un caso de anorexia, señala que existiría una "reciprocidad que colma, momento en que el objeto pasa del Uno al Otro, de la Una a la Otra, del pequeño sujeto al Otro materno, iluminando tan pronto a uno, tan pronto al otro" (p.3), hecho clínico que permite un esclarecimiento sobre lo pulsional y el estatuto de aquel objeto que una mujer compromete en su relación al Otro, en tanto objeto que no es cedido, y por tanto, no permite otorgar consistencia al cuerpo mediante lo simbólico que agujerea. Desde aquí se desprende que – en este tipo de padecer donde está en juego la oralidad – el sujeto quedaría comandado por el Otro, quedando el odio como única alternativa de separación e intento de corte radical con todo lo que remita a la madre. La anorexia, circunscrita por el autor en casos de psicosis, daría cuenta de que "el objeto 'único y especificado', la psicosis lo muestra encarcelado en cada encrucijada significativa tan bien que la oralidad, a falta de devenir mutilación y separación, se queda en estado de alimento alienante" (Op. cit.).

En consecuencia, el objeto del que queda prendado una mujer –en particular en aquella que sufre en torno a *lo adictivo-*, es el "objeto pulsional" (Guyomard, 2013), en tanto no se ha constituido como objeto perdido, objeto causa de deseo. Objeto de goce que se puede tornar mortificante y conducente a la desaparición del sujeto femenino.

El riesgo de desaparición y la melancolización femenina

Guyomard (2013) propone el concepto de riesgo de desaparición, como aquel que atravesaría el sujeto femenino en su trayecto pulsional. La autora realiza una interesante reflexión de este riesgo en relación a lo planteado por Lacan en las fórmulas de la

sexualización: No existe La Mujer en tanto universal, sino una mujer entre otras en peligro de dejar de serlo. Este hecho pensado desde la clínica, es vinculado por la autora con las dificultades que surgen en torno a la rivalidad femenina, lo que deja en evidencia el estatuto de la alteridad de la otra mujer y su nexos con la amenaza de desaparición. Sin embargo, en la lógica lacaniana se trataría de un segundo estatuto de la alteridad, aquella estructurante en torno a la castración., remitiendo a La Mujer a una organización fálica del discurso. Guyomard (2013) plantea: “No hay fundación conceptual de lo femenino para la mujer; concepto al cual ella podría estar referida para saberse mujer. La mujer, en una problemática fálica, es un concepto que no se simboliza. ¿Es ella la alteridad de la cual el discurso fálico no puede hablar? No hay significante que dé cuenta de lo femenino en este discurso ordenado fálicamente” (p. 50).

Como respuesta ante aquello que no es nombrado en el discurso fálico, la autora releva aquella ‘identificación a la misma’, en tanto identificación a la mujer que es la madre como aquello que puede inscribir fantasmáticamente el deseo de identidad de un sujeto femenino, sólo en la medida en que aquella identificación no anule la alteridad y el deseo que es consecuencia de esta. Sin embargo, el vínculo no destetado, no transformado, paralizaría el proceso de transmisión de lo femenino en una mujer, siendo arrebatada – desde la presencia violenta de un real – toda posibilidad de representación. *La huella melancólica que surge como memoria y repetición, sería entonces un resto de aquel espacio materno imposible de transformar, convirtiéndose en el representante de lo materno como goce Otro²⁷, goce ilimitado que puede llegar a adoptar manifestaciones mortificantes cuando la posibilidad de transmisión es obstaculizada.*

Desde aquí, diversos destinos femeninos se estructurarían en base a lo que Guyomard (2013) denomina “*melancolización de la economía narcisista*”, cuya huella resurge en las pacientes en el dolor de una separación, “de una ruptura amorosa con acentos pasionales”. Al respecto, la autora señala que se podría pensar que en la mujer, su falta de universal la amenazaría de una melancolización en la experiencia de la pérdida y de la separación, la que al mismo tiempo le sería necesaria para abordar la castración, aún

²⁷ Guyomard (2013). Op. cit, p. 52.

cuando está inscrita de entrada en el cuerpo de la mujer en tanto “un real” sentido e innombrable (p.52).

La constitución de la madre como objeto, en tanto proceso de separación, es llevado a cabo entonces bajo esta forma dolorosa de melancolización, ahí donde el destete del placer del vínculo debe efectuarse para constituirse como marca. Por lo tanto, la creación del objeto se sitúa en base a la nostalgia, en tanto esta recubre el objeto perdido, protegiéndolo de la destrucción pulsional. Cuando esto no ocurre entra en juego un objeto que hay que devorar para conseguir satisfacción sin límite: “se trata de no ser más que uno en la posesión recíprocamente devoradora, ahí donde la alteridad de cada uno se deshace” (p. 80). Una forma clínica de esta suerte de regresión a un *estado fusional* es aquel odio que surge intempestivamente como marca de un superyó no humanizado por la elaboración edípica. Según la autora, este odio en tanto reedición superyoica, residiría en la pasión que se despliega en tanto abolición de la alteridad y como resistencia a la potencia simbolígena de la castración. Sin embargo, habría que distinguir entre “un odio ligado a la castración en la organización psíquica del fantasma, de otro, pervertido en un discurso de destrucción como en la perversión y en la melancolía” (p. 81).

El riesgo femenino, expresión señalada por Françoise Dolto, daría cuenta de una configuración particular del destino identificatorio femenino, en el cual existiría una proximidad del sujeto femenino con el trayecto inconsciente de la pulsión de muerte. El riesgo de melancolización, modalidad del riesgo femenino, estaría ligado a las dificultades en la constitución del objeto-madre antes mencionado. Según Guyomard (2013) dicha melancolización estaría ligado a una “precariedad para una niña pequeña de saberse mujer”. En el encuentro amoroso, siguiendo a Dolto, se sitúa con mayor evidencia aquel riesgo, en tanto correría el peligro, en su vida sexual, de sentir que pasa a ser una “nada deshumanizante en el peligro de su desaparición”. Dice Guyomard (2013): “Es importante diferenciar esa nada, ese riesgo de desaparecer, de lo ignorado, en el sentido de lo reprimido; riesgo que debe ser interrogado desde el ángulo de las representaciones de lo femenino como sexo, sexuación – como imposible en tanto fuera del discurso, salvo que se creen metáforas para expresarlo” (p. 110).

En relación a lo anterior, resuenan los planteamientos de Kristeva (1991): “Si ya el descubrimiento de su vagina invisible exige a la mujer un inmenso esfuerzo sensorial, especulativo e intelectual, el pasaje al orden simbólico al mismo tiempo que el pasaje a un objeto sexual de sexo distinto al del objeto materno primordial, representa una elaboración gigantesca para la cual una mujer necesita un potencial psíquico superior al exigido al sexo masculino [...] su costo es esa propensión a celebrar ininterrumpidamente el *duelo problemático del objeto perdido*... ni tan perdido que sigue punzando en la ‘cripta’ de la soltura y de la madurez femeninas” (p. 32). Duelo que se hace patente en aquellas melancolizaciones que surgen, por ejemplo, a partir de vivencias de abandono o pérdidas.

La autora, a partir de un análisis de las protagonistas en los textos de Marguerite Duras, señala que los efectos del abandono configuran “el insuperable traumatismo inflingido por el descubrimiento –sin duda precoz y por ello mismo imposible de elaborar– de la existencia de un no-yo” (p.199). El sentimiento de abandono, que en algunos casos arrasa con la subjetividad de una mujer, sería “inmanente” y “predestinado”, anudándose a la figura materna: niña y madre se unen a través del odio en un tono pasional “fuente de un misterio silencioso”. Según Kristeva (1991), en la mujer “durasiana” aparecen algunos rasgos frecuentes de la sexualidad femenina: “Se tiende a suponer, en este ‘ser todo tristeza’, no una represión, sino un agotamiento de las pulsiones eróticas”. Aquellas pulsiones vivificantes del sujeto se encuentran a menudo secuestradas por el objeto de amor de las protagonistas, ya sea por el amante o, antes que él, por la madre cuyo duelo continúa imposible. Las pulsiones habrían sido vaciadas de su poder, dice la autora, para crear el enlace con el placer sexual o la complicidad simbólica: “La Cosa perdida, dejó ciertamente su marca en los afectos abandonados y en ese discurso deslastrado de significación, pero es marca de una ausencia, de un desligamiento fundamental.” (p. 200). Aquella marca de lo real, de lo irrepresentable, en tanto huella melancólica no transformable y como desanudamiento, se haría patente en algunas de las manifestaciones clínicas donde está en juego el exceso pulsional.

Manifestaciones clínicas del exceso: estrago y arrebató

La pasión femenina ha sido fuente de creaciones artísticas que resplandecen sobre aquel “continente negro” del que hablaba Freud. Aquí, el enigma se torna indescifrable para un discurso que, pese a sus importantes hallazgos en el campo del goce femenino, aún no logra liberarse de la primacía del significante fálico para dar cuenta de cómo se constituye un sujeto en clave femenina. El recorrido hecho hasta el momento, que confluye en los aportes de algunas psicoanalistas que se resisten a reproducir inmutablemente las fórmulas ya conocidas desde el seminario “Encore” de Lacan, permite adentrarnos en el campo de lo femenino enraizado en un cuerpo, una envoltura, que nos conduce a pensar en la proximidad del vínculo primordial madre-hija y su huella en el sujeto femenino. Muchas mujeres en la literatura han podido dar cuenta, con un lenguaje singular, aquel femenino innombrable y próximo a lo real de aquel primer encuentro con el Otro materno. Goce Otro y creación confluyen en el campo de lo femenino que se niega a ser capturado por la insistencia universalizante del significante ordinario. Es cierto, lo femenino es en singular, pero su singularidad – como se cree en la presente investigación- remitiría a los orígenes del ser en tanto enraizado en lo materno, a espacios de simbolización subyacentes a todo orden significativo secundario a la ley de la castración.

No obstante, en la clínica de lo femenino en el campo de las adicciones, es precisamente la transmisión de lo femenino lo que estaría obstaculizado, en tanto las dificultades de saberse mujer se radicalizan en la medida en que algo –un evento, una pérdida- convoca aquella dimensión del exceso, adoptando diversas formas de devastación y padecimiento intensos. La escucha de tales pacientes, como se verá a través de un caso en el capítulo que sigue, lleva a interrogar algunas de las formas que adopta el riesgo de desaparición en el trayecto pulsional femenino. Se ha escogido entonces, para fines de la presente investigación, dos destinos de tal riesgo que se tornan frecuentes en la teoría psicoanalítica contemporánea y, por qué no decirlo también, en la literatura femenina de siempre: el *ravage* y el *ravissement*. Dos manifestaciones de la pasión femenina que se tratarán de analizar con sus particularidades, pero comprendiendo que surgen de un mismo

registro, ahí donde el sin límites del goce Otro no es posibilidad de creación ni de escritura, sino que atenta con toda posibilidad de representación de lo femenino en una mujer.

En francés, el término *ravage* (estrage), *ravissement* (rpto, arrebat) y *ravinement* (arreatamiento) tienen una misma etimología, aquella del verbo *ravir* (arebatar, raptar) (Lessana, 2000, p. 4). Conceptos que han sido abordados diversos autores para describir manifestaciones clínicas que varían en sus características y aspectos estructurales, situándose usualmente el *ravage*, estrage, en el campo de las neurosis, y el *ravissement*, rpto o arrebat, en el campo de la psicosis, o como una “solución transestructural” (Brousse, 2009). Sin embargo, más allá de las nociones que buscan categorizar o encasillar sujetos, se considera que la dimensión del exceso pulsional con sus diversos destinos, constituiría una misma fuente: el campo de lo materno que concierne al narcisismo del vínculo entre una madre y su hija. Dimensión de un exceso de narcisización, o un exceso de ausencia, de abandono, y en algunos casos violencia.

Para Lessana (2000) el *ravage* entre madre-hija se puede definir como una relación amorosa torturante, pasional, minada por los reproches, en la cual una mujer se siente demasiado o mal amada. El cuerpo femenino, se ubicaría en al centro de las turbulencias entre madre e hija, en tanto la imagen de un cuerpo femenino encarnaría una promesa de goce inalcanzable. Dice la autora: “La imagen fascinante de un cuerpo de mujer deseable se edifica en el lugar donde no hay identidad sexual, ni transmisión de rasgos femeninos de madre a hija: un espacio donde juegan las turbulencias de un amor posesivo, desposeedor, un lazo adictivo”(p. 5). Lazo que estaría en relación con el “dominio erótico maternal” donde el cuerpo de mujer permanece aferrado del lado de la madre, dejando a la hija desprovista de un saber sobre lo femenino. Agrega la autora que el “el *ravage* entre madre e hija no es un duelo, ni el reparto de un bien, es la experiencia que consiste en dar cuerpo al odio torturante, sordo, presente en el amor exclusivo entre ellas, por la expresión de una agresividad directa [...] es una experiencia que escapa a la agrimensura fálica [...] no es del tipo de un don, es la prueba de una imposible transmisión del sexo. Concierne a un goce errante, que se manifiesta bajo la forma de una imagen perseguidora” (p. 5, 8).

De acuerdo a la hipótesis de Lessana (2000), la salida del *ravage*, será marcada con la caída de la imagen del cuerpo inaccesible en la medida en que esta pierde su “poder persecuidor”. Cuando esto no ocurre, por ejemplo cuando la hija no tiene la posibilidad de entrar en *ravage* –ya sea porque su madre no renuncia a los placeres eróticos maternos de la primera infancia- o cuando este es esquivado al extremo –dando paso al *ravissement*-, el lazo con el compañero sexual y amoroso se verá comprometido. Respecto a la salida del *ravage*, será posible donde la identificación se despliegue atemperando la rabia y los excesos. Al respecto, la autora señala: “el *ravage* se resolverá, en el seno de la prueba dolorosa, ahí donde la hija alcanzará la imagen que la persigue en el momento en que la persecución se desvanece [...] cuando ello tiene lugar, inscribe al cuerpo como lugar donde llegará su goce, no más errante sino ‘suyo’...” (p. 8). La consistencia del cuerpo alcanzada con la prueba del *ravage*, daría cuenta aquella “subsistencia” que la mujer “como mujer” espera de su madre. No obstante, para la autora entre una mujer y su madre no se trata de la transmisión de un saber, sino más bien de una experiencia que se debe atravesar y salir.

Por otra parte, Guyomard (2013) señala que el *estrago* concierne a una ausencia de límites entre una madre y su hija, ahí donde la creación de la alteridad no ha sido efectuada; sin embargo, da cuenta de que la posibilidad de atravesarlo, precisamente daría paso a la transmisión de lo femenino. Para la autora, lo *estragante* implica a la pulsión que invade el campo de lo materno, volviéndolo inoperante en cuanto a la posibilidad de una transmisión. Por tanto, el *estrago* – el *ravage*- sería uno de los destinos; una de las formas que adopta el riesgo femenino en el trayecto de devenir mujer. Como señala la autora: “el *estrago* no es la marca de la relación madre-hija, sino el sello de lo pulsional específico de lo materno cuando no está sometido al destete del vínculo: es entonces uno de los destinos posibles de esta relación y uno de sus riesgos” (p.89). A diferencia de los planteamientos de Lessana (2000), la autora señala que el *estrago* –en tanto uno de los destinos del exceso del vínculo-, convocan el inevitable riesgo de melancolización propio del trayecto pulsional femenino, de lo cual se desprende que su resolución es viable a partir de un trabajo de duelo y por tanto, en la creación de la madre como objeto, en la medida que esta se inscribe como pérdida. Pérdida que convoca además una pérdida de goce que es posible a partir del “destete psíquico”.

Mientras para Lessana (2000) el *ravage* constituiría una prueba que rompe con la ilusión de que una madre y su hija tienen en común una “comunidad de experiencia erótica y de imagen”, develando –en la línea de Lacan- una “imposibilidad de una experiencia de lo femenino” (p.168); para Guyomard (2013) la imposibilidad de aquella experiencia constituye uno de los destinos del riesgo de desaparición el cual una mujer atraviesa en su trayecto pulsional, convocando una falta de universal con el cual nombrarla (que se expresa en “La” mujer no existe, por ejemplo). Sin embargo, lo imposible, lo irreductible, convocaría más bien a la inexistencia de metáforas que expresen lo femenino, en tanto la identidad sexuada de una mujer solo ha sido expresada “mediante las metáforas donde lo reprimido de la angustia de castración masculina encuentra su contabilidad: más uno, menos uno” (Guyomard, 2013, p. 64). Desde aquí se puede desprender que la relevancia del *ravage* y su atravesamiento se sitúan más allá de “romper una ilusión”, sino que más bien constituiría –en primera instancia- una de las posibilidades de transmisión entre madre e hija, en tanto permite –en el decir de Guyomard- transitar desde una “mismisidad”, suerte de transitivismo fundante de lo femenino, hacia la creación de la alteridad.

De lado de lo extremo, si tomamos como referencia el *riesgo de desaparición*, es posible ubicar la noción de “*ravissement*”, que designa los conceptos de “arrebato”, “arrobamiento” o “raptó”. Esta manifestación del exceso, alude a una experiencia en donde espacio y tiempo se diluyen, donde no es posible diferenciar entre lo que es del sujeto o del otro. A su vez, remite a una concepción extática del goce femenino, que conduce a “un estar fuera de sí como sujeto” (Barros, 2011). El concepto “*ravissement*” ha sido comentado por diversos autores luego de que fuera abordado por Lacan en 1965 en homenaje a Marguerite Duras²⁸. En su novela “*Le ravissement de Lol V. Stein*”, todos los sentidos de “raptar” estarían presentes: arrancar, arrebatarse, encantar, extasiar, enfurecer, conquistar. Verbos que se conjugan en relación al “efecto de la presencia de aquella que hace La Mujer, para los ojos de otra que cree que solo ella no es o no tiene.” En consecuencia: “Raptó es también cuando la no-toda pierde sus lazos y, sin nudo, pierde el sentido [...] Raptó es cuando la mujer pierde el amor de un hombre, y este era el único

²⁸ Duras, Marguerite (1964). “El arrebato de Lol V. Stein”. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2010.

nudo que la enlazaba” (Lutterbach, 2008, p. 33). Tal es la temática central del libro de Duras: la pérdida del amor de un hombre, el arrebató de su amor por la presencia de “La Otra mujer realizada” encarnada por el personaje de Anne Marie Stratton (Op. cit.).

Para Czermak (1987) Lol V. Stein ocupa en la novela un lugar vacío. Ante esa nada, esa presencia ausente que es Lol, los personajes se despliegan “entre una falsa serenidad y la angustia”. No obstante, sus miradas estabilizan a la protagonista, al permitir su reflejo en los otros. Tal es el caso de Tatiana, su amiga que ocupa el lugar de la “pequeña otra”, con la que –junto con su amante, narrador de la historia- “recompone su fantasma, se realiza”. En la historia, Lol se desliza de un extremo a otro, de la Lol errante a la Lol petrificada, aquella cuyo cuerpo encarna el objeto a. La entrada de otra mujer en la escena, aquella que atrae la mirada del partenaire, moviliza un deslizamiento hacia ésta donde Lol no ocupa una posición de tercero. No surgen celos ante la otra mujer: “de entrada el sujeto es el otro y Lol no puede contarse tres”²⁹. Para el autor, el episodio del arrebató en la escena del baile, muestra cómo la significación fálica no se ejerce, dejando a Lol a merced del goce del Otro, desapareciendo tanto sujeto. La recomposición de su fantasma se situaría en la escena en la cual desde el campo observa la ventana del hotel en que se encuentran su amiga Tatiana y su amante Jacques Hold. “Es la ventana, el marco del fantasma de Lol [...] ¿Qué es el fantasma de Lol? Es ser ella misma el paréntesis del i(a) [...] lo imaginario de Lol ¿es lo imaginario de un moi exaltado, o, a la inversa, un Imaginario sin moi?” (p. 157). Con aquella “otra” mujer que un hombre desea, y preguntándose qué hace de la otra mujer una mujer deseable, Lol se identifica imaginariamente. Pero también, preguntándose siempre cuál es el secreto de la otra mujer, veremos a Lol seducirla, identificándose imaginariamente con el hombre, llegando a asumir la posición de partenaire masculino. Así, Lol unirá en las representaciones imaginarias de su moi, posiciones contradictorias que la conducen a una imposibilidad de aprehender su sexo: “de esta manera asistiremos a la

²⁹ Czermak (1987). “Acerca de Le ravisement de Lol V. Stein de Marguerite Duras . En Pasiones del Objeto, Buenos Aires : Ediciones Nueva Visión, p. 156. Al respecto el autor realiza una interesante referencia: “En el seminario XI [...] Lacan sirviéndose del esquema óptico, reexamina los hechos del mimetismo, y subraya que lo importante en ese caso no es que haya alguien imitado, sino que las manifestaciones del mimetismo permiten a un sujeto albergarse en una función cuyo ejercicio lo aferra. No hay nada más loco que tomarse por una función, ser hechizado por ella al punto de ser esa función, así como, por otra parte además, tomarse por el nombre propio. Ese nombre propio puede conducir de la misma manera a actuarlo, lo que representa un trastorno identificatorio mucho más grave que el que afecta a la histeria”.

puesta en obra de un moi susceptible de hacer manifestarse modos identificatorios contradictorios y fuentes de embarazo” (p. 158).

Aquel imaginario sin moi en Lol, que da cuenta de su “desaparición como sujeto”, es restituido mediante la creación de su “ser en tres” en tanto le proporciona cierta envoltura. En este contexto surge la angustia de Lol ante el deseo de Jacques de abandonar a Tatiana, incitándolo a continuar sus encuentros con ella mientras ella aguarda afuera del hotel velando ante la ventana: “...el imaginario sin *moi* que es el suyo corre constantemente el riesgo de deshacerse y hundirla en la locura comprobada”. La disolución de ese “arreglo de tres” en el desenlace del texto, donde ella está en posición de ser deseada, desencadena una locura en la cual la relación sexual se vuelve absurda y separada de toda articulación simbólica. Al no estar Tatiana se produce un pivoteo que emerge desde lo Real, tomando el lugar de Tatiana: “Anticipando una relación sexual fuera de lo Simbólico, adviene una certidumbre alucinatoria [...] la relación sexual se reduce a una fustigación aniquilante”. En esta escena, Duras nos hace testigos de un derrumbe simbólico, ahí donde el exceso de pulsional y aquella dimensión de lo innombrable del goce Otro se despliega: “La policía está abajo: vienen a raptarla, arrancarla, hacerla desaparecer después de haberla golpeado; lo que Lol ignora es que su propio je, desaparecido, mortificado, es el que aparece en la escalera, golpeado, y secuestrado por ese superyó policial y salvaje: el superyó arcaico y obsceno” (p. 159).

La relevancia de ubicar el arrebató como una de las formas que adopta la pasión femenina, radica en torno al papel de la mirada, en el “arreglo de tres” y la envoltura que constituye, que al fracasar, da paso a la dimensión del exceso pulsional arrasando con toda posibilidad de seguir sosteniendo una estabilización imaginaria, emergiendo un dolor imposible de enunciar en tanto tal. Aquí el exceso es del orden de la des-anudación, de la pérdida de un sujeto que se sostiene en un “otro” mujer que le permite hacer pantalla ante la ausencia de palabras identificantes; ausencia de huellas de una historia tejida en lo materno y en el trayecto de devenir mujer. Desde aquí, es importante considerar que, más allá de ubicar a Lol como un caso clínico de psicosis femenina, es interesante considerar más bien que el *ravissement* “no encuentra clasificación en las estructuras tradicionales”, siendo más

bien un ejemplo de la clínica actual, en tanto aquella en que la función del fantasma no funciona en su dinámica. En el caso del Lol, su fantasma se tornaría estático, convirtiéndose en “escena en acto, que, precariamente, la sostiene, petrificada Lol (Stein) es mancha, y desaparece en el espectáculo” (Lutterbach, 2008, p. 34). Es aquella desaparición –en tanto riesgo- anunciada por un arrebató femenino la que interesa en el campo de la clínica de las adicciones en mujeres. Clínica que puede variar en intensidad desde una pasión desplegada como odio o reproche constante (el estrago), a una pasión que atenta con hacer desaparecer al sujeto femenino: desaparición en tanto abolición de sí misma al ser capturada, raptada, en el cuerpo de la Otra mujer inalcanzable que habita en la proximidad del vínculo materno.

CAPITULO III:

CLÍNICA DE LO FEMENINO EN ADICCIONES

“Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde [...] vi en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo”.
Borges, José Luis (1949). “El Aleph”.

Este capítulo da cuenta de un caso clínico atendido en una Comunidad Terapéutica Residencial³⁰ para mujeres con problemáticas de adicciones severas. La complejidad del caso se perfiló en un inicio en base a una historia de múltiples tratamientos sin logros terapéuticos ni remisión del consumo de sustancias por un tiempo considerable, además de riesgo vital que ameritó internación (sobredosis de pasta base de cocaína), en una primera instancia de “desintoxicación”. El caso de Carla –paradigmático en tanto representa el malestar subjetivo de muchas mujeres atendidas en aquella comunidad y otros contextos de tratamiento – da cuenta de los avatares que surgen en la transferencia en torno a dificultades en la transformación de lo *pulsional-pasional*. Dificultades, que se ponen en juego convocando huellas de un tiempo donde la transmisión de lo femenino *no tuvo lugar* como espacio-tiempo posibilitador de la creación de una alteridad. En el trayecto del análisis surgen momentos críticos que se tornan en posibilidades, donde – teniendo como coordenada la pregunta por lo materno – tiene lugar algunos movimientos de restitución de una posición de sujeto con una historia. Situándose aquí, se busca exponer los desafíos, problemas y vivencias que hicieron de esta experiencia clínica un espacio de creación, pero también de problemas y preguntas que quedarán por contestar en futuras investigaciones teórico-clínicas. La lectura del caso se aborda principalmente a partir de los planteamientos de Dominique Guyomard en relación al *narcisismo en clave femenina*, en tanto permite pensar aquellas problemáticas donde está juego el exceso, lo fusional y lo adictivo, subyacentes en la constitución subjetiva y el devenir mujer.

³⁰ Centro de tratamiento y rehabilitación privado, pero con financiamiento principalmente gubernamental (Senda). Se reciben casos derivados desde la atención pública de salud (Consultorios, Cosam, Unidad de corta estadía de desintoxicación en Servicios de Psiquiatría), y también de la red privada (clínicas y consultas médicas).

1. Caso Carla

De objeto consumido a sujeto consumidora

Carla es una paciente de 45 años llevada a la Comunidad Terapéutica por su familia tras haber estado hospitalizada 1 mes en una clínica psiquiátrica luego de una sobredosis con pasta base de cocaína. En la primera entrevista, se aprecia altamente sedada por los fármacos recetados por el psiquiatra. Su rostro no aparece en gran parte de la sesión, estando cubierto por su cabello que cae desordenado sobre sus mejillas, como si su disposición corporal hablara de un borramiento de sí misma y del enorme pesar que constituye el hablar. Me pregunto ¿será este anularse silencioso lo que busca consumiendo drogas sin límites? ¿para qué? ¿desde dónde?. Refiere que no desea ningún tipo de tratamiento, que asistió sólo porque su familia le está dando una última oportunidad de cambio. Hace poco tiempo atrás, ya había ingresado a otra comunidad terapéutica de mujeres, tratamiento que abandona al cabo de dos semanas, lo que atribuye a que en aquel lugar eran “*demasiado rígidos y conductuales... no nos trataban como personas*”. Al preguntarle respecto su problemática con el consumo, relata que producto del consumo de drogas ha cambiado su personalidad: “*de ser alegre y solidaria*”, ha pasado a ser “*indolente, egoísta y narcisista*”, palabras que a lo largo de la sesión descubro como provenientes del discurso de los médicos y psicólogos que hasta el momento la habían tratado. Interrogo tales conceptos, y me responde “*porque así es ser una adicta*”.

Le señalo que tal vez algo hay más allá del consumo de drogas, convocándola a ella como sujeto e interrogando su posición de objeto consumido, aquella donde sujeto y objeto-droga se confunden. Comienza entonces a hablar de su sufrimiento, de las pérdidas, duelos y sentimientos de traición previos al inicio del consumo excesivo de sustancias. Tomando distancia de la insistencia y obligatoriedad impuesta por su familia, le propongo que si desea, es posible que conozca el lugar unos días para luego tomar una decisión, ante lo cual accede.

Acordamos sesiones dos veces por semana, iniciando un trabajo en el cual su mirada comienza a aparecer y reconocerse en la mía, así como su historia y necesidad de ser escuchada. Repite constantemente, *“siento miedo de echar de menos a mi familia”*, angustia de separación que actualiza tiempos de su infancia en la cual fue *“el centro de atención, la que daba alegría y que era mimada por todos”*. Sin embargo, refiere que estos últimos 17 años, tiempo en que ha estado consumiendo sustancias en forma excesiva, ha generado mucho dolor a su familia, lo que pese a visualizar, no puede controlar. Tras la muerte del padre, y posterior infidelidad y abandono de su pareja, Carla comienza a beber alcohol diariamente en forma excesiva. En ese momento realiza tratamiento en un centro de rehabilitación en el cual es dada de alta luego de 6 meses. Sin embargo, tras un año sin probar sustancia alguna, inicia el consumo compulsivo de cocaína, y nuevamente se repite el mismo circuito: realiza un tratamiento y al poco tiempo inicia consumo de una nueva sustancia, esta vez pasta base de cocaína, una sustancia más nociva.

Me encuentro aquí, con una reproducción de lo adictivo donde pese a cambiar el objeto de consumo, todos tienen el mismo estatuto, es decir, el de la repetición pulsional; repetición que no hace serie, que no remite a una cadena significativa, sino que por el contrario, da cuenta de un resto de goce imposible de transformar que se suscita por primera vez, según lo sitúa ella, en un momento de su historia marcado por aquellas pérdidas irremediables (padre, pareja), ahí donde se suspende el tiempo en una escena donde le es arrebatado su lugar en el mundo. Desde entonces, Carla queda bajo la égida de un consumo voraz, el cual no puede controlar y que en muchas ocasiones implicaron situaciones limitantes con la muerte (intoxicaciones, accidentes vehiculares), aislamiento extremo respecto su familia y amigos, comportamientos agresivos, abandono laboral y relaciones sociales basadas únicamente con el ámbito de las drogas. Este primer elemento del caso, permite pensar en lo adictivo en relación a una dificultad de elaboración de la pérdida, que desencadena, bajo el imperativo de un dolor irrepresentable, lo que Guyomard denomina *“reproducción de un inmutable”*. Desde aquí, los objetos de consumo adoptaron un estatuto distinto para ella, en tanto antes de su consumo excesivo consumía alcohol en contextos recreativos, sin traspasar un límite. Tales objetos-sustancias, que en rigor no tendrían el estatuto de objeto propiamente tales, pues no corresponderían a objetos parciales, *“se*

encuentran siempre en el mismo lugar, es decir en el orden pasional, adictiva. Son objetos pulsionales.” (Guyomard, 2013, pag. 63).

Más allá del efecto placentero de las drogas, vislumbro que lo adictivo puesto en juego surge en respuesta a un “derrumbe subjetivo” marcado por la muerte del padre, y abandono de su pareja al poco tiempo de sucedido esto. Carla me dice: *“después de la muerte de mi padre, con mis hermanos tuvimos muchas discusiones... después ya no quería ir a compartir los domingos familiares, no quería ver a mi mamá, me refugiaba en el consumo”*. Un odio no dicho, enraizado en lo familiar, se dejaba asomar sin ser representado aún. A cambio, surge su idea de “consumo como refugio”, silencio narcotizante que le proporcionaba el olvido de los problemas, y tal vez, un modo de distanciarse de una excesiva proximidad de lo familiar –de crear una ‘seudo-distancia’³¹ –. El desencadenamiento del consumo surge entonces ante la presencia de un malestar irrepresentable, un estado de melancolización que no exterioriza a los otros, pues encuentra “refugio” sólo en las sustancias. En este momento, pienso que las adicciones de mi paciente surgen en respuesta a esta suerte de melancolización de la pérdida, la cual remitiría a un tiempo primero que remite a lo materno; tiempo convocado además por el quiebre amoroso suscitado por la traición de su pareja, en la cual entra en escena la Otra mujer y el inminente riesgo de desaparición que anuncia: tras ese episodio, Carla no vuelve a tener parejas, y pese a su deseo de tener hijos, nunca lo lleva a cabo.

Sin embargo, en este momento del proceso terapéutico, el discurso de Carla aparece centrado la “droga”, relatando un mundo en el cual comienza a tener cierto estatus frente a otros consumidores y narcotraficantes. Recuerda que donde acudía a comprar, le preguntaban que hacía en esos lugares, pues su apariencia “bonachona” contrastaba con aquel mundo. Surge además, una relación especial con su “dealer”, una mujer de su misma edad con quien dice llegó a establecer “una amistad”. Refiere que tal amistad, más el lugar “especial” en que los otros la situaban, le proporcionaban bienestar y la falsa ilusión de que

³¹ Digo seudo-distancia, en tanto el aislamiento respecto del otro, el consumo “autístico” al cual recurre, no es más que huella de un tiempo arcaico donde lo fusional obstaculiza el paso del vínculo a la relación de objeto.

le importaba a alguien, ilusión que se quebró cuando logró darse cuenta de los efectos de su consumo.

En el transcurso de las sesiones, Carla transita desde una posición en la cual se negaba a la renuncia pulsional – en tanto renuncia al goce proporcionado por las drogas, y los otros con quienes desplegaba vínculos adictivos – a una posición en la que comienza a problematizar los efectos de su consumo, pero lo que es más importante aún, comienza a surgir como sujeto que decide consumir o no la sustancia, movimiento de responsabilización subjetiva, donde el detener el consumo se hace parte parte de su demanda. Un sueño da cuenta de este cambio de posición: sueña que ve droga en sus manos, pero sin querer consumirla, se la echa en el bolsillo: ¿estaríamos aquí en presencia de los primeros indicios de un cambio de registro del objeto, un reposicionamiento de lugares, sujeto-Carla, objeto-droga?. Al poco tiempo, surge un movimiento transferencial: Carla llega a sesión diciendo que ha decidido realizar el tratamiento el tiempo que sea el adecuado, debido a que las sesiones conmigo le han proporcionado *“que la Carla de antes [del consumo de drogas] vuelva a aparecer”*. Inmediatamente agrega *“el cambio que mi mamá ha observado en mí me motiva a seguir adelante”*. Su reflejo en la mirada del otro la impulsan a continuar en tratamiento, abriéndose camino –a través de la transferencia- al registro de lo materno y sus vestigios.

Ecós del vínculo madre-hija: lo adictivo en la transferencia

Carla logra implicarse subjetivamente en el tratamiento, resignándose a la pérdida de goce que le proporcionaban las drogas, pero también a tomar distancia del amparo de su madre. Me dice, *“mi mamá me tenía encerrada en la casa para que yo no saliera a consumir, eso era lo único que me ponía atajo”*, surgiendo una asociación entre su práctica de consumo y la necesidad de estar prisionera en el espacio materno. Recuerda, sin embargo, que no siempre fue así, pues tras terminar su carrera profesional logró salir de la casa de sus padres y tener *“su propio espacio”*; eso sí, con el costo de que su madre tratara de retenerla diciéndole *“si te vas, irás directo al libertinaje”*, palabras que encierran una historia de odios no elaborados y que sólo aparecerán mucho más adelante en el

tratamiento. En ese momento el discurso de Carla es teñido por una añoranza de poder recuperar su “*independencia*” y “*ser como antes*” del consumo.

Surge en varias sesiones el dolor ante la pérdida de su padre, dando cuenta de una melancolización que no hace posible el trabajo de duelo. Surgen asociaciones y recuerdos en torno a este, lo que en primera instancia se podría haber pensando como un padecer histérico, donde el lugar del padre idealizado es central. No obstante, pienso en ese momento que esta hipótesis no sirve de mucho puesto que más allá de síntomas expresados en el cuerpo que comienzan a aparecer cuando detiene el consumo³², surgen movimientos transferenciales que me llevan a interrogar el lugar de la madre en la constitución psíquica de mi paciente y aquello que corre por fuera de la vertiente fálica del goce: goce Otro que remite a un infinito que no cesa de no inscribirse cuyo lugar de residencia es lo materno en tanto vínculo primero no destetado. Pienso que el padre idealizado y las identificaciones históricas con este (como por ejemplo seguir su modelo en el ámbito laboral), sólo harían pantalla a un malestar no sintomatizable: el *riesgo de desaparición*, consumado a través de su borramiento vía el consumo, surge ante la dificultad para elaborar la ausencia-presencia de un Otro, que en primera instancia no remite a aquel Otro que sustentaba su imagen, sino a aquel Otro primordial.

Ahora bien, respecto al padre, surge a través de las sesiones la posibilidad de dar lugar a aquel dolor, dando paso a lo que ella misma denominó “*hacer por primera vez el duelo*”. Desde aquí señala “*ya no justificaré más mi consumo por el sufrimiento que sentí con la muerte de mi padre...*”, llegando a interrogar por sí misma su idea de que aquella situación fue causa de su adicción. El consumo de drogas lo significa como una “mala solución” ante el dolor, pero sobre el cual se abre la posibilidad de hacer algo. Sin embargo, un malestar correspondiente a otro registro, comienza a surgir en las sesiones.

³² Es común en el trayecto de una cura analítica de pacientes con adicciones, que luego de un tiempo de detención del consumo, comienzan a aparecer síntomas que se podrían leer desde la histeria. Sin embargo, en paralelo, surgen modalidades de un goce sin límite que se actualiza en la transferencia, el cual es necesario interrogar remitiéndose a un registro primero esencial en la constitución del sujeto femenino. En otras palabras, la emergencia de síntomas no es suficiente en el trayecto de una cura con estas pacientes. Aquí, los planteamientos de Dominique Guyomard (2013) son fundamentales para situar las posibilidades y obstáculos de la transmisión de lo femenino, y su reedición en la transferencia, relevando el lugar de lo primordial en la constitución narcisista del sujeto.

Desde aquí, se torna posible ubicar ese “antes”, intervención que conduce a las identificaciones con su madre. Refiere que con esta siempre compartieron el “ser fuertes y luchadoras”, lo que es descrito con angustia pues siente que con su adicción le ha causado mucho daño, apartándose del cumplimiento con el Ideal demandado por la madre. Ya con esta identidad de “adicta”, es imposible ubicarse en la imagen ideal que en algún momento encarnó completando a esta “toda madre”.

Surge en su discurso una suerte de idealización y sacralización de la madre. Me dice “*Yo necesito que ella sienta que yo la amo*”, en tanto única forma de recuperar el tiempo perdido durante sus 17 años en consumo de drogas, período en que sentía un profundo odio hacia su madre. Dice: “*Yo no se porqué fui tan juzgadora con ella*”, juicio que interrogo, propiciando en Carla el recuerdo de episodios de violencia durante su infancia; acontecimientos que relata con tono melancólico, pero sin mover a su madre del lugar del santuario. Dice inmediatamente: “*mi madre, sin embargo, estuvo siempre conmigo*”, elementos que hacen pensar en una posición de sujeción y dificultades en el proceso de separación. Dificultades en las que tiene resonancia lo señalado por Guyomard (2013), respecto al sujeto melancólico, donde el único Otro posible es una suerte de “Otro real [lugar en que] se sitúa la identificación a un ‘superyó’ como imagen de una omnipotencia narcisista: yo-ideal que aplasta como una piedra sepulcral al sujeto que desea [ahí] donde la palabra ya no funciona como ley y lugar de relación, sino como palabra que profiere la condena, el veredicto, la verdad. Esta omnipotencia, que encierra al ser en un goce devorador, concierne a una soledad donde origen y fin, todo y nada se confunden” (p. 59).

En sesiones posteriores surge en Carla un sufrimiento ante la preferencia materna por el hermano varón, celos que encubre diciendo que su madre también se acercaba a ella. Sin embargo, este acercamiento sólo se daba bajo la modalidad de una seducción que para mi paciente las hace cómplice –sólo a ella y su madre – de un saber respecto los secretos familiares principalmente referidos al padre y sus infidelidades. Esta posición que es nombrada por mi paciente como “privilegiada” respecto sus hermanos, me hace pensar en una suerte de “proximidad de lo mismo” que constituye el vínculo entre mi paciente y su madre; hallazgo clínico que da cuenta de las dificultades que surgen en la constitución del

objeto de deseo, primando el registro de lo pulsional y fusional en los vínculos que establece. Carla por momentos es su madre, se mimetisa con ella, haciéndose parte del secreto que de ser develado al resto de la familia provocaría la caída del padre.

En las sesiones que siguen, el registro de lo pulsional se reedita en la transferencia emergiendo bajo una “modalidad adictiva del vínculo”, expresada en la solicitud de atenciones con mayor frecuencia e insistencia – siendo yo quien ocupa en esos momentos el lugar de objeto pulsional - , ante lo cual tomé distancia, sirviéndome de una suerte de “encuadre” que re-situaba los horarios de las dos atenciones semanales. Así, busqué dar lugar a la creación de un espacio de ausencia, espacio no-todo madre que subvirtió la ilusión de completud demandada vorazmente por mi paciente. Pese a la violencia pulsional que esto implicó en un comienzo – no dirigida en lo real a mí, pero desplazada en una devaluación y agresividad general en torno al tratamiento – permitió durante las sesiones siguientes una suerte de regulación de goce, dando lugar a la palabra. Esto se expresó en que durante el tiempo siguiente enunciara su dolor ante la imposibilidad de ser madre, pero luego, dando lugar al deseo de encontrar una pareja, y también iniciar un nuevo proyecto de vida (como por ejemplo crear su propia microempresa, para salir de la empresa familiar que es legado del padre y en la cual ha tenido muchas dificultades).

Cuando Carla comenzó su etapa de inserción socio-ocupacional, durante una sesión, el cual habla de la demanda de “fortaleza” que constantemente le hace su madre, me llega diciendo: *“hablamos con mi madre... ella tiene que entender que yo no puedo estar bien siempre”*, mostrando un cambio de posición subjetiva en tanto, ya no buscaba responder al ideal encarnado por esta madre (de “ser fuerte”), logrando separarse de éste, y permitiéndose experimentar un malestar que ahora es posible nombrar. Malestar referido a sus temores en torno a terminar el tratamiento y crear algo nuevo; malestar que, sin embargo, ahora no buscaría erradicar con alguna droga, ni la amenazaría con desaparecer.

Carla, tras 1 año y 3 meses en tratamiento en la Comunidad Terapéutica es dada de alta, esto debido a que logró detener el consumo de drogas, consiguiendo su inserción laboral. Sin embargo, refiere el deseo de continuar en análisis, mencionando que “aún hay

cosas por trabajar”, situando fundamentalmente su “inmadurez”. Acordamos continuar en mi consulta particular.

De la creación de un nuevo espacio...

La separación, del orden de un desgarramiento de la matriz que constituye para Carla la Comunidad Terapéutica – la cual es nombrada por ella como “la casa” – provoca en Carla ciertos temores y nostalgias que remiten a no contar con sus semejantes en forma permanente y con la estructura diaria de terapias grupales en las cuales ella se situaba en el lugar del ideal de paciente que parte del equipo de trabajo promovía. Surge entonces la creación de un espacio nuevo en mi consulta privada, donde el ocuparse de sí misma conlleva el vértigo de tomar contacto con su inseguridad y sentimientos de desvalimiento que en “la casa” eran suplidos por la función imaginaria y sostenedora del “ser adicta”. Ahora un nuevo estatuto adquiere la imagen de sí: “ex adicta” que se moviliza a testimoniar su éxito terapéutico. En este momento mis interrogantes surgen en torno la creación de algo nuevo, algo distinto, pero conservando la huella de su tratamiento “en comunidad”. Pienso en la transferencia que ha hecho posible dar lugar a esta nueva etapa, la cual no es sólo un espacio donde se reproducen imágenes infantiles, sino que también es un lugar de surgimiento de nuevas posibilidades: Transferencia que es “un verdadero Aleph, usando la imagen borgiana, punto infinito donde se organizan todos los espacios, todos los tiempos” (Bleichmar, 2008. p. 185).

Carla retoma su pregunta respecto “la inmadurez”, lo que se perfila en el análisis en relación al *sin límites* con el que se despliega en algunos ámbitos sociales (bromas “negras” sin medir las consecuencias en el Otro) y lo laboral (exceso de trabajo). Asocia aquella ausencia de límites a que, de lado del padre, siempre consiguió todo lo que quería, agregando que de lado de su madre “nunca conseguía nada”. Me dice: “*He estado pensando que tal vez lo pasaba tan bien cuando chica que eso me empujaba a no querer seguir creciendo*”. Interpreto: “del padre todo, de la madre nada”. La madre, que sigue conservando un lugar sacralizado y de dominio superyoico, es para ella fuente de nada, y a la vez de sobrepresencia que por momento la abandona, dejándola caer en un abismo de

soledad. Amor y odio, este último no enunciado, surgen en torno a esta madre que surge en mi mente bajo la figura estatuaria de La Madre que nutre un cuerpo real atiborrando a su hija, sin cruzar una mirada que otorgue sostén y continuidad a su ser. Recuerda a su madre cuando le describió su nacimiento, momento en que ella no pudo contener su dolor debido a que esta le entregaba una imagen de bebé “*horrible, feo y desnutrido*”, ya que debido a su prematuridad sufrió de desnutrición los primeros meses de vida. Pese a esto, el odio aquí no es posible ser enunciado, en tanto sería una posibilidad de separación y de pérdida.

Sin embargo, de pronto en la transferencia surgen algunos restos de aquel odio guardado cautelosamente. Luego de algunas sesiones, Carla se ausenta, justificando que decidió trabajar (un día que no le correspondía) debido a que no había nadie más que pudiera asumir el rol (lo excesivo surge ahora en el trabajo). Su omnipotencia desplegada en su trabajo, donde responder al Otro es un imperativo que la mortifica pero que no puede detener, la lleva a ausentarse a la sesión, trayendo la sesión siguiente un obsequio con el cual buscaba no hablar de lo ocurrido, regalo que me abstengo de recibir. Las interpretaciones que me surgen ubican su relación al trabajo, lo excesivo y mortificante que constituye el responder a “lo familiar” (sus hermanos son sus jefes), agregando que un obsequio (objetos orales, chocolates) no es necesario. Para mí, pienso, no son necesarios en tanto buscan obturar el agujero que afortunadamente se abre en esa ausencia, que por cierto creo que es posibilidad de simbolización. La semana siguiente expresa que quedó con “mucho rabia” luego de esa sesión, pero que de alguna manera descubrió que esa rabia, ese odio hacia mí, surge a raíz de haber sentido que – con mi acto de abstinencia y demarcación de su “exceso” – le puse “un freno”, que precisamente es lo que le resulta difícil de instaurar en los distintos ámbitos de su vida. El surgimiento de un “freno” ante lo ilimitado de su demanda, hace emerger un odio que puede constituir condición de posibilidad para el surgimiento de ciertos movimientos de separación de lo materno, cuya subyugación reeditada en la transferencia (poniéndome a mí como sujeto supuesto saber que guarda el conocimiento y el “saber tratar”, como me dijo en una oportunidad en un movimiento transferencial donde surgía una posición idealizada del analista) constituía una amenaza constante de disolución en el Otro. La transferencia, como espacio-tiempo que para Guyomard (2013) es “lugar de sorpresa y de creación para el sujeto [donde] el odio es

muchas veces su condición de posibilidad”. Según la autora el reencuentro con aquella huella tiene lugar al aceptar y acoger en la transferencia el dolor enmascarado por el odio, siendo esta “la condición para que se produzca, en un trabajo de duelo, una separación con respecto a la identidad infalible establecida bajo la égida del superyó” (op. cit). Identidad que mantiene a mi paciente secuestrada en “la seducción mortífera de una imagen de “ideolo”, obstaculizando todo proceso identificatorio que no sea el impuesto por la ley imperativa del superyó” (op.cit).

El odio, según Guyomard (2013) puede constituirse en callejón sin salida de un tratamiento, sin embargo, también puede ser la oportunidad – que se ilustra a través de lo ocurrido con mi paciente – del despliegue de identificaciones donde el sujeto y el otro pueden odiarse en un imaginario que confluye en un rechazo, en tanto este posibilitaría transformar aquel “resto” simbolizable. Aquel rechazo, que es condición para el paso a un mundo humanizado por la castración como reencuentro con el otro” (p.35), convocó a mi paciente a una posición que da luces de una restitución del deseo. Posibilidad que surge ante la enunciación de su insatisfacción e interrogación respecto su tendencia a dejarse “utilizar” y quedar a merced del Otro. Me dice en relación a su conflicto con sus hermanos: *“ellos están acostumbrados que sea la tonta útil [...] pero eso lo tengo que cambiar”*. Cabe señalar que el “ser utilizada”, cual muñeca que tras haber sido empleada en un juego queda inmóvil esperando que el otro regrese, surge además evocando desilusiones amorosas que remiten a su posición de sujeción respecto la madre.

Desde ese entonces Carla ha comenzado a problematizar la posición que ocupa actualmente en la empresa familiar, en la cual siente que sus hermanos siempre buscan “mantenerla al margen”. En una sesión, mientras se queja de la situación en la empresa, tiene un lapsus. Dice: *“Hoy día me fui de la casa, me harté”*, corrigiendo luego *“me fui a la casa”*. Lapsus que le devuelvo, y da lugar a la pregunta por la ausencia de un límite – de un borde que contenga un propio espacio – entre su vida familiar y su vida laboral – anulando por completo su vida personal. El peligro de una inminente desaparición como sujeto vuelve a retornar (bajo la modalidad de una repetición de lo mismo), pasando a ser, como ella dice: *“una máquina”*. Pienso que el borramiento de sí misma obstruye toda posibilidad

de singularidad e invención, pero que ahora es un riesgo que al ser atravesado en el espacio analítico puede confluír en un destino distinto. El riesgo de melancolización mortificante se deja entrever aún en ciertas huellas donde la nostalgia por su posición “ser autosuficiente” de antes contrastan con la posición actual – según su decir – de “ser como un pollo”, que ocupa para el resto de sus hermanos; sentimiento de insuficiencia que surge principalmente ante su hermana mayor quien devalúa el proyecto de Carla de crear una microempresa y separarse de la empresa familiar. Carla dice: “*Ya no quiero tener más esta vida de máquina*”, dando lugar a ciertos movimientos que dan atisbos de un cambio de posición. Si bien, su “ser trabajadora” convoca un apasionamiento que surge como respuesta ante un imperativo superyoico, corriendo el riesgo de reeditar su tentativa de fundirse en el Otro, las interrogantes que se va planteando luego del movimiento transferencial donde surge un odio primordial, pueden ser de aquí en adelante una oportunidad de convocar y elegir algo nuevo.

Carla dice tener que lidiar dentro de su familia con el peso de ser “ex adicta”, siendo además parte de su fantasma que surge cada momento en que otro – en su trabajo – se puede enterar de su pasado con las drogas. No obstante, tal fantasma paradójicamente otorga cierta consistencia y estabilidad, en tanto en momentos en que se melancoliza, busca como salida el testimoniar – a otras mujeres que están en tratamiento en “La casa” – su historia de superación y abandono de las drogas. Testimonio de “ex adicta” que cumple una función de estabilización mejor que la encontrada en el lugar de “adicta” sostenido – ya hace más de un año atrás – en el imperativo mortífero de consumo sin límites. Testimonio que a partir del recordar e historizar, cumple una suerte de función de inscripción, donde logra enunciar aquel dolor y desconexión con el otro sostenido por tanto tiempo, lo cual se relaciona con el papel de la institución como un cuerpo otorgador de consistencia e identidad. Sin embargo, fue sólo a través de este nuevo espacio construido en la consulta particular, en que ese “ser ex - adicta” significó un trayecto hacia la pregunta por “ser mujer”.

... a nuevo lugar en la transferencia

Durante el último tiempo de este trayecto clínico, el cual aún sigue en curso, comienza a instalarse la pregunta por el otro sexo, la alteridad, y los obstáculos impuestos por aquella tendencia al exceso pulsional que adopta la figura de una suerte de “arrebato pasional”. Carla comienza a traer a sesión los matices de su relación con su prima, a quien denomina su “mejor amiga, casi hermana”, con quien vive desde hace años. Menciona un apoyo “incondicional” de esta en los momentos más difíciles, incondicionalidad que se traduce en una ausencia de límites que significó tolerar los momentos de desborde y agresividad que experimentaba bajos los efectos del alcohol y luego de otras drogas, cuidarla en los momentos de intoxicación, y tolerar robos de muchas de sus pertenencias cuando ya el dinero escaseaba producto de su consumo excesivo. Recuerda estos hechos con tristeza y nostalgia puesta en esa “incondicionalidad”.

Este vínculo, donde también se pone en juego *lo aditivo*, me lleva a recordar el concepto de “co-dependencia” frecuentemente mencionado en el campo de las adicciones. No obstante, más allá de la dependencia que se reproduce en este vínculo, surge una nueva pregunta, la pregunta por la sexualidad. Recuerda “*mi hermana pensaba que éramos pareja con mi prima*”; lo que según me dice no se esforzó en desmentir: “*el que nada hace nada teme*”, me dice. No obstante creo que, más allá de definir si existe o no una homosexualidad manifiesta o latente de mi paciente, lo que se pone en juego es más bien su relación a este mundo esencialmente constituido por mujeres; escucha que abrió paso a recuerdos de infancia, adolescencia y fragmentos de su vida actual, asociados a una imposibilidad de desprendimiento al campo de lo materno y su dificultad para elaborar la castración, que tiene como consecuencia una “proximidad lo mismo” siempre en relación a una otra, una ausencia de elaboración de la alteridad.

Al supervisar este caso con Dominique Guyomard, surge como hipótesis fundamental que “algo de la castración no pudo simbolizarse en torno al objeto”, lo cual explica los movimientos violentos del *todo hacia la nada* en mi paciente. Esta figura femenina, su prima, con la cual actualiza su vínculo a la madre, convocaría aquella

dificultad, desplegando “una organización pulsional que la domina”, ahí donde es “presa de un goce”. Esto, se va constatando a lo largo de las sesiones, en las cuales surgen asociaciones en relación a la madre precisamente en aquellos momentos en que tiene conflictos con su prima. Si bien comienza a traer a sesión el deseo de encontrar un hombre, como dice ella de “*hacer mi vida*”, Carla sigue trayecto a sesión esta “incondicionalidad”, que como dice ella, perdurará hasta que las circunstancias lo permitan: “*si nuestras madres se enferman y necesitan de nuestros cuidados, cada una se iría a vivir con ellas*”, me dice Carla. Surge una imposibilidad de dejar a la madre, lo que Guyomard al escuchar el caso denomina como una suerte de “culpabilidad del deseo inconsciente”. En esta misma línea se puede leer el no haber ejecutado su deseo de ser madre, pues “tener un hijo es como traicionar a la madre”. Según Guyomard aquella traición es la que no está dispuesta a realizar mi paciente, en tanto no se resigna a perderse a sí misma en tanto hija (Guyomard, Septiembre, 2013).

Ante un período largo de tiempo que en me tendría que ausentar, el cual trabajo con Carla con anticipación, se abre la posibilidad de un trabajo de representación que en ese momento implica un desafío. Durante toda la etapa del trayecto analítico en mi consulta privada, Carla envía mensajes de texto por celular para asegurarse de que tendríamos sesión, lo cual me lleva preguntar si en este periodo de ausencia de 1 mes sería posible para mi paciente hacer un trabajo de representación de la ausencia. A partir de las sugerencias de Guyomard en supervisión, decido instalar un espacio de presencia (una suerte de presencia en la ausencia), que contribuyera a simbolizar aquel registro imaginario y real (que implicaba la presencia de los cuerpos, la voz y la mirada), que se desplegaba el encuentro en mi consulta, encuentro que ya se había comenzado en diván, pero que por momentos fluctuaba, a partir de movimientos corporales de mi paciente, en una búsqueda de mi rostro que le reflejara lo que traía a sesión. Aquella mirada, aquella voz que adoptaba diferentes matices, ya no estaría. Pero sí sería posible dar continuidad a un espacio, que se instalaría a través de la escritura a través de correos electrónicos. Considero esto la inscripción de un nuevo lugar en la transferencia, que constituyó la posibilidad de transitar desde un registro pulsional al campo de la alteridad, un paso del *vínculo a la relación*.

2. Algunas consideraciones en torno a la clínica de lo femenino y las adicciones

La transferencia y la función del Otro en la clínica con casos graves de adicción

A partir del caso expuesto, es posible apreciar que la posición del analista en tanto función del Otro es atravesada por la transferencia y sus avatares en el transcurso del análisis. El desborde pulsional de Carla en torno las drogas, implicó interrogarse sobre un más allá del consumo que concierne a lo adictivo, lo fusional y pasional del vínculo al Otro primordial, ahí donde “la incapacidad de ese Otro para dar curso a su propia incompletud y liberar un vacío a ocupar priva parcialmente al sujeto de un ‘lugar vacante’” (Le Poulichet, 1998). El trabajo analítico entonces involucraría “dar lugar a un tiempo del vacío en la cura” (op.cit. p. 68), siendo esta una prueba que tanto analista como analizante deben atravesar juntas, segundo momento que sólo fue posible luego de la creación de un espacio que constituyó un *continente* donde la presencia y ausencia del analista fue condición de posibilidad.

Los terrores y derrumbes vinculados a quiebres y pérdidas no simbolizadas, desencadenaron una desaparición de mi paciente en tanto sujeto, quedando en el lugar de “la cosa”, “*la sustancia muerta*” como ella llama a la droga en tanto objeto pulsional con el cual se con-funde. Si bien ha podido restituir su lugar como sujeto, aquella posición sujeta a un registro pulsional específico, el cual constituye un camino que bordea peligrosos precipicios en los cuales el inminente retorno de lo mismo atenta con hacerse presente, erradicando toda enunciación de palabra y con toda posibilidad de metaforización. Sin embargo, se ha podido instalar un movimiento constante en la transferencia, donde ciertos movimientos de inscripción han permitido una continuidad el trabajo. Desde aquí, como señala Le Poulichet (1998), ha sido posible hacer surgir “preguntas abiertas y nuevas conexiones y recomponer un espacio-tiempo en el cual el sujeto entre ‘en la primera persona del singular’ en su propia historia” (op. cit. p. 68). Tarea que ha tenido lugar al constituirse un primer espacio de restitución de un espejo, restitución de un imaginario, que significó la recomposición de una cierta consistencia narcisista. Esto se pudo apreciar en el

primer momento del trayecto analítico el cual implicó una posibilidad de reencontrar al sujeto, la mujer, que habitaba dormida en aquella categoría de “adicta”.

El primer momento, dio cuenta de la necesidad de un primer espacio potencial, lugar en el que fue posible otorgar una consistencia primaria al trabajo. Como señala Winnicott (1971) “la psicoterapia se realiza en la superposición de las dos zonas de juego, la del paciente y la del terapeuta. Si este último no sabe jugar, no está capacitado para la tarea. Si el que no sabe jugar es el paciente, hay que hacer algo para que pueda lograrlo, después de lo cual comienza la psicoterapia. El motivo de que el juego sea tan esencial consiste en que en él el paciente se muestra creador” (p. 80). Esto tuvo una relevancia importante en el proceso, pues sólo a través de esta posibilidad es donde puede emerger una posición de sujeto, donde su deseo, sus interrogantes y sus miedos pueden comenzar a aparecer, dejando atrás a aquella posición de subyugación a un Otro absoluto, muchas veces encarnado no sólo por el psicólogo tratante, sino por un equipo y una institución.

En este primer espacio potencial, resulta esencialmente importante la mirada mutua, la voz y las actitudes corporales, pero sin olvidar que “toda sobreestimación efectuada sobre la ‘persona’ idealiza las identificaciones y hace al otro prisionero de una supuesta relación interpersonal. Sin embargo, el espacio a construir, si bien implica evitar la “familiarización defensiva” y la “personalización ideal”, se debe cuidar de no caer en el alejamiento del paciente en una otredad que lo puede hacer desaparecer. De esta manera, a través de la noción winnicottiana de juego, lo que hace posible la instauración de un espacio de análisis en estos casos graves, es el poner a trabajar una “experiencia del tacto”, donde una dimensión particular del “sentir” pone en relieve “la significación [...] al mismo tiempo sensorial y musical” (Fedida, 1995, en Pommier, 2011, p. 69) favoreciendo una resonancia lenguajera.

En este primer momento, y en particular de todo el trayecto de la cura, resulta crucial el papel fundamental que cumple la mirada: mirada del otro que permite “no sólo que una palabra advenga sino, sobre todo en un primer tiempo [...] una mirada significativa, aquella que no desposee al otro de su sufrimiento, de sus propias palabras para su

sufrimiento” (Benhaïm, 1994, en Pommier, 2011). Esto lleva a recordar los señalamientos de Winnicott (1971) respecto el rostro de la madre en tanto espejo fundamental en el desarrollo psíquico: “Esta visión del bebé y el niño que ven a la persona en el rostro de la madre, y después en un espejo, ofrece una manera de ver el análisis y la tarea psicoterapéutica [...] Me gusta pensar en mi trabajo de ese modo, y creo que si lo hago lo bastante bien el paciente encontrará su persona y podrá existir y sentirse real. Sentirse real es más que existir; es encontrar una forma de existir como uno mismo, y de tener una persona dentro de la cual poder retirarse para el relajamiento” (p.154).

Solo en base a aquel primer momento que instauró un “espacio potencial”, fue posible – en el segundo y tercer momento – el surgimiento de movimientos transferenciales y el paso a la asociación e interpretación. Estos momentos convocaron a lo materno y la *memoria inconsciente* en la cual se encontraba *raptada* mi paciente, memoria que traía a las sesiones sentimientos de abandono, melancolía y una serie de afectos teñidos por la égida de un superyó mortífero. La posibilidad de que haya tenido lugar en la transferencia el odio, dio paso a un trabajo de simbolización, donde la separación e inscripción de la ausencia remitieron a unos primeros atisbos del registro del deseo. Como señala Guyomard (2013): “El odio del superyó contra el objeto que es el yo, figura posible del semejante como otro, debe encontrar en la transferencia no solamente su reedición, sino también encontrar en el analista su propio odio, para que la desesperación y (o) la cólera que provoca pueda conducir a la negociación y la inscripción de la castración humanizante” (p. 38). El surgimiento de aquel sentimiento de lado mío, derivó en dar espacio a una ausencia y delimitación que posteriormente posibilitó un trabajo de construcción, ahí donde “las construcciones en análisis, que subrayan elocuentemente la función creativa y organizadora del otro (del analista) respecto a vivencias cuyos indicios se encuentran fragmentariamente en el curso de la cura, son menos señalamientos respecto a una realidad sometida a la represión que puntos de apoyo para que la existencia del sujeto mismo, su sobrevivencia, su continuidad, puedan tener un espacio de reconocimiento ‘por primera vez’. Lo que está en cuestión aquí es la posibilidad de un espacio de interpretación y de construcción, más que de contenidos interpretativos o constructivos [...] una cierta ética del sujeto (del otro) con respecto a sí mismo debe tener lugar también” (Aceituno, 2010, p.81).

El odio dio cuenta de que lo que no se cesaba de no repetirse es lo pulsional de un momento donde la presencia aplastante del Otro primordial, no daba espacio al surgimiento de intentos de separación. Es así como en la transferencia, donde mi presencia real – y los cambios en la tonalidad de la voz y los movimientos que apuntaban a la creación de un espacio a través de la mirada y luego en el diván en un segundo momento interpretativo – apuntaba a cierto trabajo de reconocimiento de sí misma donde el encuentro con aquella hostilidad arcaica permitió dar ciertos pasos a otro registro donde es posible ir al encuentro del otro a través de la palabra. Si bien en este caso, aún está en juego el exceso pulsional (por ejemplo en el ámbito laboral, en su vínculo con figuras femeninas familiares), un trabajo de construcción y anclaje simbólico de una historia ha sido posible, evocando esperanzas respecto una creación sinthomática que de consistencia a su ser, como lo es por ejemplo el lugar de lo testimonial (en tanto “ex - adicta”) como lugar de metaforización y, también, sostén imaginario.

Pensar la transferencia en este contexto implica “escuchar, no comprender: el analista no tiene una posición donde su escucha implicaría la captación comprensiva del despliegue fantasmático del sujeto. La transferencia es el lugar y el tiempo donde el acontecimiento psíquico se produce. Es en la prueba de la transferencia que este saber propio a la experiencia analítica será una de las condiciones para la invención, el surgimiento del sujeto en un tratamiento. Se trata entonces de una ética de la transferencia: en efecto, lo que en un tratamiento constituye al analista para un sujeto no es la omnipotencia de una interpretación. Es desde el lugar del Otro, otra escena también, donde una palabra producirá, tanto para el que la escucha como para quien la pronuncia, un saber inconsciente, y que nunca deja de producir efectos. El psicoanalista nunca sabe a priori. Lo que en una cura lo determina en su castración, en lo que esta tiene de simbolígena, con respecto al conocimiento inconsciente, conocimiento del sujeto dividido, es el a posteriori al cual se encuentra sometido. ¿Por qué a destiempo? Porque es también el tiempo de la transferencia: el sujeto sufriente golpea nuestro imaginario, nuestros sueños, nuestros propios significantes, sorprendiéndonos. Y nuestra responsabilidad es, ciertamente, el

compromiso y el anudamiento transferencial como poder de la cura y condición del trabajo psíquico” (Guyomard, 2013, p. 32).

El narcisismo originario y ‘lo adictivo’ en mujeres

El caso de Carla ilustra aquellas adicciones graves donde el mero reconocimiento de la “función de la droga” no es suficiente para que un espacio de análisis sea posible, ahí donde dar curso a una escucha, otorga la posibilidad de restituir un lugar de sujeto. El registro pulsional puesto en juego en forma permanente durante el curso del tratamiento, el cual muchas veces se hace escuchar como ecos de una voracidad avasalladora que busca la realización de lo fusional, remite a momentos arcaicos de la constitución subjetiva donde la continuidad y consistencia del sujeto han sido vulneradas, quedando la marca de una tendencia constante al borramiento de la subjetividad.

Lo anterior conduce a una clínica donde es ineludible abordar un registro de ciertas manifestaciones que, muchas veces atascadas en una primacía de lo corporal, no han sido traducidas en palabras, lo que lleva a situarse “en el registro maternal arcaico, en el que la fusión y el odio alternan a menudo sin matiz” (Pommier, 2011, p. 81). Esto implica el reconocimiento ferenciano de un “aspecto maternal de la relación regresiva y en donde predominan la experiencia vivida, la interacción, lo infra-verbal y el ‘sentir-con’ (Einfühlung) por sobre el aspecto paterno” (Bokanowski, 1997, citado en Pommier, 2011, p. 82).

Aquel registro maternal arcaico, conduce a pensar en el narcisismo originario como tiempo fundamental en que se gesta lo adictivo en tanto dimensión de un exceso de goce. Para Lambote (2010) el contexto de lo originario precede la distinción de un adentro/afuera y a la emergencia de la representación. Los fenómenos clínicos en los que está en juego el narcisismo conciernen a lo originario en tanto implican un desfallecimiento de la imagen especular. La imagen especular, que es la imagen virtual en el espejo (i’(a)), se conformaría en base a la “imagen que se lleva en sí mismo” en tanto “imagen real”, compuesta de real y de imaginario antes que se refleje en el espejo. La importancia fundamental de la “imagen

que se lleva en sí mismo” es hacer posible las investiduras de objeto, desde lo cual se determina la relación a la realidad, puesta en relación que concierne al cuerpo. Por tanto, para la autora, la figura de la castración aparecería “mal situada en una inscripción que no deja de desplazarse en lo real...”(p.46), lo que da cuenta de una cierta proximidad del sujeto con la Cosa.

Aulagnier (1975) define *lo originario* como “testigo de la perennidad de una actividad de representación que utiliza un pictograma que ignora la ‘imagen de palabra’ y posee como material exclusivo ‘la imagen de cosa corporal’[...] ‘fondo representativo’ que persiste paralelamente a otros dos tipos de producción psíquica: la que caracteriza al proceso primario y la que caracteriza al proceso secundario” (p. 16). Los trabajos de la autora, en torno a la clínica de las psicosis, conducen a la imagen especular no constituida en el sujeto, articulándose esto con el lugar del Otro primordial. Al respecto señala por ejemplo, la imposibilidad de una madre de haber vivido al hijo que estaba por venir, y una vez presente, de vivirlo como un ‘cuerpo fantasmáticamente imaginado’, quedando este a merced de la omnipotencia materna que concibe al hijo como una prolongación de su cuerpo (Aulagnier, 1975). Hechos clínicos que, cercanos a la clínica de las adicciones graves, dan cuenta de que las identificaciones originales se tejen en base a la “capacidad de soñar de la madre” (Pomier, 2011, p.83). En el niño que no tendrá un devenir psicótico, la imago del cuerpo fragmentado cede su lugar al nacimiento de la imago del propio cuerpo, proceso en el cual el niño se reconoce a partir de la mirada del Otro. Desde ahí que la historia del sujeto y sus vicisitudes, “no se inicia con él sino que lo precede, y esta anterioridad es determinante de lo que tendrá su devenir” (Aulagnier, 1975, p. 128).

El primer Otro, que es convocado en la escena analítica en la transferencia, surge bajo la rúbrica de un otro sí-mismo. La confianza en la alteridad fundante del sujeto en sus orígenes resguardará cierta “continuidad ontológica”, impidiendo que el sujeto se extravíe “en los laberintos de su propio enclaustramiento”. Desde aquí, “la subjetividad reclama una alteridad desde la cual puede constituirse, incluso a pesar de los efectos de alienación que implica, en la diferencia que esta subjetividad reclama ‘para-sí’ [...] Esta relación al Otro – o desde el Otro – ha de ser pensada no sólo lógica o míticamente; ella involucra una

presencia, un espacio donde este sujeto-otro, mediante su propia capacidad de juzgar – y de juzgarse-, permita en quien recibe originariamente sus marcas, sus ‘inscripciones’, sus identificaciones (primarias) la institución de una *potencialidad* de representación, de pensamiento, de juicio y de memoria (Aceituno, 2010, p. 75). Pensar lo originario, entonces, involucra ubicar la relevancia de aquel momento fundante donde ha de trazarse la inscripción de un “aparato” de representatividad.

De esta manera, desplegar una clínica del narcisismo que remite a lo originario, pone de relieve los planteamientos de Guyomard en torno a aquel momento de narcisización necesaria y efímera que denomina “efecto-madre”. En base a aquel primer momento constitutivo de un sujeto, y el paso al destete en tanto límite impuesto a “la modalidad adictiva del vínculo” (p.42), es posible dar lugar a una continuidad del sujeto, es decir, su “humanización”. La clínica del narcisismo, sitúa entonces el papel de “la simbolización en función de la necesaria continuidad del sujeto en cuanto tal, es decir, de la sobrevivencia de un sujeto simbolizando no sólo los ‘objetos’ (lo que él ‘sabe’ que ha perdido) sino simbolizándose a sí mismo” (Aceituno, 2010, p.73-74).

Como fue posible leer a través del caso, aquella simbolización de sí misma en Carla, en tanto sujeto y en tanto mujer, es lo que habría estado obstaculizado; siendo esto una dimensión clínica común en muchos casos de adicciones graves. Simbolización no realizada en tanto transmisión de lo femenino no efectuada en su vertiente humanizante, ahí donde la vida psíquica queda sometida a una influencia superyoica mortífera del Otro primordial. En Carla, el *riesgo de desaparición*, que alcanzó su realización en aquella pérdida de sí misma al momento de perder a otros que entregaban consistencia a su imagen (figuras masculinas por ejemplo, padre, y su ex pareja), se cristalizó en su forma de relacionarse al mundo y así misma, donde del *todo* (padre idealizado, estabilidad laboral, vida amorosa, autonomía) giró hacia una *nada* radical de pura pérdida (no inscrita), excesos, aislamiento y “proximidad de lo mismo”.

DISCUSIONES Y CONCLUSIONES

Concepción de las adicciones y clínica de lo femenino

Como fue posible dilucidar a través del recorrido realizado en el primer capítulo, la concepción de las adicciones en el psicoanálisis no ha estado exenta de controversias. Freud, pese a no desarrollar una tesis única y profunda respecto las toxicomanías, sí hizo referencias importantes y diversas, todas ellas aplicables en la clínica. Sin embargo, muchos de los autores lacanianos (Laurent, 1988; Miller, 1993; Naparstek, 2008; Lopez, 2007; Lopez, 2011), han centrado sus posturas en base al señalamiento freudiano de las toxicomanías en tanto sustitución de la masturbación, el autoerotismo, siendo esta la adicción primordial. Lo anterior, vincula el problema al “puro autoerotismo” en tanto la droga tendría la función de romper con significación del falo, siguiendo con la breve mención de Lacan hecha en relación al caso de Juanito: “la única definición que hay de la droga, y este es el motivo de su éxito, es que la droga es aquello que permite romper el matrimonio del cuerpo con el pequeño-pipí, el matrimonio del sujeto con el falo” (Lacan, 1975a). Esto explicaría que las adicciones no se sitúen en campo del síntoma, entendido como formación de compromiso; de ahí el surgimiento de la concepción de adicciones como “formaciones de ruptura”.

Sin embargo, la mayoría de los autores centran sus hipótesis en el efecto real que la droga generaría en el sujeto, en tanto esta tendría el poder de taponear la falta en ser obstaculizando la circulación del deseo; *posturas que caen la contradicción de reivindicar la singularidad del sujeto* (a través de la noción de transversalidad estructural) *a la vez que homogenizan las adicciones como efecto de una sustancia*, en tanto sólo se necesita del sentimiento de falta en ser para desencadenar una toxicomanía. Sin embargo, ¿cómo es que sujetos que experimentan con drogas, no llegan a desarrollar una pérdida de límites respecto a estas? El ejemplo más clásico: no todo sujeto que bebe alcohol, aunque sufra por algún motivo ligado a la falta en ser, se vuelve “alcohólico”; así como también, no todo adolescente que consume marihuana, pese a la complejidad de su etapa vital, va a desarrollar una adicción, ni mucho menos es condición necesaria para el desarrollo de otro tipo de consumos.

El consumo de drogas, en tanto el “método más tosco, pero también más eficaz” (Freud, 1939), es un método altamente efectivo para aliviar el malestar subjetivo. Pero como fue posible apreciar, tal eficacia no radica en el “taponamiento del deseo”, ni tampoco en una búsqueda hedonista de felicidad y placer. Por supuesto, la inscripción de la castración es fundamental en la constitución subjetiva y es cierto que algunas sustancias más que otras pueden generar, por sus características químicas, una alteración en la relación a la falta y a la realidad. Sin embargo, el campo de las adicciones da cuenta de fenómenos clínicos en los cuales se pone en juego una *dimensión del exceso pulsional*. Por tanto, la eficacia de una sustancia para aliviar el malestar subjetivo y el peligro que conlleva, ha de ubicarse en el sujeto y no en la droga.

Algunos autores lacanianos hablan de ubicar la *función de la droga* según cada paciente (Sinatra, 2010), lo cual entrega algunas pistas; no obstante, en lo que a la conceptualización de las adicciones respecta, tal perspectiva depende de una clínica centrada en el diagnóstico y sus determinaciones, y no en la historia del sujeto. Pensar únicamente por la vía del diagnóstico de la estructura de base, aunque es relevante en términos psicopatológicos, actúa inevitablemente como prejuicio en la escucha de un paciente. Como señala Bleichmar (2008), la perspectiva esencialmente estructuralista posee un “carácter de ahistoricismo radical, como en el de subordinación a la lingüística y transformación de todo fenómeno en un sistema significativo”.

Autores como Ferenczi (1911) y Winnicott (1971), permitirían avanzar en una línea de pensamiento que ubique el fenómeno adictivo en el sujeto, su constitución y su historia. Particularmente, los aportes de este último en la concepción de las adicciones como problemáticas en el campo de los fenómenos transicionales, permite conceptualizar lo aditivo en un sujeto, como intento paradójico de dar consistencia a su existencia (Humberg y Mandelbaun, 2011). Por lo tanto, desde aquí, no sólo las drogas, sino que también la comida, el tabaco, el juego o la relación con los otros pueden encubrir temporalmente “la falla en la constitución de sí”; “falla” en tanto dificultad en la constitución del objeto transicional. Problemática del objeto que convocaría también lo señalado por Lacan en

torno al *objeto a*, y el fantasma (espacio de ilusión en Winnicott) en su función de velo al vacío irrepresentable, función sostenida por la consistencia corporal de la imagen (i (a)). De esta manera, se podría pensar que las adicciones implicarían a lo real del cuerpo en tanto “imposibilidad o insuficiencia en lo que a la función de fantasma se refiere”, a la vez que actúan como “seudo-fantasma” que se despliega como “cancelación” frente al imperativo de una exigencia pulsional dolorosa (Mazzuca, 2008).

Como lo ilustra el caso clínico trabajado, la incidencia de una concepción de las adicciones centrada en la droga y no en el sujeto, incide nocivamente en los pacientes, particularmente en las pacientes mujeres, en tanto incrementan su riesgo continuo de disolución en el Otro; Otro en tanto lugar de discursos morales y de afán categorizador que aplastan la singularidad de una mujer y su malestar. El sufrimiento radical que describen algunas pacientes ante situaciones de pérdida o renuncia pulsional (por ejemplo cuando deciden dejar la droga) es tan cercana a episodios de angustia y fragmentación del ser como los expresados por pacientes que han vivido la efracción del trauma, o padecen algún tipo de psicosis. Tal sufrimiento, como ocurrió con el caso expuesto, lleva a recordar lo señalado por Winnicott (1963) respecto a aquellos sufrimientos que adoptan cierta forma de “derrumbe” subjetivo: “necesitamos emplear la palabra derrumbe para describir ese estado de cosas impensables que está por debajo de la organización de defensas [...] el miedo clínico al derrumbe es un miedo clínico a un derrumbe ya experimentado. Es el miedo a la agonía original... (p. 115)”.

Pensar en lo originario en el campo de las adicciones, en tanto dimensión del narcisismo referido a la constitución del sujeto, posibilita una aproximación profunda al abordaje clínico de los fenómenos clínicos más frecuentes según mi experiencia clínica con mujeres: melancolizaciones graves, pasos al acto y acting out, aislamiento, etc. En este contexto, muchas veces el uso de sustancias parece atestiguar el papel de mediador o amortiguador entre el registro de lo pulsional (el goce, lo real, “la cosa”) y el registro simbólico; ahí donde la débil consistencia de la imagen especular expresada un sentimiento de sí profundamente dañado, sería el telón de fondo. Este tipo de casos, que dan cuenta de una “clínica de lo extremo” (Pommier, 2011), daría cuenta de cómo el consumo de

sustancias muchas veces opera como “formaciones narcisistas” (Le Poulichet, 1996) que otorgan cierta consistencia al sujeto, constituyendo una suerte de “invención” o “montaje que atempera el exceso pulsional desubjetivante. Tal montaje, como lo demuestra el caso trabajado, actuaría precisamente en aquella zona donde una sujeto presenta dificultades en el proceso de simbolización de sí misma.

Desde aquí, se puede entender que el *riesgo de desaparición* de un sujeto femenino, en tanto sujeto deseante, no tiene relación con la droga en sí misma, sino que se enlaza a lo adictivo como fenómeno que concierne a las marcas dejadas por el trayecto pulsional. Como se apreció en Carla, el consumo implicó en algún momento cierta consistencia y limitación a lo pulsional. Limite o borde respecto un Otro que evoca formas de intrusividad, rechazo y violencia; constituyendo una suerte de *seudo-distancia* respecto de este. Pero al mismo tiempo, lo adictivo en la paciente implicó el desencadenamiento de un goce sin límites que, en tanto remite a las dificultades en la constitución del objeto, arrasaba con la distinción sujeto-objeto. El desencadenamiento del sin límites (al momento de una sobredosis), en tanto fracaso de aquel “montaje narcisista”, convocó un goce mortífero que la llevo a un “salirse de la escena”, a un paso al acto que atentó con la frágil consistencia corporal de su imagen.

Ahora bien, en el campo de las adicciones en mujeres la referencia al narcisismo involucra pensar en la función del Otro primordial, especialmente si consideramos, como señalaba Freud (1931) que es imposible aproximarse a lo femenino sin considerar la ligazón-madre. Guyomard (2013), entrega claves fundamentales para pensar la pregunta por aquel tiempo pre-edípico y su relación con las manifestaciones del exceso: la pérdida de goce tiene como condición de posibilidad la operación del *efecto-madre* en tanto *efímero*. Desde aquí, lo adictivo es conceptualizado por Guyomard (2013) como “repetición del placer no destetado del vínculo”, como “destino de la satisfacción sobre el modo de aquello que fue la experiencia alucinatoria”, destino que se vuelve goce. *Destete* que al no efectuarse arroja a una sujeto en un goce sin límites que puede generar obstáculos para que una “inscripción de una transmisión pueda tener lugar y para que las representaciones que

produce se organicen fantasmáticamente en la pequeña hija del lado de lo interior, de lo interno y de los destinos metafóricamente expresados de su feminidad (p. 87).

En otras palabras, la puesta en escena de lo adictivo concierne a los restos que marcan un trayecto pulsional femenino. Esto se relacionaría con una posición de resistencia a la renuncia de aquel registro de “goce no destetado”, a “no perder lo que es el precio de lo materno”, lo que en el caso de Carla implicó una persistente *proximidad de lo mismo de su madre*, que la deja sujeta a una tendencia a lo fusional y, lo “mimetizante” en las relaciones con otros, especialmente figuras femeninas.

Lo femenino y la clave del narcisismo

La pregunta por lo femenino, situada por el psicoanálisis en el lugar del enigma, del “continente oscuro” en el decir de Freud, constituye un campo extenso respecto al cual queda mucho por explorar. En esta investigación se optó por ubicar el goce Otro, el narcisismo y el devenir mujer, en tanto ejes que se superponen para lograr una aproximación a las manifestaciones clínicas del exceso, en este caso, al fenómeno de lo adictivo. Las referencias de Lacan en el Seminario “Aún”, permiten relevar la singularidad de lo femenino en cuanto a su goce Otro, siendo posible parafrasear a Lacan en sus dichos sobre La Mujer: La a-dicta no existe, sólo existe lo adictivo para “una” mujer.

Sin embargo, a través del recorrido teórico-clínico realizado, se cree que pensar lo femenino y lo adictivo sólo desde la óptica de la posición sexuada, corre el riesgo de abordar el problema en un nivel descriptivo del padecer, banalizando las implicancias clínicas reales del sufrimiento psíquico de las pacientes. La escucha de Carla, permitió situar la importancia de pensar aquel goce Otro que se pone en juego en el trayecto pulsional de una mujer y, por tanto, en relación al narcisismo en clave femenina. Como fue posible apreciar, los riesgos de desaparecer en la melancolización de una pérdida, remitirían a un momento primero, lugar en que se enraíza aquel registro del exceso pulsional que, al no ser destetado, desencadena lo adictivo en sus múltiples formas.

Las dificultades en la constitución subjetiva vinculadas al fenómeno de lo adictivo, conciernen a una mujer en su devenir mujer, y por tanto, a las posibilidades que surgen o no para lograr amarse y amar siendo “Otra para sí misma”, como señalaba Lacan. En el seminario Aún, Lacan (1972b) menciona la relevancia de la huella del imaginario (I), *en tanto solo con la vestimenta de la imagen de sí se envuelve el objeto causa del deseo, sosteniéndose de esta manera la relación objetal*, punto central en la comprensión del narcisismo en clave femenina. Sin embargo, ¿Cuáles son los avatares de la constitución de aquella *imagen de sí* en una mujer? ¿cómo es que una mujer se constituye otra para sí misma sin sucumbir ante la absolutización del Otro aboliendo toda posibilidad de “relación objetal”? En las fórmulas de la sexuación la mujer encarna al Otro absoluto, pero un Otro que no tiene conocimiento respecto sí misma, que nada sabe, que solo siente su goce que le es propio, corriendo el riesgo de desaparecer en tanto sujeto. De esta manera, la respuesta a tales preguntas, solo se responden desde una lógica donde es fundamental para una mujer – en su dualidad femenina y fálica – acceder al lado de lo masculino, en tanto campo de lo inherentemente simbólico.

Al respecto, resultan relevantes considerar algunos planteamientos de Soler (2010): “Sin duda la formulación de Lacan pone el acento a la vez sobre el deseo y sobre la demanda que se hace al hombre, pero *mantiene una definición del ser femenino que pasa por la mediación obligada del otro sexo*. De ahí la serie de sucesivas fórmulas para situar el lugar de “la mujer”. La autora señala que la mayoría de las definiciones psicoanalíticas que se hacen de la mujer hacen de ella el *partenaire* del sujeto masculino, ya sea siendo el falo, o siendo el representante de lo que le falta al hombre; ser el objeto que le causa su deseo, y ser el síntoma en que se fija su goce. Todas definen a la mujer como relativa al hombre y no dicen nada de su posible ser en sí, sino solamente su *ser para el Otro*. Al respecto, continúa la autora: “en ese sentido la relación llamada sexual pone el órgano erigido del deseo masculino en posición dominante, y *la mujer se puede inscribir, de una vez, en esa relación sólo en el lugar del correlato a ese deseo*. Nada extraño desde el momento en que todo lo que se dice de la mujer se enuncia desde el punto de vista del Otro y concierne más a su semblante que a su ser propio, que queda como elemento ‘forcluido’ del discurso” (Soler, 2010, p. 43). Sin embargo, ante esta realidad en el campo

psicoanalítico, algunas psicoanalistas han logrado ir más allá (Montrelay, 1970, Guyomard, 2013).

Lo femenino “forcluido del discurso” –en el decir de Soler (2010) – ha sido trabajado por Montrelay (1970) respecto a la sexualidad femenina. Para la autora el erotismo femenino estaría más censurado y menos reprimido que el del hombre, lo cual se relacionaría con los obstáculos impuestos al desarrollo libidinal femenino. Para Montrelay (1970) las unidades arcaicas a partir de las cuales la escuela británica (Jones) ha mostrado “la fuerza exuberante” de lo femenino, circunscriben un lugar, un “continente”, el cual puede decirse que es “oscuro” en tanto queda “excluido” del circuito de la economía simbólica. Es esto lo que lleva a la autora a situar “*la sombra de lo femenino*” como componente esencial del inconsciente. Aquí, una “omisión”, un “no-decir” capturarían al sujeto femenino en una ausencia de representación de lo que le es propio; todo lo cual se imbrica con causas socioculturales en tanto la sexualidad femenina estaría menos vigilada y sin la incidencia de la amenaza de castración. Se cree que esto es de gran relevancia en la clínica, en tanto la censura al no ser representada, presentaría desafíos en el espacio analítico: la censura no se podría interpretar. La represión, por el contrario, al presuponer la simbolización, permite el despliegue de la interpretación en el análisis, constituyendo un proceso económico de estructuración.

Los planteamientos de Lacan otorgan un estatuto distinto a lo femenino, relevando un registro “otro” que concierne a la lógica del no-todo fálica y su vertiente de goce. No obstante, el recorrido teórico realizado permite constatar que concebir lo femenino sólo desde la óptica de la lógica, remite siempre a una preponderación fálica en la constitución psíquica de la mujer en tanto única condición de posibilidad para el acceso a lo simbólico y a la dimensión de la alteridad del otro sexo. La lógica de la sexuación, permite pensar en cómo la imposibilidad de un significante universal que designe a “La” Mujer, designa un valor a la singularidad a lo femenino, lo que es importante tener siempre presente. Sin embargo, se cree que las *implicancias clínicas* de estos aportes de Lacan al abordaje del malestar femenino radican fundamentalmente en dar cuenta de que *ser “una” mujer, implica ser “una” entre “otras” en el peligro de dejar de serlo*; lo que concierne al *riesgo*

de desaparición con que se enfrenta una mujer en su devenir (Guyomard, 2013); desaparición que concierne a lo *no dicho*, a la *censura* (Montrelay, 1970) y a lo femenino *forcluido del discurso* (Soler, 2010).

Como el tercer capítulo lo demuestra, las particularidades de tal riesgo no serían abordables desde el registro del significante, siendo importante ubicar los momentos fundantes de lo femenino, que en el decir de Freud (1931-1932) remitirían a la ligazón-madre y al acrecimiento del *narcisismo originario* que menciona respecto su concepción sobre el tipo “más puro y genuino de la mujer”, aquella mujer que no parece interesarse por “el amor pleno de objeto” (Freud, 1914). Como se evidencia en la primera parte del capítulo II, aquella clave sobre “la mujer narcisista”, que recuerda la problemática trazada en el caso clínico respecto a una prevalencia del registro de lo pulsional por sobre el registro del objeto perdido, permitiría ubicar la relevancia clínica de la dimensión del exceso en aquellas posiciones femeninas cuyo erotismo se resiste a la medida fálica de ser o tener el falo. Desde esta lectura, en Carla, la lógica del complemento a lo masculino no opera, primando aquel “goce suplementario” sin límites, goce Otro, que concierne un “todo o nada”.

Esta posición femenina en tanto posición de goce tendría según Barros (2011) relación con el objeto a, en tanto la mujer narcisista de Freud, encarnaría una posición de objeto causa de deseo y no de cumplimiento con la demanda masculina. Sin embargo, aquella referencia que sitúa a la mujer en posición de objeto, no adquiere resonancia clínica si no se piensa en el *trayecto pulsional femenino*, ahí donde una posición de goce es destino de un “narcisismo originario” como bien situó Freud (1914). Pensar en lo originario en el caso de Carla y en muchos otros casos, remitiría a una clínica que concierne al espacio-tiempo pre-edípico de la ligazón-madre, espacio que convoca al cuerpo de la madre y su hija, a un *narcisismo del vínculo que ha de ser efímero (efecto-madre) para luego dar lugar a la castración simbólica*; cuya condición de posibilidad se sitúa en el estatuto del placer vinculado a lo materno, en tanto referido a una erotización situada de entrada en un dominio sexual, placer de la seducción materna específico de un registro “otro” subyacente a la organización fálica de la sexualidad” (Guyomard, 2013, p. 94).

Aquel narcisismo del vínculo, *no destetado* en mi paciente, permitió abrir la pregunta respecto a cómo un sujeto femenino se arroja a las vicisitudes que un Otro le impone, sometiéndose constantemente al mortificante imperativo de cumplir con un ideal cuya marca es el superyó materno: La Madre, escrita con mayúsculas. Esto se expresaba en mi paciente en una fuerte exigencia pulsional que la empujaba a alcanzar una posición que buscaba completar al Otro: hija ideal, paciente ideal, ex - adicta ideal, trabajadora ideal; lo cual se relaciona además con el paso radical desde *el todo a una nada* que la deja en posición de desecho, expulsada por el Otro³³. Se cree que este hallazgo clínico, puede conducir a futuras investigaciones que abarquen con mayor profundidad las nociones de superyó materno y femenino, y sus destinos en el padecer femenino.

Formas de lo pasional-pulsional en las adicciones femeninas

Como Guyomard (2013) plantea, lo pasional-pulsional femenino convocaría a una suerte de “regresión a un momento fusional”, a una falsa dualidad, en tanto la alteridad es abolida como límite impuesto a la pulsión. El peligro de ese movimiento pulsional es la desaparición del sujeto en un estado de satisfacción pulsional, en un “goce” que no deja lugar a representaciones. Esto, en el campo del narcisismo del vínculo, implicaría “no ser más que uno en la posesión recíprocamente devoradora, ahí donde la alteridad de cada uno se deshace”. Como se revisó en el apartado final del segundo capítulo, algunas de las formas que puede adoptar la dimensión del exceso pulsional y lo adictivo en una mujer, surgirían desde el riesgo femenino de *melancolización de la economía narcisista*, en tanto trayecto femenino inexorable en el devenir mujer.

A partir de lo anterior, considerando el caso expuesto y la experiencia clínica con muchas mujeres con problemáticas de adicciones, es posible esbozar tres destinos pulsionales asociados a las principales manifestaciones clínicas observadas en los procesos de tratamiento. Destinos que no se excluyen entre sí, pudiendo coexistir en un mismo caso,

³³ Con esto pienso también en cómo muchas veces, en contextos de comunidad terapéutica, se discute en “expulsar” a una paciente por no cumplir con los mandatos ideales impuestos por los tratamientos, lo que lleva a cuestionarse el lugar en que se sitúan los equipos clínicos y la institución.

como en el caso expuesto donde se demarcan fundamentalmente algunos elementos del primero y el último.

El primero de ellos, incluiría la *tendencia a la melancolización* en tanto destino pulsional, que en algunas mujeres adopta patologías clínicas asociadas a la depresión, o definitivamente a melancolías graves en las cuales se presentaría una desafección generalizada respecto al mundo. Sin embargo, es importante tener en consideración la siguiente distinción realizada por de Guyomard (2013) “habría que diferenciar un proceso ‘melancolizante’, que permite al sujeto constituirse en la humanización de la castración (pues se trata de un acento melancólico donde el odio no ha destruido al sujeto), de una melancolía patológica...” (p. 65).

Las características de este destino particular, varían en intensidad según cada caso, siendo principalmente las siguientes: inhibición y negativismo; ataques sucesivos que el sujeto dirige hacia sí mismo bajo distintas formas de desvalorización; dificultades para establecer un relato respecto su malestar; una equivalencia entre los objetos; una “realidad denegada, no por ella misma sino por el interés que podría ofrecer al sujeto” (Lambote, 2010, p. 45). Cabe señalar, que este tipo de fenómenos clínicos, generalmente se encuentran con mayor intensidad en casos de alcoholismo severo, donde las historias de las pacientes involucran vivencias de violencia, tortura, abandono, es decir, fundamentalmente al campo de lo traumático. Se cree que esta forma que adoptan ciertas adicciones femeninas, especialmente asociadas al campo de lo traumático, constituyen una fuente importante de ser explorada en profundidad en futuras investigaciones.

Las otras dos formas de lo *pulsional-pasional* en el campo de las adicciones, relacionadas también con la anterior, conciernen al *ravage* (estrago) y el *ravissement* (arrebato), términos en francés que provienen de una misma etimología: el verbo *ravir* que significa arrebatar, raptar, arrobar, embelesar. En cuanto al estrago, correspondería a la “expresión de una agresividad directa” que se orienta por lo general a un objeto amoroso, principalmente a una pareja. Es lo denominado por diversos autores lacanianos como “estrago femenino”, donde muchas veces el estrago entre madre hija, donde se pone en

juego un odio torturante, se releva a la relación con un hombre. Sin embargo, el estrago, al estar ubicado en el campo de las neurosis (Brousse, 2009) tendría la posibilidad de un devenir más auspicioso para una mujer –en relación a los otros destinos –cuando logra atravesarlo; hechos que algunos autores describen como la posibilidad de transitar desde el estrago al síntoma histérico durante el análisis (Álvarez, 2008). Como señala Guyomard (2013), “el estrago no es destino obligado: es un riesgo” (p. 107), así como tampoco es el único destino posible. La permanencia de lo efímero es lo que haría estrago.

El tercer destino que se expresa en algunos casos, es el “arrebato”, el cual correspondería a un “estado subjetivo de arrobamiento”, el cual “parece describir un punto extremo de olvido de sí” (Lessana, 2000, p. 119). El arrebato, involucraría una experiencia que concierne directamente al cuerpo, cercano a lo descrito por Lacan (1972b) respecto al goce místico (ver capítulo II). Sería una especie de “extinción dichosa” (Lessana, 2000, p. 109), que convoca a una desaparición del sujeto femenino en un instante en que surge un arrobamiento fusional. Esto último, creo que en el caso de las adicciones, puede involucrar una tendencia a lo fusional que se puede expresar tanto en la relación que una sujeto establece con una sustancia (la que muchas adopta las características de un sujeto, como me decía mi paciente en algún momento, “ella me encantaba, me enamoré de la droga”), como en el vínculo con ciertas figuras, principalmente femeninas (como ocurre en el caso de mi paciente con su prima).

El arrebato, involucraría además un dolor imposible de decir, un sufrimiento que no ha tenido lugar, pero que está ahí contenido, bajo la forma de “derrumbe” psíquico inminente. En palabras de (Lessana, 2000) el arrebato mantiene a una mujer “en el cierre de un dolor imposible de sufrir, un dolor espantoso, insoportable para cualquiera. El arrobamiento será como evitar, escamotear un grito insostenible porque sería descarnado, sin cuerpo que lo llevara (p.116). En consecuencia, involucra un estado “anestesiamiento” que puede ir desde el no sentir al paso al acto, donde el sujeto puede salirse de la escena ante una intrusión que amenaza con la consistencia corporal de la imagen.

Es importante considerar el arrebató en tanto destino pulsional que concierne a un Otro primordial capturante que deja para sí cualquier saber sobre lo femenino. Un saber que puede ser inscrito en el cuerpo de una hija cuando este es narcisizado en la transmisión de una madre sobre el placer de ser mujer, inscribiendo algo de aquel enigma de su sexo, de aquella concetricidad de la hablaba Montrelay.

En el ‘continente negro’ inaccesible, ahí donde subyace una atracción escondida por la madre, se perfila un cuerpo erótico que maravilla. Tal como ocurre con Lol V. Stein, aquel cuerpo, de la mujer deseada por su novio, la deslumbra, viéndolo en un instante robado, en “un punto de pura subjetividad del vacío, de la nada.” (Lessana, 2000, p. 4). Para Montrelay (1970), es precisamente en el cuerpo de la mujer, y su relación erótica y a la vez narcisista, donde surgen los obstáculos a la represión, y por tanto a la representación de lo femenino. De acuerdo a la autora, la mujer obtiene gratificación de su propio cuerpo como si hubiera obtenido satisfacción desde una otra mujer. Cada evento de un orden sexual (pubertad, las experiencias eróticas, maternidad, etc.) ocurre en ella como si viniera de otra mujer. Por tanto, *el cuerpo sería la fascinante actualización de la feminidad de la mujer, pero también y especialmente, de la feminidad de la madre*. Proceso que ocurre como si “devenir mujer”, “ser mujer” abre acceso al goce del cuerpo femenino residido en la madre. En este punto es donde surgirían entonces este tipo de destinos pulsionales como el arrebató, en tanto la imagen de sí que sostiene una mujer tendría dificultades para diferenciar entre su propio cuerpo y el cuerpo del que fue el “primer objeto” de amor, por lo que lo real del cuerpo se actualiza reencarnando lo real de aquel otro cuerpo, sin dar lugar a representaciones ni metáforas acerca de lo femenino.

Esa dificultad en las representaciones de lo femenino en una mujer a partir de aquel poder deslumbrante de la Otra en la cual corre el riesgo de desaparecer, surgiría entonces como un obstáculo subsidiado en el vínculo de una hija con su madre, en aquel espacio-tiempo primordial de su historia pulsional. Desde aquí, lo señalado por Guyomard (2013) permite ubicar aquellas dificultades en el trayecto femenino: el paso del vínculo a la relación – ahí donde la madre se constituye como objeto –, no ha tenido lugar. En consecuencia, *la transmisión de lo femenino, en tanto la niña encuentra como hallazgo a la*

*mujer que hay en su madre, no se inscribe como nostalgia*³⁴. Al no efectuarse tal inscripción, un cuerpo –en tanto otro cuerpo para sí misma – corre el riesgo de desvanecerse, quedando raptada en aquella primera modalidad de satisfacción donde reina el erotismo y el placer del vínculo. Modalidad que constituye otra modalidad de inscripción: una inscripción de lo efímero no destetado. Tal como ocurre con Carla aquel destete del vínculo no tuvo lugar, por lo que la modalidad adictiva del vínculo se pondría en juego en aquella “proximidad de lo mismo” que le convoca otra mujer.

³⁴ Se podría decir que lo que se inscribe es una modalidad de lo adictivo, en tanto goce, la dimensión del exceso pulsional.

Conclusiones

Considerar los avatares del narcisismo femenino y su relación con el registro pulsional en la concepción de lo adictivo, permite avanzar respecto a una clínica orientada a restituir el lugar de sujeto en una mujer. Como se pudo apreciar en este recorrido, dos narcisismos estarían presentes³⁵ y se vincularían en el trayecto pulsional del sujeto femenino. Pero será aquel “Otro narcisismo”, campo del goce Otro, que reside en el vínculo madre-hija, aquel que enraíza aquello que puede advenir mortífero, pero también, aquello que posibilita la transmisión de un femenino humanizante. Aquel narcisismo del vínculo, constituiría entonces, un campo en el cual lo materno puede dar lugar a un placer que recubre a una hija y una madre en su ser femenino. O dicho, de otro modo, *aquel espacio-tiempo de lo materno, puede ser también un lugar que resida pulsión de vida*. Aquella pulsión de vida de lo femenino en una mujer, puede movilizarla a encontrar palabras, a nombrar (Guyomard, 2013), lo que en la clínica de lo femenino es crucial dar lugar en el espacio transferencial.

La perspectiva de Guyomard y su énfasis en el narcisismo del vínculo y el lugar de la transmisión de un femenino humanizante en una mujer, subvierte aquellas miradas que describen el malestar femenino desde una óptica esencialmente estructuralista. Como hemos visto, *el estrago, el arrebató, la tendencia a la melancolización, se situarían en una misma dimensión donde está en juego lo pulsional y pasional*, allí donde surgen obstáculos de representación de un real que arrasa con la subjetividad del sujeto femenino. Remitirse al registro materno, en tanto condición de posibilidad para la creación de la alteridad, y no sólo de obstáculo y ley devoradora, permite pensar una clínica donde – en los despliegues de la transferencia – es posible dar lugar a aquello que no tuvo oportunidad de ser representado, y así, dar lugar a algo nuevo, una invención que de brillo a una singularidad.

A partir de una experiencia clínica, descrita a partir del caso de Carla donde se pone en juego *lo adictivo*, fue posible dar cuenta de algunas particularidades que surgen en aquellos malestares femeninos vinculados a un “derrumbe”, el que en tanto *eco de lo*

³⁵ Narcisismo del ego y Narcisismo del deseo (Lacan, 1960a), Falocentrismo y Concentricidad (Montrelay, 1970), capítulo II.

originario, se hace presente de distintas formas o destinos pulsionales. En el caso expuesto, fue posible apreciar cómo la asunción identificatoria que posibilita aquel narcisismo del vínculo, no se inscribe en tanto nostalgia, dejando como huella una modalidad pulsional-pasional, de goce sin límites que se pone en juego en lo adictivo. Las dificultades de Carla, que se traducirían en *una relación adictiva al mundo*, serían evocadas por una narcisización no efectuada, ahí donde surge el exceso, *un exceso de ausencia, violencia y rechazo*. Sus recuerdos asociados al relato de la madre sobre su nacimiento, donde surge un rechazo ya en su entrada al mundo (mi paciente recuerda a su madre diciéndole: “fuiste un bebé muy feo, horrible, desnutrido”), permiten relevar aquella narcisización necesaria, ese amar la feminidad de una hija por parte de una madre para dar lugar a una *transmisión*. Sin embargo, La Madre de Carla es escrita con mayúsculas, madre sacralizada a la cual no se puede odiar, constituyendo esto un obstáculo a la transmisión de un femenino humanizante. Odio no dicho, pero que en la transferencia se dejó oír.

El transitar clínico por los avatares del vínculo al Otro primordial, donde la violencia de lo pulsional se puso en juego, fue condición de posibilidad de un trabajo (que aún sigue en curso) que concierne a una *elaboración subjetiva de la pérdida*, lo cual creo que es una coordenada importante en el trabajo en el campo de las adicciones en mujeres. Habitar un Otro en el espacio analítico, que de posibilidad a la inscripción de una ausencia, implica la responsabilidad de tomar contacto con aquellos registros de goce más arcaicos y que convocan a la presencia real del analista. Presencia que entrega una consistencia narcisista que permite escuchar y dar lugar a aquella dimensión no dicha; momentos críticos donde el todo y nada de pronto pueden surgir³⁶. Dimensión que ha de ser, necesariamente puesta en juego en la transferencia para así crear un trabajo de metaforización que permite “la posibilidad de conservarse [...] a pesar de la pérdida del objeto; de modo que la pérdida no implique su propia desaparición” (Aceituno, 2010).

Siempre un discurso se enuncia – o anuncia –, y la función del analista debe ser *estar ahí* para escuchar. Discurso que como dice Montrelay (1970) es un discurso ‘en vivo’,

³⁶ Como me dijo Dominique Guyomard en un espacio de supervisión clínica: la posición del analista implica en estos casos “ser todo o ser nadie”, lo cual convoca a un trabajo de la elaboración de la pérdida.

lo que lleva a considerar que la palabra hablada sólo puede ser escuchada como una extensión del cuerpo, un cuerpo que habla. Voz, mirada, lugar del cuerpo, son registros a considerar en un espacio analítico, lugares desde donde el ser del analista se disponga a enunciar un discurso subjetivante. El trabajo con estas pacientes implica un “crear, construir fantasma y metáfora” (Tyszler, 2003). Trabajo que además debe ser pensado como un espacio potencial, donde no sólo reinan los significantes, sino que también los registros mencionados. Trabajo sustentado por lo evocado en Freud en “construcciones en análisis”, en tanto aquel que busca las huellas de una “verdad histórica”, en tanto “realidad vivenciada originariamente” (Aceituno, 2010).

En síntesis, una clínica posible en este campo, concierne una *ética* que tiene como brújula una *escucha humanizante e historizante*, y que considera los siguientes registros para pensar cada caso: el registro del narcisismo, considerando el campo de lo pulsional, la relación al cuerpo y el registro del goce; los avatares que tiene un sujeto en su constitución psíquica; las condiciones de posibilidad para la representación y el registro de lo simbólico-significante; y por supuesto, la dimensión del Otro, que concierne pensar en la posición del analista, pero también en la dimensión cultural y los discursos que se tejen en torno a una problemática clínica particular.

Al finalizar este recorrido, considerando que una de las particularidades clínicas trabajadas –el arrebato – es extraída de una de sus novelas, surge Marguerite Duras como testimonio de aquel discurso ‘en vivo’. Su escritura sobre el dolor, la pasión y lo irreductible del goce, despliega un movimiento de transformación y creación de aquello “enigmático” que captura al lector, pero también atestigua sobre una forma de protegerse de –y subvertir– aquel riesgo inminente de desaparición. La escritura, puede hacer surgir la posibilidad de representar aquella amenaza de desaparición del sujeto femenino, pero también puede constituir una forma de hacer frente a tal riesgo, y tal vez, de atravesarlo. Queda abierta entonces para futuras investigaciones la pregunta respecto a lo femenino, las vías sublimatorias, y la función de la escritura; vías que como Montrelay (1970) ya lo afirmaba, está referida a aquella “concentricidad” y su puesta en tensión con el

“falocentrismo”. “La sombra de lo femenino” que es componente esencial del inconsciente, puede ser un campo a explorar en su relación a la función de la escritura.

Escritura que evoca las huellas de un narcisismo en el campo de lo materno, que Duras traduce así: *“en mi infancia, la desdicha de mi madre ha ocupado el lugar del sueño... Nuestra Madre no previó aquello en que nos hemos convertido a partir del espectáculo de su desesperación”*. Tal vez en sus escritos seamos testigos de la relación entre la figura del amante y el alcohol, el cual quizás constituyó un “límite-montaje” y al mismo tiempo un exceso: *“el alcohol tuvo para mí la función de Dios y la de matarme”*³⁷. He ahí lo paradójico de lo adictivo.

Este campo, el de la singularidad de lo femenino, lo adictivo y las vías sublimatorias, queda abierto entonces a explorar. Campo donde un espacio de escritura, instalado en los tratamientos, puede dar testimonio de una posibilidad de representación de aquello *no dicho*. Para finalizar, rescato algunos fragmentos de escritura que algunas pacientes realizaron³⁸ en uno de estos espacios:

*“En la limpieza de la vida triste
Cabe el alivio de soñar tranquila
Puede que la inocencia se desmanche
Pero enseguida vuelve a lo que era...”*

*En la limpieza de la vida triste
Puedo ganar el nido de tus brazos
Puedo mirarme y ser mirada apenas
Con la misión que encomienda mi alma.”* (Cecilia)

“Resumo lo que más me golpeó; fue la muerte de mi madre. Después la separación que me hizo dejar a mis hijas con su padre...”

He conocido mucho en mi vida y hoy me doy cuenta que no caminé, sólo corrí y estoy agotada de mí y el alcohol”. (Pabla)

³⁷ Duras, Marguerite (1987). “La vida material”. Barcelona: Plaza y Janes.

³⁸ Departamento de Cultura de San Bernardo (2011). “Se puede: Mujeres en Remisión”. Santiago: Ediciones Casa de la Cultura.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Aceituno, Roberto (2010). "Tener lugar". En "*Espacios de tiempo: clínica de lo traumático y procesos de simbolización*". Santiago: Colección praxis psicológica, Universidad de Chile.
- Alvarez, Patricio (2008). "Hacia una clínica del estrago". En "*De astucias y estragos femeninos*", Goldenberg, M. (comp.). Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Aulagnier, Piera (1975). "La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado". Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- Barros, Marcelo (2011). "La condición femenina". Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Bleichmar, Silvia (2008). "En los orígenes del sujeto psíquico: del mito a la historia". Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Brousse, Marie-Hélène (2009). "Nuevas formas de lo femenino hoy". Conferencia dictada el 9 de mayo de 2009 en Málaga, en el Instituto del Campo Freudiano. Redactado por Manuel Gonzáles. Recuperado de <http://ampblog2006.blogspot.com/2009/05/el-debates-blog-elp-nuevos-post-del-7.html>
- Calais, V. (1995). "Una solución, los usos". En *Sujeto, goce y modernidad III*, Sinatra, E, Sillitti, D y Tarrab, M. (Comps.), pp.97-102. Buenos Aires: Atuel.
- Chasseguet-Smirgel, Jeanne (1964). "La sexualidad femenina". Barcelona: Laia, 1985.

Czermak, Marcel (1987). “Acerca de Le ravisement de Lol V. Stein de Marguerite Duras. *En Pasiones del Objeto: estudios psicoanalíticos de las psicosis*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Del Solar, Germán (2008). “Consideraciones sobre el consumo de drogas, la sexualidad y el psicoanálisis lacaniano”. *Revista de Psicoanálisis Objetos Caídos* N° 6. Facultad de Psicología, Universidad Diego Portales. Santiago de Chile.

Del Solar, Germán (s/a). “El problema de la demanda en el tratamiento de pacientes consumidores de drogas”. En *Dossier, Teoría y Práctica en Psicología Clínica*.

Departamento de Cultura de San Bernardo (2011). “Se puede: Mujeres en Remisión”. Santiago: Ediciones Casa de la Cultura.

Dominguez, Mario (2012). “El adicto tiene la palabra: el fundamento metapsicológico de las adicciones”. Buenos Aires-México: Editorial Noveduc.

Dolto, Françoise (1960). “Sexualidad Femenina: la libido genital y su destino femenino”. Buenos Aires: Paidós, 2001.

Dolto, Françoise (1984). “La imagen inconsciente del cuerpo”. Buenos Aires: Paidós, 2012.

Duras, Marguerite (1964). “El arrebató de Lol V. Stein”. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2010.

Duras, Marguerite (1987). *La vida material*. Barcelona: Plaza y Janes, 1993.

Fendrick, Silvia (2000). “Aún más”. *Coloquio de los estados generales del psicoanálisis*, La Soborna, París. Recuperado de www.antroposmoderno.com/word/aunmas.doc

Ferenczi (1911). “El alcohol y las neurosis”. *En Salamone, L. y Miller, J. (editores), El lazo social intoxicado, Pharmakon N° 11, Publicación de grupos e instituciones de toxicomanía y alcoholismo del campo freudiano.* Buenos Aires: Editorial Grama, 2009.

Freda, Hugo (1988). “Entre la satisfacción y el goce: la droga”. *En Salamone, L. y Miller, J. (editores), El lazo social intoxicado, Pharmakon N° 11, Publicación de grupos e instituciones de toxicomanía y alcoholismo del campo freudiano.* Buenos Aires: Editorial Grama, 2009.

Freud (1884-1887). *Escritos sobre la cocaína.* Barcelona: Anagrama, 1980.

Freud, S. (1888). “Histeria”. *En Obras Completas.* Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2007.

Freud, Sigmund. (1895). “Manuscrito G. La Melancolía”. *En Obras Completas,* Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1897). “Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 79.” *En Obras Completas..* Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1898). “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. *En Obras Completas.* Tomo III. Buenos Aires: Amorrortu Editores

Freud, S. (1905a). “Tres ensayos de teoría sexual”. *En Obras Completas,* Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores

Freud, S. (1905b). “El chiste y su relación con el inconsciente”. *En Obras completas,* Tomo VIII, Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1912). “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”. *En Obras Completas*, Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1914). “Introducción al narcisismo”. *En Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, Sigmund (1915). “La represión”. *En Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1917a). “Conferencias de introducción al psicoanálisis”. *En Obras completas*, Tomo XVI Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1917b) “Duelo y Melancolía”. *En Obras Completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923). “El yo y el ello”. *En Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1926). “¿Pueden los legos ejercer el análisis?. Diálogos con un juez imparcial”. *En Obras Completas*, Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1928[1927]). “Dostoievsky y el parricidio”. *En Obras Completas*, Tomo XXI Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1931). “Sobre la sexualidad femenina”. *En Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1933). “33º Conferencia: La Femenidad”. *En Obras Completas*, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu.

- Freud, S. (1939). “El malestar en la cultura”. *En Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- García, Adrián (2008). “Toxicomanía y acto”. *En Lo inclasificable de las toxicomanías. Salamone, L.; Naparstek, F.; Levato, M. y Galante, D (comp..)*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Gartland, Cristina (2011). “Violencia, cuerpo y estrago”. Recuperado de borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/ViolcuerestrgGartland.pdf
- Goldman, Rosy (2010). “Estrago, superyó y goce femenino: De la lógica del Todo al No-todo, posición del analista frente a los vasallajes de la surmoitié”. *En Revista Consecuencias*, edición N°4. Recuperado de www.revconsecuencias.com.ar
- Guyomard, Dominique (2013). “Nace una madre: del vínculo a la relación. Santiago de Chile: Colección praxis psicológica.
- Humberg, Lygia y Mandelbaum, Belinda (2011). “Adicción, identificación y relación de dependencia patológica para Winnicott”. Trabajo expuesto en el XX Encuentro latinoamericano sobre el pensamiento de Winnicott. Recuperado de http://www.ip.usp.br/portal/images/stories/artigos/Marcelo_SEFAM/ADICCIN_IDENTIFICACIN_Y_RELACIN_DE_DEPENDENCIA_PATOLGICA_PARA_WINNICOTT.pdf
- Husni, Paula (2008). “Estrago y Clínica”. *En “De astucias y estragos femeninos”, Goldenberg, M. (comp.)*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Kristeva, Julia (1991). “Sol negro: depresión y melancolía”. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Lacan, J. (1938). “La Familia”. Editorial Argonauta: Barcelona/Buenos Aires, 2010.

- Lacan, J. (1936). "El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica". *En Escritos 1*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lacan, J. (1953). "Seminario 2. El yo en la teoría de Freud". Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-57). "Seminario 4. La relación de objeto". Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958). "Juventud de Gide o la letra y el deseo". *En Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, .
- Lacan, J. (1957-1958). "Seminario 5. Las formaciones del inconsciente". Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1960a). "Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina". *En Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1960-1961b). "Seminario 8. La transferencia". Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. (1960c). "Observación sobre el Informe de Daniel Lagache: Psicoanálisis y estructura de la personalidad". *En Escritos 2*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J. (1962-1963). "Seminario 10. La Angustia". Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. (1966-7). "Seminario 14. La lógica del fantasma". Buenos Aires Paidós.
- Lacan, J. (1969) "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo". *En Escritos*, Paris: Seuil.
- Lacan, J. (1970). "Seminario 17. El reverso del psicoanálisis". Buenos Aires Paidós
- Lacan, Jacques. (1971). "Seminario 19: O peor". Buenos Aires Paidós.

- Lacan, Jacques (1972a). "El atolondraducho". En *Revista Escansión N° 1*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques (1972b). "Seminario 20. Aún". Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, Jacques. (1975a). "Jornadas de estudio de los carteles en la Escuela Freudiana de París". Buenos Aires: Biblioteca de Psicoanálisis Oscar Masotta.
- Lacan, Jacques. (1975b). "Seminario 23. El Sinthome". Buenos Aires Paidós
- Lambote, Marie-Claude (2010). El narcisismo y lo originario. En "Espacios de tiempo: clínica de lo traumático y procesos de simbolización". Santiago: Colección praxis psicológica, Universidad de Chile.
- Laurent, Eric (1988). "Tres observaciones sobre la toxicomanía". En *E. S. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), Sujeto, goce y modernidad II*. Buenos Aires: Atuel.
- Laurent, Eric (1999). "Posiciones femeninas del ser". Buenos Aires: Editorial tres haches.
- Laurent, Eric. (2008). "El objeto a como pivote de la experiencia analítica". En *Lo inclasificable de las toxicomanías*. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Le Poulichet, Silvie (1996). "Toxicomanías y Psicoanálisis. La Narcosis del Deseo". Buenos Aires: Amorrortu.
- Le Poulichet, Silvie (1998). "El arte de vivir en peligro: del desamparo a la creación". Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Lessana, MM. (2000). *Entré mère et fille: un ravage*. Paris: Hachette Litteratures. Traducción inédita.

- Lopez, Cristian (2007). *La entrada al tratamiento en sujetos que han desarrollado una adicción: una discusión desde el psicoanálisis*. Tesis para optar al grado de doctor en psicología. FACSO, Universidad de Chile.
- Lopez, Cristian (2011). “Adicción a sustancias químicas: ¿enfermedad primaria o síntoma psicoanalítico?”. *Revista de Psicología PRAXIS*, Año 13, N° 20, 41-60.
- Lutterbach, Ana Lucía (2008). “El rapto y la mujer escrita”. En *“De astucias y estragos femeninos”*, Mario Goldenber compilador. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Mazzuca, Marcelo (2008). “Clínica diferencial de las afecciones narcicistas II”. En *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*. Buenos Aires: Grama Ediciones
- Mazzuca, Marcelo y Zaffore, Carolina (2011). “Una neurosis en suspenso: del estrago al síntoma”. Recuperado de <http://saludypsicologia.com/4898/una-paciente-toxica/>
- Melman, Charles (1995). “La Oralidad”. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Miller, Jacques-Alain (1993). “Para una investigación sobre el goce autoerótico”. En: *Sujeto, goce y modernidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Miller, Jacques-Alain (2011). “Leer un síntoma”. Recuperado de <http://ampblog2006.blogspot.com/2011/07/leer-un-sintoma-por-jacques-alain.html>
- Ministerio del Interior (2007). “Mujeres y tratamiento de drogas: guía de asesoría clínica para programas de tratamiento y rehabilitación en drogas en población específica de mujeres adultas”. Área Técnica de Tratamiento y Rehabilitación Consejo Nacional para el Control de Estupefacientes (CONACE), Gobierno de Chile.

- Montrelay, Michel (1970). "Recherches sur la Feminite". Texto traducido al inglés por Philippe Gendrault. Recuperado de www.sfpsych.net/Recherches_sur_la_Feminite.doc
- Morel, Genoveve (2012). *La ley de la madre: ensayo sobre el sinthome sexual*. Santiago: Fondo de cultura económica.
- Naparstek, Fabián (2008). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo*. Buenos Aires: Grama Ediciones
- Naparstek, Fabián (2009). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo II*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Naparstek, Fabián (2010). *Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo III*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Pommier, Françoise (2011). "Lo extremo en psicoanálisis". Santiago: Colección Práxis Psicológica.
- Ponce, Carina (2013). "La pareja estrago". Texto recuperado de www.eol.org.ar
- Santiago, Jesus (1994). "El artificio de la droga... o la metonimia de la muerte". *En: Sujeto, goce y modernidad*. Buenos Aires: Atuel.
- Sinatra, Ernesto (2010). "La nominación, la función del tóxico y las fórmulas de la droga". *En ¿Todo sobre las drogas?*. Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Soler, Colette (2010). "Lo que Lacan dijo de las mujeres". Buenos Aires: Paidós.
- Tarrab, Mauricio (2000). "La substancia, el cuerpo y el goce toxicomaniaco". *En E. S. Sinatra, D. Sillitti, & M. Tarrab (Comps.), Más allá de las drogas*. La Paz: Plural Editores.

- Tarrab, Mauricio (2002). "Algo peor que un síntoma". Conferencia dictada en el XXI Encuentro del Campo Freudiano en París. Recuperado en http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=652
- Torres, Mónica (2012). "Amor, deseo y goce: cada uno encuentra su solución". Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Tyszler, Jean-Jacques (2003). Observaciones sobre la des-especificación de la pulsión. *En Journal de bord N° 1. Ecole Psychanalytique de Saint-Anne*. Czermak, Marcel (Resp.) Texto traducido por Marcella Chiarappa y Maya Schlenke. Recuperado en <http://www.grupoplus.cl/gp/mod/resource/view.php?id=9>
- Winnicott, D.(1963). "El miedo al derrumbe". En *Exploraciones Psicoanalíticas I*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Winnicott, D. (1971). "Realidad y Juego". Barcelona: Editorial Gedisa, 2008.
- Zafiropoulos, M. (1988). "Le toxicomane n 'existe pas". París: Navarin Éditeur.
- Zaffore, Carolina (2009). "Droga y elección sexual". *En Naparstek, Fabián (2009). Introducción a la clínica con toxicomanías y alcoholismo II*. Buenos Aires: Grama Ediciones.

